

CAPÍTULO 7. LA DESOLACIÓN DE LOS AÑOS DE PLOMO (1973 – 1980).

LA SOBREVIVENCIA: LA IZQUIERDA FRENTE A LA REPRESIÓN Y EL TERRORISMO DE ESTADO (345); LA RESISTENCIA DE LOS PRIMEROS TIEMPOS: SOLIDARIDAD Y DERECHOS NUMANOS (353); LA AUTOCRÍTICA IDEOLÓGICA Y LA REACTIVACIÓN SINDICAL COMO PUNTOS DE PARTIDA (363); EL INTENTO DE ANIQUILAR A LOS PARTIDOS OBREROS ENTRE 1975 Y 76 Y LA INCIPIENTE LUCHA SOCIAL (373); EL EXILIO: LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL Y LOS DEBATES Y RUPTURAS DE LA IZQUIERDA (387); LAS DIVISIONES SOCIALISTAS, EL “GIRO TÁCTICO” DEL PC Y EL FIN DE LA UNIDAD POPULAR (401).

LA SOBREVIVENCIA: LA IZQUIERDA FRENTE A LA REPRESIÓN Y EL TERRORISMO DE ESTADO.

El 11 de septiembre de 1973 es, para la izquierda, el fin de una época. El país, temeroso, parece alejarse de las ideas y prácticas que constituyeron la cultura de izquierda y el totalitarismo intenta avasallar el territorio social e ideal sobre el que la izquierda siempre se afirmó. Es la experiencia de la desolación, sumatoria de aislamiento, soledad y desarraigo. La izquierda es privada del espacio en el cual la política lleva adelante la prosecución del bien común.

Acompañado por los militantes del PS que forman el GAP, por el grupo de sus asesores más directos, entre ellos el socialista Ricardo Pincheira (“Máximo”), y por dirigentes, amigos y colaboradores muy próximos, Allende resiste el ataque militar y el bombardeo por aviones de la FACH. Se niega enérgicamente a rendirse y decide no evacuar la casa de gobierno. Muere pasado el medio día de ese martes, cuando ya se acercan a su despacho los primeros efectivos del ejército. Los combatientes de La Moneda son, la mayoría, enviados al Regimiento Tacna, donde son brutalmente torturados y asesinados.

Imagen emblemática del Chile que vendrá, La Moneda en llamas simboliza la destrucción de los logros democráticos y ciudadanos de más de ciento sesenta años de historia. El rostro, la imagen de Allende, su palabra de condena a “*la cobardía y la traición*” y la forma en que se despide de su pueblo, producen un fuerte impacto internacional. Una multitudinaria y diversificada solidaridad con Chile surge ya en los minutos siguientes a la muerte de Allende en todos los rincones del mundo.

DISCURSO DE SALVADOR ALLENDE 11 DE SEPTIEMBRE

Seguramente ésta será la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Magallanes; mis palabras no tienen amargura, sino decepción. Ante estos hechos, sólo me cabe decir a los trabajadores: “Yo no voy a renunciar”.

Colocado en un trance histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo, y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna, de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallar; pero no se detienen los procesos sociales, ni con el crimen, ni con la fuerza. La historia es nuestra, y la hacen los pueblos. Trabajadores de mi patria, quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre, que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra de que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo, en este momento definitivo, el último que pueda dirigirme a ustedes. Quiero que aprovechen la lección. El capitalismo foráneo, el imperialismo unido a la reacción, creó el clima, para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara Schneider y

reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social, que hoy estará en sus casas, esperando, con mano ajena, reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los que siguieron trabajando contra la sedición, auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también, las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos. Me dirijo a la juventud, aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu a la lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo muchas horas presente, en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos y los gasoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará; seguramente Radio Magallanes será callada, y el metal tranquilo de mi voz, no llegará a ustedes. No importa. La seguirán oyendo, siempre estará junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo quedará, de un hombre digno que fue leal a la revolución.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrastrar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino, superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas, por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

A partir del martes 11 de septiembre Chile es país de reclusión: hay perseguidos en los campos de concentración, prisioneros en la cárcel, sospechosos en los estadios convertidos en centros de tortura, ciudadanos sin derechos políticos reclusos en sus hogares. El destino de cada uno es incierto para sus familiares, sus amigos, sus compañeros de trabajo. En todos los centros de prisioneros ocurren escenas como la que relata Alejandro Witker, preso desde el 14 de septiembre en el gimnasio de la Escuela de Grumetes de la Isla Quiriquina:

“Entre los compañeros que ingresaban al gimnasio, venían algunos que al vernos nos abrazaban y exclamaban: “¡Pero estás vivo...! Afuera se comenta que te fusilaron...” “¡Qué alegría de verte vivo, compañero...!”

El nuevo régimen despeja la calle y arrebató el espacio público a las multitudes que lo habían poblado con fervor. El Subsecretario de Minería de Allende Hernán Soto, preso en la Escuela Militar, en el barrio alto de Santiago, relata el primer amanecer en dictadura:

“al otro día, a las 6 de la mañana, nos duchamos con agua fría y después hicimos las camas hasta dejarlas sin una arruga. Se oían disparos muy espaciados. Desde la terraza veíamos las casas cercanas engalanadas con banderas chilenas. Celebraban. En muchas de ellas había habido fiesta. A lo lejos en las poblaciones se levantaban columnas de humo. Había helicópteros sobrevolando. Era miércoles 12 de septiembre”.

El país ha conocido otrora el totalitarismo y la tiranía pero nunca el terrorismo de Estado, ni la violencia y crueldad sistemáticas ejercidas por la autoridad. Un joven que una década más tarde será presidente de la FECH, el comunista Gonzalo Rovira, recuerda cuánta amargura y oscuridad se apoderaron del espíritu de los millones de chilenos que ese día escucharon sobrecogidos el discurso de Allende:

“La gente no sabía qué decir..., he leído muchas veces ese discurso, pero nunca me ha vuelto a producir esa sensación de la primera vez, que fue muy amarga, con la cual me he quedado para siempre [...] Yo sentí que en ese momento ya no había nada claro, nada claro”

La participación institucional de las FFAA en el golpe no deja lugar a dudas sobre cuál será el bando victorioso. Los partidos de la UP se dan cuenta que no hay resistencia posible, se repliegan, con mayor o menor orden, e intentan pasar a la clandestinidad. Luis Corvalán recuerda la frustración que parece causarle el haberse preparado para combatir en defensa del gobierno y, el día 11, no poder realizar acción alguna en ese sentido

“Cada vez que se hacía patente el peligro de golpe Allende tuvo una palabra de advertencia para los facinerosos. “A la violencia reaccionaria ---les decía--- responderemos con la violencia revolucionaria”. Yo mismo les dije [...] que se anduvieran con cuidado, que midieran sus pasos, que les haríamos la cruz, que los aplastaríamos como ratas [...] Convencidos de que el enemigo podía recurrir a todos los medios, incluso a las armas, para recuperar sus posiciones, tanto socialistas

como comunistas nos habíamos preparado para repelerlo en cualquier terreno. Nosotros, desde 1963, habíamos empezado a formar militarmente a miembros del Partido [...] Constituimos los llamados Grupos Chicos [...] Sus miembros, que fueron alrededor de mil, aprendieron a manejar armas [...] Constituimos también las Comisiones de Vigilancia de las que formaron parte más o menos dos mil compañeros que sabían manejar armas cortas [...] y llegamos a disponer de una cantidad limitada de armas [...] Nuestra gente, los grupos militares y paramilitares, estuvieron hasta las 2 de la tarde del día 11 de septiembre a la espera de las instrucciones de la Dirección del Partido. Esta se reunió [...] Estaba claro que el deterioro de la situación era tal que no se podía contar con el apoyo de ningún regimiento [...] Ni siquiera existía una efectiva coordinación con los grupos paramilitares del Partido Socialista pues de había perdido todo contacto”

En un Pleno del Comité Central, realizado cuatro años después en el extranjero, Corvalán hace explícita esta temprana percepción de la derrota irremediable:

“no pudimos traducir en realidad nuestra disposición a echar mano hasta de las piedras el día del golpe. Las cosas se presentaron en forma tal que no debíamos lanzar al combate las fuerzas de que disponíamos. La mortandad habría sido varias veces mayor, habrían caído miles de militantes de nuestro partido en un combate perdido de antemano, porque, como todos sabemos, no se trataba de luchar contra una fracción alzada”

El PC resuelve dejar fuera de las tareas de dirección a los dirigentes más conocidos y Víctor Díaz asume la jefatura del equipo de dirección clandestina en el país. Orlando Millas cuenta en sus memorias la prolongada trayectoria partidaria del “Chino Díaz”, como conocen desde siempre sus compañeros de militancia a este dirigente obrero que toma en sus manos un rol de dirigencia cuyo riesgo personal es máximo:

“Había trabajado desde niño, primero vendiendo pescado y después en la mina de cobre La Despreciada de Tocopilla, para ayudar a su madre viuda y a sus cinco hermanos. “El Chino Díaz”, como le decíamos, fue secretario regional de Antofagasta, miembro del Comité Central desde 1945, eficiente gerente de producción de la Empresa Editora “Horizonte” [...] después fue destacado dirigente de la CUT. Américo Zorrilla cuenta en sus recuerdos que en la Navidad de 1975, cuando los dirigentes clandestinos corrían riesgos enormes, Víctor Díaz expresó sus sentimientos payando y recitando estrofas de “Martín Fierro” que sabía de memoria.”

Los dirigentes populares intuyen que esta vez la lucha será larga. La militancia queda desmovilizada y sin capacidad de respuesta. Luis Sánchez Castellón, militante del Mapu OC y más tarde dirigente del PS, recuerda el desconcierto de ese día martes y la perspectiva desoladora de que sólo transcurrido mucho tiempo será posible, otra vez, reencontrarse y emerger públicamente. “Nos vemos dentro de quince años” le dice su dirigente en un momento que no pudo olvidar:

“Éramos más o menos cincuenta jóvenes, estudiantes de la Universidad de Chile, hombres y mujeres, sin armas, sin instrucción militar y deseosos de probar nuestra lealtad a la causa y al Presidente. Quería y esperaba instrucciones precisas de nuestra dirección; mal que mal, pensaba, éramos parte de la vanguardia revolucionaria del pueblo, y no parecía posible que todo pasara sin resistir: para eso nos habían constituido como grupo de choque del partido. Llego a la puerta del local, del que salían nerviosos varios compañeros y compañeras, y me encuentro frente a frente con el secretario general del partido. Ver a Jaime Gazmuri me provocó una gran sorpresa. De inmediato le pregunto: “¿Qué hacemos, compañero Gazmuri?”. El me mira y, antes de subir a un Fiat 125 rojo y partir a toda velocidad, me dice algo que me dejó anonadado: “debemos replegarnos, ya recibirás instrucciones. Nos vemos dentro de quince años” “

La dictadura clausura el Congreso, decreta el estado de sitio, suspende las garantías individuales, prohíbe los partidos de la UP y declara en “receso” a los demás para ilegalizarlos un tiempo después, elimina de la administración pública a miles de funcionarios e impide toda actividad, manifestación u organización política de base. Prohíbe la CUT y la FECH, suspende las elecciones en los sindicatos, se reserva el derecho a

designar a los dirigentes sindicales, disuelve el Tribunal Constitucional y quema los registros electorales. El “*toque de queda*”, que durará años, restringe el desplazamiento nocturno de personas; la censura de la prensa, la radio y la televisión, sólo admite la difusión del discurso oficial; las universidades son intervenidas por rectores militares, que exoneran a una multitud de académicos de trayectoria. Es angustia más que miedo lo que trasunta el sentimiento popular, como testimonia Margarita Mancilla, joven madre “compañera”:

“Los niños que no comprenden el porqué no podemos salir a caminar y jugar a la calle como acostumbábamos a hacerlo cada día. Ya muy temprano encerrarnos en la casa. “Toque de queda”, ya no se escuchan risas de niños en el Pasaje, sólo escucho ruidos de balas, voces de mando y, al anochecer, sólo se escucha el ruido de motores de los tanques caminar con fuerza de acero del soldado en acción, carreras, gritos, súplicas y llantos. Ya han pasado algunas semanas desde que se llevó a cabo el Golpe de Estado, y como el dueño de casa no llega al hogar, he decidido empezar a consultar en hospitales, comisarías, donde amigos. Después de dos semanas llega a casa, puedo darme cuenta, por lo que dice, que ha estado detenido. Mi compañero no explica mucho, cerca del año 74 es despedido de su trabajo, ya todo empieza a cambiar en el hogar. Instalamos un pequeño negocio, pero todo cambia muy drásticamente, el año 75 mi compañero tiene que dejar el país lo más pronto posible, sale hacia Argentina, quedando sola con mis hijas. No pasó mucho tiempo, luchando sola para salir adelante con el cuidado de mis niñas y el negocio. Pasados más o menos tres meses, mi compañero escribe y dice que yo y las niñas nos vamos a Argentina también”

Se impone desde el primer momento un control riguroso de los medios de comunicación que sobreviven. La dictadura dispone del canal estatal, único que tiene por entonces alcance nacional, y se asegura el apoyo de los tres canales universitarios a través de los militares “rectores” de las universidades. Cierra los diarios de izquierda (*El Siglo, Puro Chile, Clarín, Última Hora*) e incauta sus bienes. Desaparecida paulatinamente la prensa cercana al PDC (como el diario *La Prensa*), los medios que permanecen, concentrados en las cadenas *El Mercurio* y *La Tercera*, apoyan abiertamente al nuevo régimen. La *Segunda*, perteneciente a la cadena *El Mercurio*, adopta una postura oficialista agresivamente militante y abiertamente en contra de la defensa de los derechos humanos que empiezan a realizar la Iglesia y abogados de oposición.

El 13 de septiembre en la mañana, por disposición militar, los restos mortuorios de Allende son enterrados, anónimamente y sin certificado de defunción, en el cementerio Santa Inés de Viña del Mar. Asisten su esposa Hortensia Bussi, su hermana Laura, dos sobrinos y un ahijado, además del que fuera su edecán aéreo, comandante Roberto Sánchez. Como ha señalado Mónica González, por haber sido enterrado como NN, Allende es el primer “desaparecido” entre los miles que vendrán después. El siguiente testimonio de Sánchez da cuenta del intento de la dictadura de ocultar el sepelio:

“Cuando llegamos con el ataúd sellado ya estaba abierto el mausoleo y cavada la tumba. Tomamos el féretro los dos hermanos Grove, los sepultureros –no más de seis- y yo. Lo bajamos. Cada uno de los presentes echó un puñado de tierra. Estábamos todos pálidos, desencajados, no habíamos dormido [...] Los sepultureros siguieron paleando el terreno y cuando la faena estuvo terminada, en medio de un completo silencio, la señora Tencha tomó una flores y dijo: “Quiero que todos los que están presentes sepan que aquí se ha enterrado al Presidente constitucional de Chile”. Y puso las flores sobre la tumba. La soledad era total. Daba la impresión que habían hecho desalojar el lugar. Todos nos tragamos nuestros sentimientos en ese instante”

“*Hay que extirpar el cáncer marxista*” dice el miembro de la Junta Militar General Gustavo Leigh el mismo día que entierran a Allende. Con la excusa de la “*guerra interna*”, el nuevo régimen impone el terror. En la realidad, sin embargo, no hay en todo el país resistencia armada significativa. Ello no obsta para que la persecución a opositores, reales o imaginarios, sea criminal e incluso vulnere las convenciones internacionales para los

estados de guerra. La violencia desmesurada se justifica con el argumento de una guerra contra un “*ejército guerrillero*” de 14.000 hombres que “*el marxismo*” ha montado en el país y de la supuesta determinación de la UP de exterminar a sus adversarios. Es el denominado Plan Z, un invento de los golpistas que atribuye a la izquierda la intención de desatar una masiva y sangrienta persecución contra sus opositores y que busca así, mediante el temor, generar solidaridad y desinhibición en el ejercicio de la crueldad entre sus partidarios. La existencia del Plan es desmentida por toda la historiografía posterior.

Ricardo Solari, entonces joven dirigente universitario del PS, más tarde miembro de la dirección clandestina de éste y ministro en el gobierno de Ricardo Lagos, relata la “*desolación indescriptible*” del día del golpe y el aislamiento de todo intento de resistencia:

“Esa misma mañana desocupamos la sede de la Juventud Socialista y nos fuimos a una Escuela Industrial en San Miguel. Desde el techo vimos el bombardeo de La Moneda. La escuela fue el lugar que se nos había asignado en la hipótesis de tener que defender el gobierno [...] Presenciar el bombardeo, con el Presidente en su interior, fue algo dramático. Pero ahí me di cuenta del drama mayor: mi partido había fallado de una manera rotunda. Nada de lo que se dijo se implementó [...] Aún así llegamos hasta la escuela. Lo que encontramos era absolutamente ridículo: 8 a 10 armas personales, propias de un grupo escolta, pero no de un grupo paramilitar: Ni siquiera había alimentos. La desolación que sentimos fue indescriptible. Empezaron a sobrevolar helicópteros y una voz sensata dio la orden de disolvernlos. Con un amigo muy querido, Camilo Escalona, salimos caminando, pasamos por la casa de sus padres y después fuimos a una población. Allí hubo enfrentamientos. En ellos participaron los socialistas que efectivamente resistieron el golpe, encabezados por Arnoldo Camú [...] Recibíamos noticias terribles. Terminamos todos escondidos en la misma casa y enterramos las banderas del partido”

La resistencia al golpe, que menciona Solari, se manifiesta aisladamente en poblaciones, industrias como Sumar y en el Barrio Cívico de la capital. Pequeños grupos de los partidos de la UP y del MIR cuentan con armamento precario y lo utilizan. Allende y sus compañeros del GAP resisten en La Moneda en un combate desigual que pasará a la historia. Desde los edificios cercanos francotiradores disparan contra los militares, siendo dominados en menos de veinticuatro horas. Según recuerda Altamirano el día 11, él junto a Adonis Sepúlveda, Hernán Del Canto, Rolando Calderón y otros dirigentes socialistas intentan dirigirse a una industria de la zona sur precariamente armados, con la idea de organizar una resistencia, pero deben desistir:

“A pesar de que la situación se veía cada vez más grave, acordamos dirigirnos a MADEMSA, pensando que desde esa industria era posible preparar alguna defensa. Partimos en varios autos, yo iba con Adonis Sepúlveda, Hernán Del Canto, Camú y, si mal no recuerdo, Rolando Calderón. Camú nos guió hasta un local en el sector de avenida Matta donde recogimos algunas armas. Era todo muy precario, un par de metralletas y un par de pistolas. El control militar era cada vez mayor; un helicóptero nos detectó al salir de ese local y comenzó a descender sobre nosotros. Rápidamente acordamos dividirnos en dos grupos para que uno partiera directamente a MADEMSA y el otro, formado por Adonis Sepúlveda, Del Canto y yo, es decir, la dirección propiamente tal, se trasladara a la casa de un compañero que vivía en San Miguel para tratar de organizar algo desde allí. Teníamos que ver en qué otras industrias había resistencia y cómo podían coordinarse las actividades. El compañero José Pedro Astaburuaga era un viejo militante del partido, no tenía ningún cargo dirigente pero nos recibió sin ninguna vacilación y sin preguntar mayores detalles. Desde allí nos comunicamos con dirigentes del PC y del MIR para tratar de ordenar las operaciones [...] La posibilidad de una defensa eficiente era cada vez más remota”

Calderón, Exequiel Ponce y otros dirigentes, luego de intercambiar informaciones con dirigentes del MIR, del Mapu OC y de otros partidos, abandonan la industria de la zona sur en que se han reunido, debiendo “romper el cerco” que les han tendido fuerzas militares. Grupos del MIR intentan acciones aisladas en los “cordones industriales” y en el sur un destacamento al mando de José Liendo, conocido como el “comandante Pepe”, resiste

durante unos días hasta que es apresado y su jefe fusilado. Al poco tiempo, el MIR deberá reconocer que el heroísmo individual se ha convertido en resistencia suicida en medio del repliegue de los partidos de la Unidad Popular, las masas atemorizadas y una sociedad desolada. La hija de un dirigente socialista, Patricia Lorca, recuerda el silencio que surge desde entonces en la vida del militante:

“Cae la noche del segundo día de encierro. Continúan las balaceras. Helicópteros a baja altura sobrevuelan la ciudad, iluminándolo todo con potentes focos. A veces se siente pasar vehículos a gran velocidad por la calle. En la televisión reiteran a menudo la advertencia: “Cada vez que en las proximidades de su vivienda se escuchen disparos deberá buscar refugio o alejarse del lugar comprometido”. Con grandes precauciones sintonizamos en onda corta Radio Moscú, para tener una información distinta a la cadena oficial de emisoras [...] Pensamos en cada uno de nuestros amigos y compañeros y nos preguntamos a ratos qué habrá sido de él. Sin embargo, en nuestra casa predomina el silencio, el dolor sin palabras”

Manuel Bustos (nota biográfica en pág...), a la sazón presidente del sindicato obrero de la empresa textil Sumar, demócrata cristiano y dirigente de la CUT, narra el intento, compartido por muchos dirigentes sindicales, de movilizar su sindicato en repudio del golpe. Es detenido y enviado al Estadio Chile y luego al Estadio Nacional, donde permanecerá hasta diciembre de 1973:

“En la mañana hicimos una asamblea para repudiar el golpe. Como presidente del sindicato, decidí quedarme en la fábrica con una 300 personas que no alcanzaron a retirarse cuando se anunció el toque de queda [...] Y el día 12, como a las seis de la mañana, llegaron los militares en camiones. Nos lanzaron a todos al suelo y comenzaron a golpearnos. Traté de explicarles, pero me llegaron más golpes. Fui detenido junto a unos 150 trabajadores. Nos sacaron manos en la nuca y a punta de golpes nos llevaron al Estadio Chile. Recuerdo que muy cerca mío mataron a un trabajador. Nunca supe su nombre, pero la imagen me quedó grabada. Pasaban militares por los pasillos y con la metralleta uno le golpeó la cara. El hombre le gritó “¡fascista!” y le dispararon. Estaba pegado a mí. Dos compañeros de fábrica se volvieron locos por lo que vieron y por el encierro. Uno ya murió y el otro anda vagando por ahí”

El armamento requisado por la Junta habla de la nula capacidad militar con que cuenta la eventual resistencia. En Tomás Moro, residencia del Presidente Allende, las armas encontradas (47 fusiles automáticos, 10 carabinas semiautomáticas, 10 carabinas Mauser, 54 pistolas ametralladoras, 9 lanzacohetes, 2 cañones sin retroceso, 1 mortero y diversos tipos de bombas) son insignificantes para combatir contra FFAA profesionales.

Miles de personas son detenidas por patrullas militares que irrumpen en las poblaciones populares, industrias y universidades, y son confinadas en regimientos y lugares especialmente destinados a ese efecto, como el Estadio Nacional y el Estadio Chile. La mayoría son torturados y muchos asesinados. Por la crueldad de sus carceleros y el coraje que reveló al enfrentarlos, la muerte de Victor Jara en el Estadio Chile se constituirá en un hecho inolvidable: un suboficial lo conmina a que grite “¡Viva la Junta!”. No lo hace y canta *Venceremos*. Después de cuatro días de tormentos, clama en un poema, canto inconcluso rescatado por compañeros de prisión:

“Canto qué mal me sales/ cuando tengo que cantar espanto./ Espanto cantó él que vino/ como que muero de espanto./ Sé verme entre tanto y tantos/ momentos del infinito/ en que el silencio y el grito/ son las metas de este canto”

Cincuenta mil personas se refugian en recintos diplomáticos y solicitan asilo político. Una cantidad estimada en cuatrocientos cincuenta mil saldrá al exilio en los años siguientes, por motivos políticos o económicos.

A pocos días del golpe, un allanamiento militar a las torres de San Borja, en el centro de Santiago, da lugar a otra imagen emblemática de la brutalidad y barbarie que la dictadura instaura en Chile: desde las ventanas de los departamentos los soldados van arrojando libros que consideran subversivos y la televisión registra la escena hasta que el oficial a cargo ordena que sean quemados. Al consumir el fuego los libros, algunos de los títulos de obras clásicas y de renombre universal son filmados. Las imágenes darán la vuelta al mundo.

La minuciosa investigación que llevará a cabo, veinte años después, la Comisión de Verdad y Reconciliación, presidida por Raúl Rettig, demostrará que hubo a lo menos 2.279 personas muertas por la represión o la violencia. Una cifra más ajustada y actualizada las estima en 3.179. Más de la mitad de estas muertes ocurren en 1973 y un alto porcentaje en los tres años siguientes. El perfil sociodemográfico de las víctimas muestra que son mayoritariamente jóvenes menores de treinta años, trabajadores, campesinos y militantes de los partidos de la UP y del MIR. Éste sufre, según el informe de la mencionada Comisión, la pérdida de 440 de sus militantes, el PS de 482, el PC de 427 y el Mapu de 36. En el campo se generaliza la venganza de los dueños de fundo, apoyados por la policía, contra los campesinos que han accedido a tierras en virtud de la reforma agraria.

En Salamanca, Isla de Maipo, Paine, Mulchén, Laja y otros lugares, centenares de campesinos y dirigentes sindicales son acusados de agitadores, detenidos y asesinados. La represión en el sur se ensaña particularmente con los mapuches. 137 de las víctimas incluidas en el Informe Rettig son originarios de este pueblo. Entre otros casos, los antecedentes señalan, según J. Bengoa, que en Cunco, sobre el puente Allipén, se llevó a cabo un fusilamiento masivo. Esta represión anti mapuche invoca un equívoco. Durante la UP, activistas revolucionarios habían logrado que jóvenes mapuches dieran a su ancestral reivindicación de sus tradiciones y tierras la forma y el aspecto de las reivindicaciones de “extrema izquierda”. Así, evoca Bengoa:

“Llegó el setenta y tres y la nueva tragedia de la Araucanía tenía su guión ya escrito. Antes del golpe comenzó la represión en las comunidades y después de realizada la destrucción de la Unidad Popular, la represión se desató, sin miramientos. Soldados, policías y terratenientes no perseguían mapuches sino entelequias históricas, guardias rojos, komsomoles “forjando el acero”, estudiantes de pelo largo, barbas ralas a lo Che Guevara, o anteojitos pequeños y pera en punta a lo Trotsky. Era una guerra en contra del comunismo abstracto enmarcado en jóvenes indígenas que habían jugado quizá el papel equivocado que otros sin responsabilidad les habían dado. Así les tocó. Era su parte del guión de la tragedia chilena”

El PDC, presidido por Patricio Aylwin, apoya el golpe considerándolo “*consecuencia del desastre económico, el caos institucional, la violencia armada y la crisis moral*” del país bajo el gobierno de Allende. Algunos de sus militantes participan en el nuevo gobierno militar a título de técnicos, mientras los dirigentes alientan la esperanza de que se restablecerá “*la normalidad institucional*” en un breve plazo. El ex presidente Eduardo Frei Montalva, la principal figura de la DC, declara el 10 de octubre al periódico español ABC que “*los militares chilenos han salvado a Chile*”. En una carta al presidente de la Unión Mundial de la Democracia Cristiana, un mes más tarde, sostendrá la necesidad de apoyar a la Junta Militar, opinión de la que se arrepentirá al poco tiempo:

“es necesario que el país salga del caos y, en consecuencia, que el gobierno actual tenga éxito [...] Su fracaso ahora sería el fracaso del país y nos precipitaría en un callejón sin salida. Por eso los chilenos, en su inmensa mayoría, más allá de toda consideración partidista, quieren ayudar, porque creen que ésta es la condición para que se restablezca la paz y la libertad en Chile”

Sin embargo, con un coraje y honestidad que los honra, el 13 de septiembre un grupo de dirigentes de la DC discrepa públicamente de la actitud de la directiva, condena el

derrocamiento del presidente constitucional y proclama su decisión de luchar por la “*restauración de la democracia chilena*”. Son Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Radomiro Tomic, Renán Fuentealba, Fernando Sanhueza H., Sergio Saavedra, Claudio Huepe, Andrés Aylwin, Mariano Ruiz Esquide, Waldemar Carrasco, Marino Penna, Jorge Cash, Jorge Donoso, Belisario Velasco, Ignacio Balbontín y Florencio Ceballos:

“1.- Condenamos enérgicamente el derrocamiento del presidente constitucional de Chile, señor Salvador Allende, de cuyo gobierno, por decisión de la voluntad popular y de nuestro partido, fuimos invariables opositores. Nos inclinamos respetuosamente ante el sacrificio que él hizo de su vida en defensa de la autoridad constitucional [...]

3. La falta de rectificación [de los errores cometidos por el gobierno del Presidente Allende], que en definitiva nos llevó a la tragedia, es responsabilidad de todos, gobierno y oposición [...] Pero a nuestro juicio hubo quienes tuvieron mayor responsabilidad. En primer lugar el dogmatismo sectario de la Unidad Popular, que no fue capaz de construir un camino auténticamente democrático para el socialismo conforme a nuestra idiosincrasia. Especial condenación nos merece la irresponsabilidad de la ultraizquierda.

En segundo lugar, la derecha económica que, con fría determinación, aprovechó los errores de la UP para crear un clima de tensión, ceguera y pasión política que, unidos a lo anterior, hizo imposible un consenso mínimo [...]

6.- En cuanto a nosotros, consideramos que nuestra suprema responsabilidad en esta hora [...] reside en proseguir la lucha por los principios de la Democracia Cristiana, y por la restauración de la democracia chilena, fuera de la cual aquellos carecen de vigencia.

Los hechos que hoy lamentamos señalan que sólo en libertad, sustentada por la mayoría del pueblo y no en minorías excluyentes, se puede aspirar a la transformación humanista y democrática de Chile, que constituye nuestra meta y fortalece nuestra voluntad”

Ante rumores difundidos por las agencias internacionales de prensa que informan sobre una fuerza militar de resistencia en el sur, encabezada por el general Carlos Prats, la dictadura le solicita el 14 de septiembre que lo desmienta por TV. Prats aclara entonces por ese medio, según recuerda en sus memorias, que “*en las actuales circunstancias, careciendo de toda atribución de mando*”, está al margen de sus convicciones “*pretender dirigir un movimiento de resistencia*”, porque no quiere “*contribuir al derramamiento de sangre entre hermanos*”. Con el apoyo del ejército y gobierno de Argentina, se dirige luego al exilio en ese país, donde será asesinado por un comando de la dictadura pinochetista un año después. En un tramo de sus memorias “*especialmente dirigido a mis ex camaradas de armas*”, como subraya, en que condena sin ambages el golpe de Estado, hace un balance del gobierno de Allende:

“Se extinguió, así, la vía pacífica hacia la construcción del socialismo, porque sus artífices fueron impacientes e incurrieron en excesos: en dos años estructuraron un sistema para el que disponían de seis, sin ajustar el ritmo programático a las inexorables condiciones nacionales e internacionales. Allende quería dialogar y fue forzado a combatir. Quiso atenerse a la legalidad burguesa, pero resultó una víctima de su respeto a los condicionamientos de un Estado de Derecho capitalista. Respetó el profesionalismo de las Fuerzas Armadas y rechazó el camino de la “vía armada”, pero, cuando culminó la aguda crisis política, aquellas actuaron como factor de poder contrarrevolucionario.”

LA RESISTENCIA DE LOS PRIMEROS TIEMPOS: SOLIDARIDAD Y DERECHOS HUMANOS.

Desde los primeros días, los partidos de izquierda intentan rearmar una organización que les permita volver a conectar sus direcciones y establecer lazos, aún precarios y sólo de información, con los militantes. El sábado 15 de septiembre, en “algún lugar” de Santiago se reúnen dirigentes del PS y el PC. O. Millas anuncia allí que la Comisión Política de su partido queda “congelada” por dos años y que los dirigentes más notorios tienen instrucciones de asilarse en embajadas. Pocos días después Julieta Campusano, Mireya

Balra, Gladys Marín, Luis Guastavino y el mismo Millas, ingresan a algunas de ellas. El PS toma una decisión similar a la del PC y dispone que miembros de su dirección no asesinados ni presos, se exilien. Buscan asilo Adonis Sepúlveda, Rolando Calderón, Hernán Del Canto, Carmen Lazo y otros. Algunos dirigentes del Mapu, como Oscar Guillermo Garretón, hacen lo propio. Permanecerá meses en la embajada de Colombia. Por su parte, el MIR levanta la consigna: “*el MIR no se asila*”, a pesar de que, al cabo de unos meses, varios de sus dirigentes se ven obligados a hacerlo para salvar sus vidas. La mayor parte de su dirección, compuesta en ese momento por Miguel Enríquez, Bautista Van Shouwen, Andres Pascal Allende, Roberto Moreno, Edgardo Enríquez, Humberto Sotomayor, Nelson Gutiérrez y Arturo Villabela, más dos suplentes, Dagoberto Perez y Luis Retamales, caerá en combate o será asesinada en los años siguientes.

Jaime Gazmuri, que permanecerá en la “clandestinidad”, relata la precariedad de los primeros intentos reorganizadores de la izquierda y su alta exposición a la represión. Uno de los militantes que figura en el relato, Felipe Agüero, protagonizará veintiocho años después la denuncia pública contra un oficial de la Marina que fue su torturador en el Estadio Nacional, devenido con el tiempo profesor de ciencias políticas en el instituto respectivo de la Pontificia Universidad Católica. Fernando Villagrán y Agüero serán salvados de la ejecución por el capitán de inteligencia de la FACH Jorge Silva, quien en lugar de cursar la orden de enviarlos al lugar en que los ajusticiarían los envía al Estadio Nacional. Del relato de Gazmuri, es posible formarse así una idea del esfuerzo político y organizativo que realizan algunos núcleos de la UP:

“Creo que el primer contacto que logramos hacer fue con María Antonieta Saa, que en ese tiempo trabajaba muy cerca de mí en el secretariado del partido [...] Con María Antonieta, Felipe Agüero y Fernando Villagrán alojamos en la otra casa y trabajamos en un plan de seguridad mínimo, sobre todo en rearmar la SAE, en recuperar 150 fondos vírgenes de cédulas de identidad que teníamos, en armar todo el sistema. Además escribimos esa misma noche el primer número de “Bandera Verde”, la hoja informativa: había que hacer un análisis de la situación y dar orientaciones al partido. Eso fue el 15 o 16 de septiembre. La mala suerte hizo que, a poco de salir de allí, cerca del centro, por tratar de evitar un control de carabineros, Felipe y Fernando se metieron en una calle donde había un control del Ejército. Alcanzaron a comerse algunos papeles, pero no todos, y fueron detenidos. La pasaron muy mal, estuvieron mucho tiempo presos. Fue un momento de terrible angustia. Al otro día supimos que no habían llegado a su destino; la confirmación de su arresto llegó muchos días después. Cuando la gente no aparecía uno suponía que habían tenido problemas. Su destino era muy incierto. Llegaban además todas las noticias de ejecuciones, eso a la población llegaba, no sé por qué vía, pero llegaba. Pero estábamos muy inmovilizados”

El 13 de septiembre Volodia Teitelboim, que al momento del golpe se encuentra en Roma, inaugura en Radio Moscú el programa *Escucha Chile*, que por años llegará a centenares miles de chilenos, noche tras noche, a través de todo el país. La voz de Katia Olievskaia, locutora del programa, se hará familiar. Es la portadora de noticias e información que la dictadura oculta y que mantienen la esperanza de que la oposición podrá crecer y, algún día, desplazar a la dictadura. La Radio Moscú de “los años de plomo” constituye prácticamente la única voz amiga que escuchan los chilenos de izquierda y los chilenos democráticos durante mucho tiempo.

El domingo 23 de septiembre muere Pablo Neruda. Un valeroso cortejo fúnebre lo acompaña al cementerio por las calles de Santiago, rodeado de soldados armados mientras gente de pueblo, militantes de izquierda, poetas, escritores y artistas, muchos del PC, desfilan tras el féretro. Se trata de la primera manifestación de rebeldía pública después del golpe. Testimonios de participantes del funeral, recogidos por Sergio Villegas, describen la tensión y la confianza colectiva con la cual los manifestantes van aprendiendo a enfrentar la presencia represiva de policías y soldados:

“A la entrada había un grupo de unos cuarenta jóvenes esperando. Avanzaron, se situaron junto al féretro y gritaron con los puños en alto, roncamente: Compañero Pablo Neruda ... ¡Presente! / Compañero Pablo Neruda ... ¡Presente! / Ahora ... ¡Y siempre! / Ahora ... ¡y siempre! Era el primer grito que se escuchaba en medio del silencio impuesto por el terror [...] Hubo algo muy singular en ese desfile. Todos miraban hacia delante. Nadie le miró la cara a nadie. Yo sólo sentía que detrás de mí, a poca distancia, iba mi hijo de 22 años, como protegiéndome [...] Creo que la policía se confundió, porque evolucionaba en torno de nosotros en forma muy extraña, entre agresiva y desconcertada. No se imaginaron nunca que se iba a formar una columna. Carabineros en motocicleta se acercaban, parecía que iban a lanzarse contra nosotros y luego se alejaban [...] Delante de nosotros caminaba pálida, como una autómatas, la bailarina inglesa Joan Turner [...] Una de sus acompañantes gritó: Compañero Victor Jara ... ¡Presente! [...] A ambos lados de la entrada del Cementerio General, aunque a cierta distancia, grupos de soldados vigilaban en carros blindados y en jeeps [...] Cuando entramos al cementerio íbamos ya cantando abiertamente y en realidad sollozando “La Internacional” [...] Se me acercó Irma de Almeyda y me dijo: No hemos nombrado a Allende. Íbamos atravesando la cúpula de entrada en ese momento. Y hacia arriba, hacia la cúpula, grité con todas las fuerzas que me quedaban: ¡Salvador Allende! Y vino el coro entonces: ¡Presente! [...] Yo creo que ahí se nos pasó el miedo a todos, porque ahí no había ya nada que hacer. Más valía morir con el puño en alto y cantando “La Internacional”, y así, cantando a voz en cuello, todos llorando, entramos al Cementerio General. Tal vez la presencia de muchos periodistas extranjeros nos salvó”

A fines de septiembre, en una operación rastrillo casa por casa en la comuna de Ñuñoa, cae uno de los hombres más buscados: Luis Corvalán, secretario general del PC, quien es detenido, conducido a la Escuela Militar, interrogado y torturado. Más tarde es enviado a la isla Dawson, en el extremo sur del país. Varias decenas de dirigentes de la UP y altos funcionarios del gobierno de Allende han sido enviados a ese islote en el extremo sur y sometidos a trabajos forzados: Clodomiro Almeyda, Sergio Bitar, José Cademártori, Orlando Cantuarias, Luis Corvalán, Edgardo Enríquez Frödden, Fernando Flores, Enrique Kirberg, Alejandro Jiliberto, Alfredo Joignant, Enrique Kirberg, Orlando Letelier, Carlos Matus, Hugo Miranda, Carlos Morales, Aníbal Palma, Osvaldo Puccio, Osvaldo Puccio Huidobro, Pedro Felipe Ramírez, Aniceto Rodríguez, Camilo Salvo, Eric Schnake, Julio Stuardo, Anselmo Sule, Jorge Tapia, Benjamín Teplitsky, Jaime Tohá, José Tohá, Daniel Vergara. Aniceto Rodríguez recuerda la llegada a ese destino desconocido:

“Después de algunas horas de navegación por el Estrecho de Magallanes la barcaza arribó a la otra orilla en medio de una noche totalmente oscura. Entre gritos y órdenes de mando nos hicieron bajar, alumbrados por potentes focos. Parecía nuestro último camino.”

Almeyda, con humor, recuerda aspectos de la convivencia diaria de los prisioneros:

“También algunos se entretenían durante nuestros interminables encierros con las cartas o con el dominó. En esos menesteres los radicales eran los más entusiastas. Al final de la hilera de literas de nuestra barraca, en un reducido espacio libre, Anselmo Sule, Hugo Miranda, Carlos Morales, Aníbal Palma y Camilo Salvo se reunían diariamente a jugar en torno a una tosca mesa fabricada por nosotros mismos. Bautizaron a su grupo de tahúres con el festivo nombre de Asamblea Radical de Dawson “Luis Corvalán Lepe”, como muestra de simpatía hacia nuestro querido camarada Lucho”.

Y también señala el espíritu unitario y reflexivo que se genera entre los prisioneros, que tendrá importancia política en los años siguientes durante la lucha contra la dictadura:

“Los sufrimientos y reflexiones compartidos en las prisiones nos unieron profundamente, más allá de partidos, posiciones filosóficas y creencias religiosas [...] Como complemento a este sentimiento unitario y casi como corolario suyo, se diluía entre nosotros el sectarismo [...] veíamos con claridad lo estéril e infecundo de las querellas secundarias y las disensiones ideologizantes y bizantinas que resintieron nuestro accionar común y nos restaron fuerza para enfrentar con éxito la subversión de los reaccionarios”.

En las semanas que siguen continúan las detenciones masivas. El grupo de dirigentes y funcionarios de la UP enviado a esa isla austral deberán sobrevivir en condiciones rigurosas por dos años. A pesar de que la Iglesia Católica mantiene en los primeros meses una actitud ambigua frente a la dictadura, ya que los obispos hablan del “*servicio prestado al país por las FFAA*”, la extrema violencia represiva lleva al cardenal Silva Henríquez a constituir el 9 de octubre de 1973 el “*Comité de Cooperación para la Paz*”. Se trata de una institución ecuménica integrada por católicos, luteranos, metodistas, ortodoxos, pentecostales y judíos, cuyo objetivo es prestar asistencia jurídica y material a las víctimas de violaciones de los derechos humanos. El Comité Pro Paz, como se le conocerá, reúne abogados y profesionales de diversas especialidades que organizan la búsqueda de presos, otorgan refugio a perseguidos, asumen la defensa de acusados en Consejos de Guerra, presentan recursos de amparo y denuncian públicamente torturas y asesinatos. La institución pasará a la historia como único refugio de la democracia y la libertad durante esos días oscuros. Concentra por eso las iras y el ansia de venganza de los encargados de la represión.

Participan en el Comité el obispo Fernando Ariztía, de la Iglesia Católica, que lo preside y el obispo Helmut Frenz, del Consejo Mundial de Iglesias, entre otros. Los primeros colaboradores incluyen abogados como Jaime Irrázaval y Alejandro Magnet, el sindicalista Jorge Murillo, el sacerdote Cristian Precht y el sociólogo Juan Manuel Parada, que oficia de chofer. Parada será uno de los militantes comunistas asesinados en marzo de 1985, en el caso llamado “de los degollados”. A ese equipo inicial se agregan luego Hernán Montealegre, José Zalaquet, Fabiola Letelier, Germán Molina, Eduardo Loyola y otros. A mediados de 1974 el Comité Pro Paz cuenta ya con 103 funcionarios en Santiago y 95 en provincias y su labor es conocida y reconocida en todo el mundo.

En el tradicional Te Deum de Septiembre de 1974, el Cardenal Raúl Silva Henríquez pronuncia la homilía posteriormente conocida como “*Pero Chile tiene su alma*”. Allí reflexiona sobre las tradiciones, la realidad y el futuro de Chile y, en ese marco, declara que propondrá “*algunos de los rasgos que ---según nos parece--- configuran decisivamente nuestra fisonomía espiritual*”:

“El primero y más evidente es el primado de la libertad sobre todas las formas de opresión. Hay algo en nuestra alma, en nuestro inconsciente colectivo que nos urge a rechazar, como extraño al cuerpo social, todo aquello que signifique subyugar la persona o la nación a poderes extraños a ella misma. Expresémoslo en forma positiva: en el alma de Chile se da como componente esencial, el aprecio y costumbre de la libertad, individual y nacional, como el bien supremo --- superior, incluso, al de la vida misma”.

A mediados de octubre ocurre uno de los episodios más terribles de la violencia criminal de la dictadura: la llamada “*caravana de la muerte*”. Como “oficial delegado” del Comandante en Jefe del Ejército y, por consiguiente, máxima autoridad en misión, el general Sergio Arellano Stark, acompañado de una comitiva de oficiales, se dirige a diversas ciudades con el fin proclamado de revisar y acelerar los procesos y consejos de guerra contra dirigentes de la UP. La dictadura pretende extender a provincias el clima de guerra existente en Santiago y homogenizar la disposición y acción represiva de las FFAA. En las ciudades visitadas ---Cauquenes, Talca, La Serena, Copiapó, Antofagasta y Calama--- la represión ha sido “suave” y hasta ha habido relaciones relativamente pacíficas entre los jefes militares y los representantes de la UP. Los presos han sido detenidos por faltas menores y algunos se han presentado voluntariamente. El resultado de la misión de Arellano es el asesinato de 72 presos, sacados de las cárceles violando las disposiciones de la propia justicia militar, fusilados, torturados, en algunos casos, como Calama, salvajemente masacrados, enterrados de manera oculta. La existencia de los cadáveres es negada a los familiares. *El Mercurio* miente de la siguiente forma al dar cuenta de los hechos en Antofagasta:

“Se procedió a la ejecución de Mario Silva Iriarte, Eugenio Ruiz Tagle Orrego, Washington Muñoz Donoso y Miguel Manríquez Díaz, implicados todos en la formación de los denominados “cordones industriales”. El comunicado oficial de la Oficina de Relaciones Públicas de la Jefatura de Zona en Estado de Sitio informó que “las ejecuciones fueron ordenadas por la Junta Militar de Gobierno a fin de acelerar el proceso de depuración marxista y de centrar los esfuerzos en la recuperación nacional””

La comitiva de Arellano es particularmente cruel con los 26 detenidos que asesina en Calama. Entre ellos se cuentan Carlos Berger, abogado comunista, ex dirigente de la FECH, David Miranda, dirigente de los trabajadores mineros, Haroldo Cabrera, socialista, gerente de Chuquicamata, dirigentes sindicales del mineral y militantes de base. Casi treinta años después y en gran parte gracias a la tenacidad y perseverancia de la abogada Carmen Hertz, viuda de Carlos Berger, Pinochet y Arellano serán juzgados por los crímenes de la “caravana de la muerte”. Producto de la investigación llevada adelante por el juez Juan Guzmán, el dictador será desaforado como senador (vitalicio) y sometido a juicio. Entrevistado por el periodista Pablo Azocar en 1987, un oficial que conserva el anonimato y que presenció el asesinato relata lo ocurrido con D. Miranda:

“La muerte de David Miranda Luna fue heroica. Se negó a que le vendaran la vista. Era un viejo dirigente sindical, un hombre que había sido comunista desde que nació. Cuando le fueron a tapar la vista, él se negó: dijo que lo fusilaran así no más, que tenía la conciencia muy tranquila y que les pesara en sus conciencias de que estaban matando a un hombre inocente.”

Una de las secuelas más dolorosas del golpe militar es la negativa sistemática de las autoridades militares a admitir la detención de personas, no obstante haber sido arrestadas y haberse acreditado fehacientemente el hecho. Surge entonces la figura del “desaparecido”, pesadilla que acompañará sin tregua a la sociedad chilena en los años por venir. El método del “desaparecimiento” se aplicará sistemáticamente a lo menos hasta 1977. El poder Judicial, única rama constitucional no descabezada por el golpe, no se atreve a proteger como corresponde los derechos conculcados. De 5.000 recursos de amparo presentados entre el 11 de septiembre de 1973 y comienzos de 1979, sólo uno (el del militante comunista Carlos Contreras Maluje) es acogido por la justicia y, aún en este caso, la detención es desconocida por el Ministerio del Interior. La periodista Alejandra Matus, tres décadas después, en su “*Libro Negro de la Justicia Chilena*”, censurado mediante fallo judicial en tiempos de democracia, relata del siguiente modo la renuncia de los tribunales a hacer justicia y aplicar las más elementales garantías procesales:

“No más de una decena de veces, en más de diez mil recursos de amparo, ordenaron [los tribunales] que un juez se constituyese en el lugar de arresto. Habitualmente se negaron a fijar plazos a las autoridades para las respuestas. Nunca apremiaron a un funcionario renuente a informar y jamás prescindieron de los informes requeridos, como en cientos de ocasiones la Vicaría les solicitó. Más aún, las Cortes dieron toda clase de facilidades a las autoridades para dilatar las respuestas que debían entregar dentro de plazo. Las Cortes de Apelaciones rechazaron, en general, constituirse en centros de detención, incluso cuando éstos eran identificados por los recurrentes [...] Cuando el Ministerio del Interior informaba que no había orden en contra de un ciudadano y que los servicios a su mando señalaban no haberlo aprehendido, las Cortes rechazaban el recurso de amparo diciendo que no habían antecedentes que demostraran la efectividad de la detención. Cuando el Ministerio reconocía la detención, aunque lo hiciera después de haberla negado inicialmente y sin señalar fecha de arresto, las Cortes igualmente rechazaban el amparo diciendo que la detención había sido ordenada por autoridad competente”

El silencio cómplice de los tribunales y de las autoridades administrativas, desde los primeros días del golpe, obliga a los familiares de las víctimas a un ritual espantoso y sin fin: recorrer cuarteles policiales, regimientos, estadios, y terminar, como al comienzo, con

la misma incertidumbre. Esta otra faz de la desolación provoca la queja sin esperanza ante la autoridad, como la que queda estampada en la siguiente carta:

“Santiago 15 de noviembre de 1973

*Al Jefe de la guarnición Militar de Santiago
2ª División de Ejército
Ministerio de Defensa
Santiago.*

Santiago Villarroel Cepeda, chileno, casado, radicado en El Cobre, expone y solicita al Jefe de la Guarnición Militar, 2ª División del Ejército, con el más profundo dolor de padre de Ofelia Rebeca Villarroel Latín, quien fue arrestada en Industrias Sumar el día 20 del mes próximo pasado y conducida al Estadio Nacional, sin saber más de ella hasta el día 5 del presente, pese a incansable búsqueda y averiguaciones, al comprobar la muerte de mi hija y lo que es peor, la sepultación de ella en esa misma fecha, ignorando hasta hoy los motivos de tan drástica medida. Fue además sepultada como la más vulgar indigente, bajo el Protocolo 2843, Sepultura N° 2719 del patio 29, en un cajón con otra persona de sexo masculino.

Como chileno creo me asiste el mínimo derecho de reclamar los restos de ella, lo que solicito en este momento con el dolor que Ud. comprenderá.

Mi humilde petición consiste en que Ud. me conceda la autorización en tal sentido, para ser presentada al Servicio Nacional de Salud y proceder a separarlos y sepultarla en un nicho del mismo Cementerio, hasta que sea posible trasladarla a mi sepultura de familia en el Cementerio de Nogales. Con todo el respeto que Ud. me merece y con la eterna gratitud, quedo en espera de su comprensible, favorable y rápida respuesta.

*Santiago Villarroel Cepeda
Carnet 98.070.150-2 Calera
Domicilio temporal en Santiago:
Av. La Palmilla 3795. Comuna de Conchalí.”*

El instrumento de la violencia terrorista del Estado contra la ciudadanía es la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA). Es un organismo creado a fines de 1973, organizado y dirigido por el coronel de ejército Manuel Contreras, más tarde ascendido a general, e inspirado en la llamada “doctrina de seguridad nacional” que, en plena “guerra fría”, elabora el ejército de los EEUU como marco conceptual de la lucha antiguerrillera. La dictadura impone a través de la DINA y de los servicios de inteligencia el control del orden público con un altísimo costo en vidas humanas.

La idea de “derechos humanos”, inalienables y universales, derechos de las personas frente a la violencia del Estado, se expandirá de manera inédita a partir de la experiencia chilena. Un rol ejemplar cumplirá en esta tarea la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, fundada en 1975 y presidida por Ana González y Sola Sierra, que reúne y organiza un contingente, básicamente de mujeres, madres, hijas o hermanas de las víctimas, en este caso de la cruel figura represiva del hombre o mujer “desaparecido” por motivos políticos. Con la imagen del “desaparecido”, la izquierda chilena llega a todos los rincones del mundo reclamando solidaridad. Provoca un impacto en la sensibilidad de diversos gobiernos, pueblos y culturas y moviliza organizaciones no gubernamentales, redes de acción pública y partidos y estructuras estatales.

Al terminar el año, embajadas europeas y latinoamericanas, como la de Suecia y la de México o Argentina, están abarrotadas de asilados a los que la dictadura niega el salvoconducto para salir del país. Embajadores como el sueco Harald Edelstam y el mexicano Gonzalo Martínez Corvalá, entre otros, actúan con especial dignidad y valentía para permitir el asilo de perseguidos en sus sedes. En ese contexto de gran tensión los servicios de inteligencia realizan operaciones contra los recintos diplomáticos, como la que

afecta al dirigente socialista Rolando Calderón quien es objeto de un atentado desde el exterior de la embajada sueca. Herido de consideración en el rostro es llevado al hospital militar donde es objeto de interrogatorios. La presión internacional logrará que se le restituya a su refugio. Otro caso que la memoria popular retuvo es el de la militante del MIR Lumi Videla cuyo cadáver, luego de su muerte en la tortura, es arrojado a los jardines de la embajada de Italia, cuando ya ha transcurrido un año del golpe militar.

El 13 de diciembre el MIR sufre un severo golpe represivo: cae Bautista Van Schouwen, fundador y segundo dirigente del partido, hombre de confianza de Miguel Enríquez, de gran prestigio en la militancia y en la izquierda. El “Bauchi”, como se le apodaba en la organización, acompañado por Patricio Munita Castillo, había pedido refugio a la parroquia de los capuchinos, en la esquina de Huérfanos con Brasil, donde luego de una indiscreción de uno de los sacerdotes, es sorprendido, detenido, salvajemente torturado y hecho desaparecer para siempre.

A fin de año ya está establecida la “dirección interior” del PC, que ha reorganizado sustancialmente la estructura del partido, adecuándola a las exigentes condiciones de la clandestinidad. Los responsables en todos los niveles, testimoniará diez años después L. Corvalán, son autorizados para establecer sus propias formas de comunicación, fijar puntos de encuentro, contraseñas, y los modos de “chequeo” y “contrachequeo” para la seguridad de los encuentros. Cada dirigente funciona con cuatro o cinco identidades distintas. Al mismo tiempo, se inicia en el PC la discusión sobre la experiencia de la UP y sus consecuencias para el diseño de una estrategia contra la dictadura. En junio de 1974 el PC difunde desde Buenos Aires una declaración que esboza una crítica a las tendencias “ultraizquierdistas” en la izquierda y llama a la conformación de un Frente Antifascista con la Democracia Cristiana:

“La senda del terror individual, el aventurerismo del pusch, debe ser cancelada por el movimiento popular. Los fascistas quieren que el pueblo se deslice por ese tipo de acciones para justificar el terror, que es la base de su poder”

La sorprendente aparición de Carlos Altamirano en La Habana, en el acto aniversario de la Revolución Cubana, el 1 de Enero de 1974, luego de burlar la feroz persecución de la dictadura es uno de los primeros triunfos de la resistencia y genera entre los militantes, del exterior y del interior del país, una corriente de esperanza. Carlos Altamirano es el dirigente de la UP más buscado por los militares en el poder y el más execrado por la prensa y la propaganda de la derecha. La impecable operación para evitar su captura es apoyada por numerosos militantes anónimos del PS y realizada, se ha dicho, por los servicios de inteligencia de la República Democrática Alemana. Altamirano recuerda, un cuarto de siglo más tarde, a uno de esos militantes y el notable sentido histórico con que enfrentaban su tarea política:

“Era un profesor socialista, se llamaba José Pedro Astaburuaga y lamentablemente murió hace pocos días. Yo conversaba con él, y creo que sus evocaciones también coinciden con las mías. El no estaba arrepentido de haber participado en esta gran empresa en que estuvo comprometida la izquierda y el socialismo chileno de esos años, él estaba claro de que hicimos un gran aporte a nuestra historia, de que simbolizado en la imagen de Allende, ese es el momento estelar de la historia nacional, es el momento en que Chile ocupa realmente un lugar en el mundo. En esos años sí fuimos sujetos universales de una gran experiencia universal que se hacía con la construcción del socialismo a través de una vía democrática”.

Altamirano sale a Argentina por un paso cordillerano de la zona sur. Será acogido por la RDA durante sus primeros años de exilio. Berlín Oriental se constituye así en el centro de la actividad de su partido en el exterior de Chile. Altamirano será en el tiempo siguiente una

de las más relevantes figuras del exilio chileno y del amplio movimiento de solidaridad con Chile. Encabezaré hasta 1979 la dirección del PS, hasta la división de aquel año, y realizará una revisión autocrítica de la línea y de las concepciones estratégicas del socialismo chileno, abriendo camino al proceso que después se conocerá como “renovación socialista”. Un preso de la Isla Quiriquina, A. Witker, recuerda la explosión de alegría que significó para los militantes de izquierda la salida del secretario general del PS:

“La providencial escapada al exterior, y la aparición en La Habana de Carlos Altamirano, provocó una inmensa alegría. Todos expresamos admiración por la audacia con que burló el cerco de miles de agentes de la seguridad tendidos hasta el último rincón de Chile”

Bernardo Leighton, otra figura relevante en el exilio chileno, sale del país a comienzos de febrero de 1974. Luego de condenar el golpe junto a otros dirigentes progresistas del PDC, Leighton enfrenta las primeras medidas represivas presentando un recurso de amparo a favor de Clodomiro Almeyda, Orlando Letelier, Carlos Briones y otros presos y desaparecidos. Su acción le significa ser sometido a vigilancia policial y le hace difícil la permanencia en el país. Se exilia entonces voluntariamente en Roma desde donde denuncia los atropellos de los derechos humanos por parte de la dictadura, en particular ante la influyente Democracia Cristiana Internacional. La suya será una figura clave para el cristianismo de izquierda que participa en la actividad política exiliada. Integrará el grupo fundador y la dirección de *Chile América*, revista y centro de estudios creados en 1974 en Roma.

No obstante estar lejos de constituir una fuerza política significativa capaz de desafiar el poder del régimen, hacia febrero de 1974 se ha establecido un sistema de relaciones con cierta regularidad entre núcleos de partidos de la UP en el país. Se trata básicamente de la dirección interior del PC, de la que han reconstituido Exequiel Ponce y Carlos Lorca para el PS y de un sector del Mapu. Los tres mantienen un grupo dirigente legítimo y reconocido como continuidad del existente antes del golpe. Mantienen además, cada uno por su cuenta, una relación y cierta coordinación con la dirección del MIR, conducida esforzadamente por M. Enríquez, a pesar de las diferencias políticas y estratégicas que les separan. Hay relaciones ya con el sector progresista de la DC e incluso con la Iglesia Católica. Gazmuri entrega el siguiente testimonio de esa actividad:

“Establecimos vinculaciones con el Partido Comunista, principalmente a través de Jorge Insunza, y una relación muy fluida, muy cercana, con la dirección del Partido Socialista, donde la relación cotidiana con Carlos Lorca la llevaba fundamentalmente Fernando Ávila; yo me reuní con Carlos un par de veces. Establecimos lo que llamábamos el “trío”, que era como el núcleo de reconstrucción de la Unidad Popular: socialistas, comunistas y mapucistas. Los tres grupos contábamos con direcciones legítimas, con direcciones que veníamos del período anterior. Entre 1974 y 1975 estos tres partidos trabajaban en la misma perspectiva política. También con el MIR mantuvimos una comunicación bastante permanente [...] En enero de 1974, la perspectiva política dentro del MIR era la contraofensiva revolucionaria. Afirmaban que la derrota había sido una derrota “táctica” y, por consiguiente, después vendría una “contraofensiva popular”. Con lo cual, sin contar con que se dedicaron extraordinarios recursos a la represión del MIR –y, por lo tanto, aún con otra línea política quizás les hubiera pasado lo mismo- era evidente que ellos estaban mucho más expuestos. Establecimos también en esa época las primeras vinculaciones con la Democracia Cristiana, con el sector que se oponía a la dictadura. Ahí, desde le principio el contacto más sistemático que tuvimos, y además en una actitud muy solidaria, fue con Felipe Amunátegui, vicepresidente de la DC. Y tuvimos un primer y muy temprano contacto con la Iglesia a través de una reunión con Carlos Camus, entonces secretario general del episcopado. Fue un gran gesto de su parte”

Los partidos que sobreviven en la clandestinidad acuñan el término “resistencia” para señalar su enfrentamiento con la dictadura. Buscan así, probablemente, identificarse con la resistencia clandestina que en Europa enfrentó el avance nazi durante la segunda guerra

mundial. El símbolo conformado por la “R” rodeada de un círculo, que empieza lentamente a aparecer en calles y lugares públicos de Santiago, manifiesta tanto la disposición de luchar contra la tiranía como la convicción de que su significado trasciende el ámbito político de las izquierdas. La idea que parece guiar la reflexión intelectual y estratégica de la resistencia es que, por primera vez en muchos años, está en juego la suerte de la nación.

La experiencia de la dura e inédita “resistencia” de la izquierda al golpe, sugiere una diversidad de situaciones de vida y de relaciones humanas y políticas. Por ejemplo, la de Félix Huerta, líder intelectual y político del sector “eleno” del PS de los años 70 y uno de los asesores jóvenes de Allende, a quien sus camaradas apodaban “Tieso” porque un accidente en una práctica de formación en Cuba lo dejó inmovilizado. Al “Tieso” lo consultan en su lugar de postración sus compañeros de tendencia, dirigentes nacionales del partido, como R. Calderón, E. Ponce, E. Paredes, Carlos Lorca, Víctor Zerega, antes y después del golpe, cada vez que deben adoptar decisiones políticas difíciles o elaborar desarrollos teóricos complejos de la línea partidaria. Su testimonio recuerda el acontecer el día del golpe, en comunicación con miembros del GAP en La Moneda, el interrogatorio que le practica días después un hombre del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) y las primeras prácticas de la resistencia realizadas por la emergente dirección clandestina del PS. “*Son curiosos los recuerdos*”, dice, “*les costó saber (a los militares) que “Máximo” era Ricardo Pincheira porque nosotros no hablábamos más de la cuenta*”:

“En la madrugada recibí los primeros llamados. Ya estaba claro que ante un golpe no teníamos nada que hacer, salvo morir dignamente [...] Mi hermano Enrique también sabía que moriría ... Fueron conversaciones ... muy complicadas ... La última fue ya en la tarde ... Después ... el silencio. Hasta que llegó a mi casa el teniente coronel Manuel Polaco Rodríguez, del Servicio de Inteligencia Militar (SIM). Me interrogó. Y es el hombre que no me mata finalmente. Me anunció que me iba a fusilar. Le dije: “Le va a costar un poco, porque va a ser medio difícil ponerme de pie”. Tuvimos muchas conversaciones. El quería algo muy simple: me cambiaba a mi hermano preso por la identidad de un hombre: “Máximo”, uno de mis mejores amigos. ¡Y no se habían dado cuenta que ya lo habían matado! Rodríguez me tuvo a su merced, pudo haberme liquidado cuando quiso ... No lo hizo ... no sé por qué ... Me vigilaron durante muchos años ... Años muy primitivos, en que lo único era intentar sobrevivir, conseguir un lugar para que pasara la noche un compañero, escribir mensajes en letras minúsculas y meterlos en cápsulas, que después en los allanamientos había que comerse”

La resistencia es para sus protagonistas solidaridad y derechos humanos. El terror represivo de los aparatos o las operaciones “militares”, como la del general Arellano en el norte del país, intentan impedir esa solidaridad y evitar que se plasme en la conciencia colectiva. Enrique Silva Cima, años más tarde líder del PR en el país y ministro en el gobierno de Patricio Aylwin, testimonia en sus memorias esa relación antagónica entre la angustia frente al terror y la solidaridad de los que resisten. Se refiere a un encuentro con la esposa de Fernando Ortiz, “desaparecido” cuando encabeza la dirección clandestina del PC en 1976:

“la había conocido como funcionaria de la Universidad de Chile. Ahora, como tanta gente honorable, se encontraba ante la traumática realidad de su esposo desaparecido, sin trabajo, y con el temor de no saber cuál era el destino que habían preparado para ella los salvadores de la patria. Un destino que podía transformarse en mortalmente amenazante en un recoveco de cualquiera calle de Santiago. La importancia de no poder ayudar resultaba demasiado reiterada. Uno trataba de hacer lo posible [...] Fue una larga conversación en la que siempre estuvo subyacente la fragilidad en que nos encontrábamos quienes pensábamos diferente a la autoridad. Durante ese largo encuentro estuve tratando de recordar algo que podía ayudarla. Al despedirnos lo recordé. En la institución de los deficientes podíamos contratarla. Se trataba de una eficiente funcionaria con una larga trayectoria. Encajaba perfectamente en el perfil de la persona que estábamos buscando desde hacía tiempo. La propuesta la emocionó. Era algo inesperado para ella y que le resolvía el problema del día a día. Una posibilidad que hasta ese momento no había tenido. Los perseguidos no eran objeto de propuestas [...] Entre lágrimas agradeció la oferta. Se pondría en contacto conmigo al día siguiente. Temprano, llamó. Su voz sonaba segura cuando se disculpó por no aceptar el ofrecimiento.

En la pesadilla que vivíamos, era un riesgo que ella no podía permitir que corrieran otros por acogerla. Ella era la esposa de un dirigente comunista desaparecido, y la ira de sus captores seguramente recaería sobre aquellos que pretendían que su vida y la de su familia fuera digna. Incluso la propia institución podría ser eliminada, con lo que se acumularían más perjudicados. Muchas gracias don Enrique, pero no, no puedo aceptar. Mi reconocimiento es grande y para siempre. Y se despidió. No volví a tener noticias suyas. Pero su gesto generoso quedó grabado entre lo poco bueno y rescatable de aquellos malos días.”

La gente de izquierda siente y se da cuenta que el golpe ha destruido el entorno social en el cual la solidaridad es experiencia cotidiana. Va aprendiendo entonces a vivirla de otra manera, prudente, selectiva “por razones de seguridad”, pero finalmente, y a pesar del terror omnipresente, se va reconectando entre sí y viendo “*qué hacer*”. Las palabras de Patricia Lorca, la joven socialista antes citada, explican esos modos complejos por los cuales la solidaridad va constituyendo resistencia:

“El golpe militar produce la ruptura de nuestro entorno social. Hay amigos a los que por razones de seguridad no se les puede visitar. Otros permanecen ocultos. Los de más allá están detenidos o han desaparecido, o bien murieron durante los primeros días. No faltan los que se han asilado o han partido sin despedirse al extranjero. Las noticias sobre uno y otros se transmiten en forma indirecta, a través de correos improvisados o claves que creamos para eludir la presunta vigilancia. Nos quedamos sin parte de nuestro grupo de referencia, de nuestros afectos. Tenemos cerca eso sí a aquellos amigos que necesitan apoyo, que llegan a nuestra casa a pedir o a ofrecernos ayuda. Pero ya no hay asados, ni fiestas, ni reuniones sociales. Cuando nos juntamos es, por desgracia, para ver qué podemos hacer ante un problema o una situación dramática”

A mediados del mes de marzo de 1974, con dos días de diferencia, fallecen por efecto de la tortura, en dos cárceles distintas, José Tohá y Alberto Bachelet. Ministro de Interior de Allende y respetado dirigente del PS, el primero, y general de la Fuerza Aérea y funcionario del gobierno popular el segundo.

Bachelet es uno de aquellos numerosos militares, miembros de Investigaciones y carabineros que se oponen al golpe o se abstienen de participar en la represión. Estudios posteriores cifran en más de mil los que fueron perseguidos, detenidos, torturados y/o asesinados. Generales, coroneles, oficiales de menor rango, suboficiales y soldados de las tres ramas de las FFAA y de Orden conocieron esos días el rigor criminal de algunos de sus camaradas. “*Fui torturado por alumnos y ex compañeros de curso*”, recuerda el ex comandante de grupo de la FACH Ernesto Galaz. Los tenientes coroneles del ejército Efraín Jaña y Fernando Reveco junto a otros militares fueron torturados y estuvieron presos más de un año. Jaña fue expulsado del país en 1975. El coronel Gustavo Cantuarias fue detenido el 11 de septiembre y “falleció” semanas después en la Escuela Militar. El mayor Mario Lavanderos fue asesinado en el Hospital Militar luego de que entregara al embajador de Suecia, Harald Edelstam, un grupo de 54 uruguayos detenidos en el Estadio Nacional. El Prefecto de Investigaciones de Valparaíso Juan Bustos fue torturado y luego asesinado (“suicidado”), lo mismo ocurrió con carabineros como Juan Jara y Ricardo Mendoza en San Antonio. El entonces mayor de carabineros Zenón García, fue detenido en la Escuela de Suboficiales por declarar “*que no estaba dispuesto, de manera alguna, a participar de un golpe que significara un genocidio de mi pueblo*”. Fue detenido entonces en la Academia de Guerra Aérea (AGA) e involucrado en el proceso a Bachelet: “*lo que viví allí no se lo he contado ni a mi mujer*”, dice. En este proceso, entre otros, se intentó involucrar al general Sergio Poblete, de destacada actuación posterior en la solidaridad con Chile cuando, refugiado en Bélgica, asumiera en plenitud su militancia socialista, y a oficiales de la FACH como Jorge Silva o Carlos Ominami Daza. Silva asistirá a Bachelet en sus últimos momentos en la celda que comparten. Galaz recuerda que en la AGA, donde estuvo detenido y murió Bachelet, lo torturó un oficial que había sido compañero de curso suyo:

“Nos acusaban de estar coludidos con el MIR y de haber entregado documentos secretos, como el Plan Trueno, y otros como el Escalafón, el cual podría haber sido pedido por el Presidente a través del Ministerio de Defensa en cualquier momento, porque no tenía esa cualidad [...] Éramos oficiales constitucionalistas, contrarios al uso de la fuerza, y con respeto a la institucionalidad”

Cuando las denuncias sobre las torturas y asesinatos de miembros de la FACH en la AGA son crecientes e irrefutables, cuando el propio Cardenal ha intercedido ante el general Leigh por uno de estos casos, cuando uno de los testigos en el “juicio” que se organiza ha sido públicamente detenido y torturado simplemente por testificar, cuando otro “acusado” no puede concurrir al “tribunal” porque murió de modo inexplicable en prisión, cuando se somete a Consejo de Guerra “delitos” cometidos antes de decretar la “guerra”, El Mercurio del 25 de abril de 1974 dirá sobre el juicio entonces iniciado:

“Ya el proceso público que se sigue contra civiles y ex personeros de la FACH es una prueba del amplio derecho a defensa que se está concediendo a los acusados y de la aplicación de las reglas jurídicas establecidas tanto en los procedimientos como en la tipificación de los delitos y en el señalamiento de las responsabilidades penales o civiles correspondientes”

Ángela Jeria, la esposa de Bachelet es detenida en 1975 en el campo de concentración Villa Grimaldi junto a su hija Michelle Bachelet, socialista y más tarde Ministra de Defensa en el gobierno del presidente Lagos. Ambas son torturadas, entre otros, por el oficial de ejército y destacado miembro de la DINA Marcelo Moren Brito. Casi tres décadas después, Ángela narra su encuentro con su torturador en el ascensor del edificio donde vive. El relato expresa la insuperable distancia ética y moral que hay entre una torturada que no perdona y recuerda y su torturador, cobarde incapaz para siempre de vivir en paz::

“Al llegar a la planta baja el hombre la ayudó a salir. Ella no pudo darle las gracias y, sin aguantarse más, al entrar al estacionamiento de autos le dijo:

- Yo tengo que hablar con usted algún día.*
- ¿Ah sí? ¿Por qué sería? –le respondió amabilísimo.*
- es que nosotros nos conocimos hace muchos años –agregó ella.*
- ¿Y dónde? –inquirió Moren, no exento de coquetería.*
- En Villa Grimaldi.*

Estas últimas palabras sobresaltaron al torturador.

- ¿Quién es usted? –preguntó entonces muy nervioso.

Al escuchar que la mujer que tenía ante sus ojos era la esposa del general Alberto Bachelet, el otrora prepotente interrogador se golpeó la frente con su mano y rápido abandonó el lugar. Entonces pasó a ser Moren Brito el que, desde ese momento, intentaba evitar los casuales encuentros. Un día la estrategia falló y el hombre ingresó al ascensor en que viajaba Ángela. Ella volvió a tomar la palabra para decirle que no lo odiaba, que más bien sentía lástima por lo que él le había hecho. Al temible agente se le llenaron los ojos de lágrimas y no terminaba nunca de agradecerle esas palabras a la viuda del general Bachelet [...] Ella no le da la mano, pero se siente en paz. Descubrió en carne propia que la tortura no se perdona, pero que no perdonar es distinto a sentir odio. De él no se sabe cómo recuerda a sus cientos de torturados, pero sí que no se puede sentir en paz.”

LA AUTOCRÍTICA IDEOLÓGICA Y LA REACTIVACIÓN SINDICAL COMO PUNTOS DE PARTIDA.

Cumplido su primer año, la Junta avanza en aplicar lo que se llamó un modelo “neoliberal” de la economía y la administración del Estado. Es una combinación con fuerte carga ideológica de recetas monetaristas, anti intervención del Estado y pro apertura externa y de utilización del mercado como regulador único y unilateral de los equilibrios macroeconómicos. La política económica apunta a una profunda restauración capitalista y a la erradicación de las distorsiones que impidieron a Chile en el pasado un desarrollo capitalista pleno. Un equipo de economistas que trabajan en la Pontificia Universidad

Católica en un programa académico con la Universidad de Chicago y con su “portaestandarte”, Milton Friedman, se hace cargo del diseño e implementación del nuevo modelo. Los “Chicago boys”, como serán conocidos por la opinión pública, se mostrarán eficaces en la tarea de representar la alianza política entre militares, gremialistas y empresarios, particularmente banqueros, que gobernará autoritariamente el país por años. Las consecuencias de la aplicación ortodoxa de sus políticas, en particular en desmedro de los sectores populares, no se harán esperar.

Con la primera “resistencia”, los partidos de la UP inician la elaboración autocrítica de la derrota. Es un período de severos desafíos para la unidad de cada uno y del conjunto. Luis Corvalán afirma que la responsabilidad de la derrota proviene de la ultraizquierda”:

“En el primer período que siguió al golpe de estado la culpa de la derrota se cargaba a cuenta de la ultraizquierda. Esta estuvo representada principalmente por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria [...] Además del MIR, gran parte del Partido Socialista, el MAPU que dirigía Oscar Garretón y un sector de la Izquierda Cristiana, asumieron posiciones izquierdizantes o de ultraizquierda. Estas colectividades se esforzaron en crear un poder popular, paralelo y alternativo al poder real ---aunque limitado---, que encabezaba Salvador Allende”.

Ya en febrero de 1974, el Mapu OC revisa la política de unidad planteando la construcción de un “frente político antifascista que incluya a la UP, al PDC y al MIR”, orientado al “derrocamiento de la dictadura”. Pensado según los moldes clásicos del análisis marxista, el documento llamado “Las tareas del pueblo en la hora presente” propone una plataforma de defensa de los derechos humanos, las libertades democráticas y el nivel de vida de los trabajadores, para terminar planteando la defensa “de la Patria” amenazada, por el “imperialismo” en todos los planos de su existencia social. Para este primer documento oficial que surge de la UP en el país, el factor decisivo es la amplitud de masas de la resistencia y la utilización de todas las formas de lucha, incluidas las legales que la dictadura no puede impedir. La dirección que encabeza Gazmuri e integran, entre otros, Enrique Correa, Fernando Ávila, María Antonieta Saa y Alejandro Bell, se encargará de publicarlo y difundirlo luego en todo el mundo:

“La resistencia y el Frente antifascista sólo podrán desarrollarse en la medida en que la clase obrera logre encabezar una vasta movilización de masas contra la política de la dictadura, unir a todo el pueblo en contra del fascismo y elevar su nivel de conciencia política y capacidad organizativa [...] La extrema represión que caracteriza la actual situación, obliga a utilizar muy ampliamente formas de lucha ilegales, sin perjuicio del aprovechamiento de todos los resquicios e instituciones legales que la Junta no ha podido abolir y que deberán ser exhaustivamente utilizados”

Casi simultáneamente, el MIR llama desde Chile a un “frente político de la resistencia” que, a diferencia del anterior, sólo alcanza a un sector del PDC, designado como “antigorila”. Retomando en las nuevas condiciones de la dictadura una discusión vieja sobre la política de alianzas y las formas de lucha, el MIR se resiste a calificar a la dictadura de “fascista” y al PDC de “antifascista” porque ve implícita en la idea una amplitud del frente de oposición que alcanzaría a toda la DC. Esta política, sostiene, debilitaría la fuerza de la resistencia y le impediría iniciar la “contraofensiva popular”.

La represión, en particular contra el MIR, arrecia. Centenares de militantes son detenidos y la mayor parte son asesinados o “desaparecidos”. A fines de marzo de 1974 es herido y luego detenido por el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (SIFA), Arturo Villabela, “encargado de logística” de la dirección nacional mirista.

El documento surgido en la clandestinidad que tendrá mayores repercusiones, por la radicalidad de la crítica y por sus efectos en la lucha interna del mayor de los partidos de la

UP pre golpe, proviene de la “dirección interior” del PS. Es el llamado “*documento de marzo*”, emitido ese mes de 1974 bajo el título “*Al Calor de la Lucha contra el Fascismo, Construir la Fuerza Dirigente del Pueblo para Asegurar la Victoria*” y elaborado por los máximos integrantes de esa dirección, Exequiel Ponce, Carlos Lorca y Ricardo Lagos Salinas, entre otros.

El “documento de marzo” propone una drástica refundación del PS sobre la base de los principios teóricos y organizativos del marxismo leninismo, principios que, para los autores, son propios de todo partido proletario y no sólo del movimiento comunista internacional. Los autores consideran el documento como “*elemento central de una lucha ideológica que busca consolidar el punto de vista proletario en el seno del partido*”. El diagnóstico respecto a la derrota de la UP en 1973 es que el fracaso fue resultado del “*aislamiento de la clase obrera*” y que ésta fue producto de las incapacidades de la dirección política:

“la ausencia de una real fuerza dirigente, capaz de hacer uso, con posibilidades de éxito, de la potencialidad revolucionaria latente en la fuerza de las masas y en los instrumentos de poder institucional al alcance del gobierno”

La izquierda, sostiene, careció de una línea proletaria y una vanguardia revolucionaria firme, que fue reemplazada en los hechos por una mezcla de “*influencias pequeño burguesas, tendencias evolucionistas, conciliación sin principios y extremismo anarquista*”. La posibilidad de compromisos con otras fuerzas políticas fue entonces aplicada de manera contradictoria. Por un lado, la ultraizquierda los rechazaba, viendo en ellos “*conciliación*” y “*traición*”, por otro, la política de compromisos, cuando se aplicaba, era superestructural, “*sin el respaldo de una correcta política de masas*”.

La dura autocrítica de la dirección interior carga al PS con “*responsabilidad*” en el golpe de estado, tras la tesis de que, durante la UP, fue expresión principal de “*la dispersión política que impidió consolidar la hegemonía de la clase obrera en la dirección del proceso revolucionario*”. La autocrítica, dice, incumbe a la militancia y a la dirección nacional, y debe ayudar al “*partido en el proceso de su reconstrucción, proletarizando su ideología, estrategia política y organización en su concreta práctica de la lucha de clases*”. La tarea es entonces “*gestar una dirección única proletaria*” para la izquierda, cuya base está en “*pasar a nuevos niveles de unidad en las relaciones socialista – comunistas*”.

Al proponer una organización basada en un “*centralismo democrático*” de cuño leninista, purgado de influencias “*pequeño burguesas*” y dotado de programa e ideología homogéneos, el “*documento de marzo*” implicaba, según partidarios y detractores, una categórica revisión de la particular experiencia del PS, históricamente centro aglutinante de una diversidad de sensibilidades no comunistas. La izquierda histórica del partido ha podido sentirse atraída por el lenguaje seco y teóricamente riguroso, por el uso de categorías del marxismo “moderno” (“partido proletario”) y por la ausencia de toda concesión conceptual o estilística a la retórica “*revolucionaria*” cara a las tradiciones del PS. Pero, para el secretario general Carlos Altamirano y la mayor parte de la dirigencia pre golpe, se trata de un intento de liquidar el partido, producto de un sector “*pro comunista*” y “*estalinista*” que, dadas las difíciles circunstancias de la clandestinidad, no se somete al juicio de la militancia ni la representa. Es el inicio de una prolongada pugna interna que terminará en división en 1979. En lo inmediato, un sector socialista proveniente especialmente de los Comités Regionales Santiago Centro y Santiago Cordillera, donde predominaba una tendencia socialista más izquierdista, desconoce a la dirección encabezada por Ponce y constituye la Coordinadora Nacional de Regionales (CNR) del PS. Pollack y Rosenkranz señalan:

“Tempranamente en 1975 la CNR ha nombrado ya una “Dirección Transitoria”, ha emitido un manifiesto político y ha ganado algún apoyo en la base, pero luego se enfrentará con frustrantes dificultades”.

La CNR rechaza el método llamado de “cooptación” desde arriba, por el cual los dirigentes anteriores al golpe designan a los nuevos (que integran la dirección clandestina) y persevera en llamados a la lucha armada contra la dictadura. Como tendencia autónoma, logra establecer algunas bases en Valparaíso y Concepción aparte de Santiago, y será integrada, entre otros, por Ernesto Benado, ex PC y ex MIR, Sergio Letelier, dirigente de la juventud, Juan Bustos, dirigente metropolitano diputado en la década de los noventa, Roberto Pizarro, ministro durante el gobierno de Frei Ruíz Tagle y Pedro Durán, jefe de gabinete del presidente R. Lagos, veinticinco años más tarde. Efectivamente, Altamirano, si bien no la condena abiertamente, se niega a reconocerle legitimidad. En el exterior es encabezada por Pedro Vuskovic, ex ministro de Allende y por el ex diputado Belarmino Elgueta. El problema principal finalmente para el desarrollo de esta organización es que el líder en el país, Benjamín Cares, no logra controlar las disputas internas, los fondos escasean y la represión arrecia. La CNR tendrá deserciones hasta una división más seria en 1978, luego de la cual perderá relevancia política.

En mayo de 1974 la UP desde la clandestinidad formula el *“Llamamiento al pueblo de Chile a formar un frente antifascista para derrocar a la dictadura”* y evidencia que la izquierda no ha sido aniquilada, que está en condiciones de concertar su línea política y darla a conocer en el país. La UP expone allí los primeros intentos de una autocrítica colectiva frente a la derrota y llama a la DC para construir la unidad de las fuerzas democráticas. En ese momento la dirección DC no asume todavía una política de oposición a la dictadura.

En el intertanto, bajo el mando del comandante Edgar Ceballos, el SIFA desarrolla su propia guerra contra el MIR, a menudo en conflicto con la DINA. A comienzos de agosto, a través de presos que están en sus manos, Ceballos propone al MIR una negociación para cesar las acciones armadas a cambio de liberarlos. Miguel Enríquez finge aceptar la propuesta y pide a Laura Allende, ex diputada socialista y hermana del presidente, que intervenga y se dirija a la Academia de Guerra (AGA) donde podrá entrevistarse con Villabela y Roberto Moreno, otro dirigente del MIR preso en el lugar. El objetivo de la operación es saber de ellos. La Sra. Allende acompañada del obispo Carlos Camus realiza efectivamente la visita, recibe la propuesta de Ceballos y habla con Villabela. El MIR anunciará el 11 de septiembre su rechazo definitivo a la negociación con el SIFA. Diez días después, la DINA atrapa a Lumi Videla, asesinándola en la tortura. Caen luego en poder de la DINA su esposo Sergio Pérez, otro alto dirigente del MIR, y los miembros del equipo central de organización.

En la madrugada del 30 de septiembre de 1974, en Buenos Aires, un comando de la DINA, en el que participan entre otros Enrique Arancibia Clavel, Armando Fernández Larios y Michael Townley, hace estallar una bomba que da muerte al general Carlos Prats y a su esposa Sofía Cuthbert. La sospecha de que el dictador mismo intervino en la preparación del asesinato de su ex comandante será sostenida por la jueza argentina a cargo de la investigación, treinta años después. Sofía, María Angélica y Cecilia, hijas de Prats, precisarán en la presentación de las memorias de éste, en 1996, el sentido del legado histórico “militar constitucionalista” que su padre entregó a las nuevas generaciones:

“Creemos que en esta etapa de nuestra historia ya recuperada la democracia y en la que se realizan acciones tendientes a lograr su perfeccionamiento, es oportuno que quienes tienen responsabilidades en la construcción de la vida nacional desde el ámbito civil o militar, en especial las nuevas

generaciones, tengan presente el pensamiento de un general constitucionalista y respetuoso de la institucionalidad democrática que debe regir el destino del país para evitar el atropello de la vida, la dignidad y los derechos de sus habitantes. Han transcurrido casi 22 años desde la muerte de nuestros padres y aún no se ha establecido quienes fueron los autores del crimen. El proceso que hoy se sigue en Argentina busca probar la verdad ya entregada por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación en 1992 que afirma, que los autores de la muerte del General Carlos Prats González y su esposa Sofía Cuthbert de Prats, fueron agentes del Estado de Chile.”

El asesinato del general Prats sólo será objeto de una intervención eficaz de la justicia chilena treinta años después de ocurrido. En efecto, sólo en el 2003 el juez Alejandro Solís, a cargo de la causa abierta luego de la solicitud de extradición presentada por la jueza argentina competente, procesará, dictará sentencia y enviará a prisión a los presuntos culpables, casi todos militares integrantes de la DINA: los generales (R) Contreras e Iturriaga Neumann y los brigadieres, también en retiro, Espinoza Bravo y Zara Holger. La sentencia, que hará historia por su mensaje simbólico (nada menos que el asesinato de un comandante en jefe por parte de sus propios compañeros de armas) determinará que los culpables han transformado una entidad del Estado en “organización terrorista”:

“Los referidos agentes formaban parte del Departamento Exterior de la DINA, orientada fundamentalmente a la vigilancia y represión de ciudadanos chilenos exiliados, organización de carácter terrorista “que aceptaba la violencia extrema como recurso para combatir a los opositores políticos”, y que de manera ilegítima planeó la eliminación física del general © Carlos Prats por estimarse peligroso para la permanencia del gobierno militar de Chile.”

El sábado 5 de octubre, a las 13 horas, dos destacamentos de la DINA al mando del capitán Miguel Krasnoff Marchenko, rodean y atacan el lugar, en la comuna de San Miguel, donde se encuentra Miguel Enríquez, dándole muerte luego de un combate en que el poder de fuego de las “tropas” es abrumadoramente superior. El dirigente Humberto Sotomayor, creyendo muerto a su jefe, logra romper el cerco y, al día siguiente, se refugia en la embajada de Italia. La militante mirista Carmen Castillo, pareja de Enríquez, es herida en la balacera. Esa noche Volodia Teitelboim le rinde homenaje por las ondas de Radio Moscú:

“Muchas fueron las diferencias que mantuvimos los comunistas con las posiciones políticas de Miguel Enríquez. Y es evidente que las discrepancias subsisten en materia estratégica y táctica con la organización que él fundó y dirigió. Ello no obsta para que veamos en su existencia, prematuramente segada por la barbarie fascista, una vida limpia, noblemente dedicada a una causa que sirvió según la concepción política que lo animaba. Ha caído en la batalla. Su nombre se incorpora con perfíles propios a la larga lista de los mártires del pueblo y de los combatientes con causa y sin olvido”.

La caída de Enríquez y los demás golpes contra la estructura central del MIR, durante 1974, debilitan las capacidades de lucha de la resistencia y alimentan la imagen de control del país por la dictadura. Sin embargo, por la misma época se empieza a notar una incipiente activación de la lucha social, particularmente en sectores de trabajadores. Son los primeros movimientos huelguísticos de que se tiene memoria durante la dictadura. En realidad, si bien la lógica dominante es la represión y desarticulación del movimiento sindical, visto como obstáculo para la reconstrucción capitalista en marcha, existe también de parte del régimen una convocatoria a los trabajadores para contribuir a “restaurar” la Nación. La represión contra el sindicalismo de izquierda ha ilegalizado, además de la CUT, el Sindicato Único de Trabajadores de la Educación (SUTE), la Asociación Nacional de Empleados de Servicios de la Educación (ANESE), la Federación Metalúrgica (FEMET), el Sindicato Único de Trabajadores de Laboratorios (SUTRAL), el Sindicato Único de Trabajadores del Plástico (SUTRAP), el Sindicato Único de Trabajadores de CHILECTRA, más 129 sindicatos industriales y 242 sindicatos profesionales. El Decreto Ley 198 de diciembre de 1973, que regula desde las reuniones hasta la elección de los dirigentes, establece las formas

que adquirirá, por varios años, la intervención y el control represivo de la autoridad militar sobre los sindicatos.

A poco andar, no obstante, la CUT reconstruye una “dirección clandestina” integrada por cuadros político-sindicales comunistas, socialistas y mapucistas, entre los que destacan Nicolás López del PC, Victor Zerega y Luis Maluenda del PS y Daniel San Martín del Mapu OC, los dos primeros posteriormente desaparecidos y asesinados. Esta dirección, vinculada a los centros clandestinos de los partidos, adopta las primeras decisiones para organizar la denuncia del golpe en el extranjero y propone las primeras orientaciones para la reconstrucción de las vinculaciones con la base de los sindicatos. Las condiciones represivas del período 1973 – 1974 no le permitirán, sin embargo, una llegada efectiva a la base sindical ni generar una movilización importante. En todo caso, logra apoyar eficazmente la sobrevivencia, que la izquierda sindical se esfuerza en asegurar para muchas organizaciones ligadas a la CUT, que constituyen la base de su existencia y la posibilidad de reconstruir su convocatoria en el futuro.

Son tiempos en que el Ministerio de Trabajo lleva a cabo una política de atracción de la dirigencia sindical “no marxista”, que permitirá a las tendencias de “centro” (por ejemplo, demócrata cristianos) intentar conducir los sindicatos. La realidad es que la mayor parte de los cuadros sindicales asume una actitud de “repliegue” político los primeros meses después del golpe. Pero dado que el régimen no ha ilegalizado al conjunto del movimiento sindical, los partidos de la UP con presencia en el país los impulsan a desarrollar su actividad en todos los resquicios que permitan las normas del trabajo y no sean cerrados por la represión. Hay entonces cierta activación inicial de la lucha sindical. En 1974 se declaran huelgas de los trabajadores de la construcción del Metro, de los mineros de Algarrobo contra los despidos de personal, de los auxiliares de enfermería de los hospitales San Borja y Barros Luco, en defensa del derecho a vacaciones. Paralizan los trabajadores en la industria electrónica de Arica y tienen lugar las huelgas de Banvarte, Poliéster-Sumar, Huachipato, Calzados Royle, panificadores, ferroviarios de la Maestranza de San Bernardo y mineral de cobre de El Teniente.

Algunas organizaciones no oficialistas aunque, en ese tiempo, no perseguidas por el régimen, como la ANEF, dirigida por Tucapel Jiménez, y la CEPCH, por Federico Mujica, formulan ya a fines de 1973 críticas a la política económica y laboral. Entre las organizaciones de izquierda hay también un intento de reactivación. La Federación Nacional Minera realiza en julio de 1974 una asamblea interprovincial de los sindicatos de Concepción y Santiago, que respalda a su directiva y el inicio de gestiones para el reconocimiento de la personería jurídica. Iguales esfuerzos realizan la Federación Nacional Textil y del Vestuario (FENATEX) y la Federación Industrial de la Edificación y Materiales de Construcción (FIEMC). Entre los mineros surgirá el liderazgo de Alamiro Guzmán, militante del PC, en los textiles el de Manuel Bustos, democristiano, y en la construcción el de Héctor Cuevas, también del PC, figuras claves, más adelante, en la lucha de sindicatos y movimiento popular por terminar con la dictadura y abrir camino a un régimen democrático.

En el plano internacional, los integrantes de la Mesa de la CUT antes del golpe, Luis Figueroa, comunista, Rolando Calderón, socialista y Eduardo Rojas, mapucista, fundan en París, a mediados de 1974, el Comité Exterior de la CUT (CEXCUT) que vinculará en los años venideros el poderoso movimiento de solidaridad con Chile con la dirección político – sindical clandestina y, más tarde, con las expresiones públicas del movimiento sindical antidictatorial. El organismo lo integran posteriormente otros dirigentes, uno de amplio reconocimiento, Humberto Elgueta, del PR, el dirigente molinero socialista Luis Meneses y un oscuro militante DC, Jorge Frías, proveniente de la asociación de correos y telégrafos. El

CEXCUT adquiere relevancia política en la lucha democrática de los primeros años en cuanto debilita las posiciones de la dictadura en los organismos internacionales y en el campo sindical mundial y arma un eficaz sistema de apoyo a los dirigentes clandestinos en el país y, más adelante, a la conducción pública de la oposición sindical. El régimen se verá obligado a tomar en cuenta esta fragilidad internacional sindical, intentando abrirse hacia algunos grupos sindicales “no marxistas”, por ejemplo, de tendencia demócrata cristiana.

Como se ha visto, la represión golpea desde el primer momento al PC, pero la estrategia de repliegue y preservación de la organización le genera cierta capacidad de acción política. El PC es conducido por un equipo de dirección encabezado por Víctor Díaz, subsecretario general y también dirigente de la CUT antes del golpe. El propio dictador sostiene, al comenzar 1974, con el propósito de intensificar la represión, que el PC “*todavía está intacto*”. La dirección comunista hace circular una versión clandestina de *El Siglo*, de la revista teórica *Principios* y de un periódico que denomina *Unidad Antifascista*, que llegan a la militancia y a algunos círculos cercanos.

En julio del mismo año, un artículo bajo el seudónimo de René Castillo, probablemente redactado por Jorge Insunza, que expresa la opinión de la dirección clandestina, entrega el primer análisis sistemático y oficial del PC sobre la experiencia de la UP y las perspectivas de la izquierda en las nuevas condiciones. Coincidente con los análisis de otros partidos de la UP emitidos entonces, el documento “Chile: Enseñanzas y Perspectivas de la Revolución” afirma que la derrota fue “*expresión del aislamiento de la clase obrera*”, “*más que una derrota militar, fuimos vencidos políticamente*”, dice. El problema central de la izquierda estuvo en su dirección política: “*el movimiento popular y los partidos de la Unidad Popular reconocen que una de las claves de nuestra derrota ha sido la ausencia de una dirección única del proceso revolucionario, capaz de llevar adelante una política de principios y evitar los errores de izquierda y de derecha*”. Ratifica, en suma, la abrupta condena histórica que el PC hizo siempre de las formas “violentas” de lucha:

“Esto significa que la senda del terror individual, del aventurerismo o del putsch debe ser cancelada por el movimiento popular. La experiencia de estos meses de dictadura ha mostrado que los fascistas ansían que el pueblo se deslice a este tipo de acciones para justificar el terror que es la base de su poder [...] Sobre este asunto han expresado su opinión coincidente las fuerzas más significativas del movimiento popular, en particular comunistas y socialistas”

En otro documento (“Al partido y al pueblo de Chile”) en octubre de 1974, el PC reitera su visión “política” de la derrota y desprende de ella la estrategia de un frente que alcanza a la democracia cristiana en su conjunto. Afirma la vigencia histórica de la “*unidad socialista comunista*” y de la UP como expresión de los sectores “*más conscientes*” del pueblo e insiste en llamar a la DC a una “*unidad patriótica antifascista*”, más allá de lo que ayer y hoy separó y separa, dice, a “*marxistas y demócrata cristianos*”. El pronunciamiento cita, al respecto, el llamado del “Comité Político de la Unidad Popular” hecho el 1º de mayo anterior:

“Chile encara un inmenso desafío que sólo admite una respuesta: la construcción de un amplio Frente Antifascista donde tienen lugar todos los hombres, mujeres y jóvenes de nuestro pueblo. Frente capaz de derrotar a la dictadura, conquistar una democracia renovada y retomar con el apoyo mayoritario del pueblo, el camino de los cambios revolucionarios”

A fines de 1974, la detención de Claudio Huepe y la expulsión del país de Renán Fuentealba, fortalecen en la DC el rechazo a colaborar, aún a nivel de “técnicos”, con el régimen. Ambos se radican en Venezuela. Desde Roma, B. Leighton envía una carta a sus camaradas en el país, que condena la expulsión y los llama a “*combatir a la dictadura*” con

medios no violentos, buscando la unidad de todos los que están contra ella, sin necesidad de formar frentes o alianzas políticas. Es la fina formulación de una estrategia capaz de unificar al PDC tras una política de combate unitario contra la dictadura:

“Los políticos demócratas no tenemos otro camino que resistir y combatir la Dictadura instaurada en nuestro país, con la palabra, con la pluma y, exceptuando el recurso de la violencia, con todos los medios que se encuentren moralmente a nuestro alcance [...] Considero que los demócrata cristianos debemos actuar en la dirección señalada cualquiera sea el lugar en que residamos o el dolor que nos acompañe, eliminando los contactos oficiales con la Dictadura y coordinando nuestra tarea, sin necesidad de formar frentes o alianzas, con todas las fuerzas políticas y sociales que persiguen la misma finalidad de restauración democrática. Dentro o fuera de Chile, al margen, insisto, de posiciones que podrán discutirse después, creo que debemos buscar la unidad en contra del régimen dictatorial”

La sobrevivencia de la UP y su capacidad para rearticularse a nivel de conducción se nota ya hacia fines de 1974. Casi todos sus partidos arman núcleos de dirección reconocida en comunicación con los militantes e implementan acciones de propaganda y difusión, sobre todo, en Santiago. En enero de 1975, uno de los dirigentes “en la sombra”, Jaime Gazmuri, publica el primer libro post golpe editado y distribuido clandestinamente. “Aprender de las lecciones del pasado para construir el futuro” (su título) desarrolla la autocrítica de la derrota de la UP más allá de la consideración de los “errores” de “derecha” o “izquierda”, al preguntarse por sus raíces en la ideología y en la relación intelectuales-sociedad. La lectura de Gramsci en el país, que se ha expandido progresivamente en sectores de izquierda del exilio, surte sus primeros efectos. La obra gramsciana obtiene difusión en todo el mundo cuarenta años después de escrita y más de veinte de traducida al castellano. Recién en 1974, el aporte teórico de este dirigente y pensador marxista logra visibilidad para los dirigentes y partidos chilenos de izquierda. Las tesis de Gazmuri trasuntan una lectura de temas gramscianos. Sostienen, por ejemplo, que la UP no se equivocó al reconocer las libertades de sus adversarios sino que, por el contrario, al no ser “*democrática hasta sus últimas consecuencias*”. Critica a los partidos porque al abandonar la teoría a “los intelectuales” caen en una concepción “economicista” e instrumental de las alianzas. Es la punta de un ovillo que se desmadejará por años, desde diversos puntos de vista, con polémicas, sin interpretaciones unívocas, y que llevará a un sector de la izquierda a entender la alianza con la DC como un proyecto más allá de las puras conveniencias tácticas. Plantear dice, como hace tradicionalmente la izquierda, que la clase obrera necesita aliados porque, por sí sola, no es capaz de enfrentarse al “*enemigo principal*”, no es sólo un error de presentación de la línea, que insinúa que después del enemigo “principal” le tocará el turno al “aliado”, sino que, estrictamente, expresa un punto de vista “*no marxista*” :

“Una alianza revolucionaria no se puede desarrollar desde el punto de vista de la clase obrera en virtud de un puro cálculo de fuerzas. Ella es posible sólo si las clases aliadas, objetivamente, en función de sus intereses históricos y sus contradicciones con las clases dominantes, pueden jugar un papel revolucionario. La alianza no surge entonces como una maniobra de la clase obrera, sino como la expresión política de intereses objetiva y subjetivamente comunes entre los aliados”

La presentación por el general Leigh a comienzos de enero de 1975 de los llamados “proyectos sociales”, el Estatuto Social de la Empresa y el Sistema Nacional de Capacitación, favorece la intervención pública de las organizaciones sindicales que, aún siendo independientes de la dictadura, están por contribuir a la política institucionalizadora del régimen, que algunos sectores del mismo impulsan en contraposición al pinochetismo más puro. La ANEF y la CEPCH saludan ambos proyectos y aprovechan la oportunidad para promover una discusión “en las bases”. Las tendencias más opositoras, demócrata cristianos e izquierda, manifiestan su crítica, especialmente al Estatuto, al que objetan que no define suficientemente el rol de los sindicatos y tiene un sesgo pro empresarial.

Se va gestando así una clarificación del campo sindical, escindido entre oficialismo y oposición, favorecida por el impacto sobre los trabajadores de la crisis económica y el autoritarismo. La inflación del año 1975 terminará alcanzando un 341%, la más alta del mundo, a pesar de las políticas restrictivas del gobierno. El desempleo a fines del mismo año llega ya a un 18.7% en la región metropolitana y el salario real promedio ha caído casi un 8% en los últimos doce meses, según el FMI. Hay una coherencia interna entre autoritarismo y una economía liberada “a la Friedman”, dirá O. Letelier refiriéndose a este período, poco antes de ser asesinado:

“Mientras los “Chicago boys” han proveído una apariencia de respetabilidad técnica a los sueños de “laissez faire” y a la avidez política de la vieja oligarquía agraria y alta burguesía de monopolistas y especuladores financieros, los militares han aplicado la fuerza bruta requerida para alcanzar esos objetivos. Represión para la mayorías y “libertad económica” para pequeños grupos privilegiados son en Chile dos caras de la misma moneda. Hay por lo tanto una coherencia interna entre las dos prioridades centrales anunciadas por la Junta después del golpe de 1973: la “destrucción del cáncer marxista” [...] el establecimiento de una “economía privada” libre y el control de la inflación “a la Friedman” “

Junto con promulgar el Estatuto Social de la Empresa el 1° de mayo de 1975, la Junta Militar presenta un proyecto de nuevo Código del Trabajo y llama a los sindicatos a pronunciarse. El clima de activación así gestado tiene un impulso importante el 1° de mayo. Bajo la forma de encuentros deportivos y culturales, núcleos de trabajadores demócrata cristianos y de izquierda celebran esta efeméride paralelamente a la celebración de los partidarios de la Junta. A menos de dos años del golpe, las fuerzas sindicales anti dictadura muestran que son capaces de promover movilizaciones de base significativas políticamente.

En una actitud que hará historia al mostrar que la lucha obrera puede abrirse espacio en medio del terror sistemático, Héctor Cuevas convoca entonces directamente a la FIEMC para la realización de un consultivo nacional que culmina en un acto público en el Teatro Caupolicán, el 21 de junio de 1975. Los partidos de la UP, clandestinos, promueven la actividad abierta de los sindicatos pero nadie se atreve aún a realizar un acto público masivo, en el que surjan consignas y expresiones abiertamente contrarias a la dictadura. La decisión de Cuevas da contenido concreto a la estrategia y demuestra que es posible asumir exitosamente los riesgos de la acción pública a pesar de la represión. A este primer “caupolicano” opositor adhieren organizaciones sindicales como la CEPCH, la FENATEX y la FENSIMET, las dos últimas dirigidas por miembros del PC. Otras organizaciones de izquierda como la Federación Minera realizan también actividades para discutir el proyecto de Código del Trabajo. Cuevas recordará diez años después las jornadas del primer gran acto público obrero:

“Luego en 1975 los trabajadores de la construcción realizamos la primera asamblea pública sindical en el Teatro Caupolicán. Nadie se había atrevido a tanto hasta entonces, las aposentaduras del teatro se repletaron no sólo de obreros de la construcción. Para cubrirnos las espaldas de la represión inevitable invitamos a unos quince encargados laborales de las embajadas de los países más poderosos. Todos concurrieron, la Radio Chilena del arzobispado transmitió mi discurso íntegro. Llamamos a poner en marcha nuestras propias fuerzas, a derrotar el inmovilismo, a retomar la unidad como único camino para defendernos de nuestros poderosos enemigos. Después dimos una conferencia de prensa en el Círculo Español. Dije las cosas en mi lenguaje. Denuncié los asesinatos de trabajadores [...] Hablé de los despidos en masa, de los campos de concentración, de los desaparecidos, de la represión criminal de la DINA. A consecuencia de eso me detuvieron en julio de 1975 y estuve preso hasta fines de ese año en “Tres Álamos” y “Puchuncavi”. A los compañeros que iban a verme les decía “cuando salga de aquí me haré cargo de nuevo de la presidencia de la federación”. Casi nadie me creía. Salí de Puchuncavi el 24 de diciembre de 1975 y ya el 3 de enero de 1976 hicimos una conferencia de prensa y reasumí mi cargo”

Las nombradas, más la ANEF, dirigida por sindicalistas del PR, la Confederación Unidad Obrero Campesina (UOC), de orientación mapucista, y la Federación de Trabajadores Portuarios, levantan entonces una plataforma que exige la derogación del Decreto Ley 198, el reconocimiento de los derechos sindicales, la negociación colectiva y el derecho a constituirse unitariamente a nivel provincial y por rama de actividad. De esta manera, aún cuando los espacios abiertos son limitados y la dinámica represiva no cesa, los sindicalistas opositores de inspiración demócrata cristiana y de izquierda formulan, por primera vez, una crítica global a la lógica autoritaria y excluyente que aplica la dictadura. En estas actividades se gesta una convergencia de ambos sectores que hará nacer la Coordinadora Nacional Sindical (CNS) unos meses después.

EL INTENTO DE ANIQUILAR A LOS PARTIDOS OBREROS ENTRE 1975 Y 76 Y LA INCIPIENTE LUCHA SOCIAL.

En abril de 1975, bajo la dirección de Carlos Altamirano, el PS celebra en La Habana, bajo fuerte reserva y con estrictas medidas de seguridad, un Pleno del Comité Central en el que, por primera vez, concurrirá una representación de la dirección interior. Altamirano presenta un informe, en cuya elaboración participan como asesores los teóricos Marta Harnecker, Theotonio Dos Santos, Máximo Lira y Pío García, que prefigura las tesis que posteriormente desarrollará en su texto *Dialéctica de una derrota*. Uno de los asistentes del interior, destacado dirigente de la FJS, Jaime López, es posteriormente “quebrado” por los servicios secretos de la dictadura y delata a la “dirección interior” para, a continuación, convertirse en un agente pinochetista cuyos rastros se perderán. La memoria de la izquierda registra este y otros casos: la mirista Marcia Alejandra Merino, la “Flaca Alejandra”, el comunista Miguel Estay, el “Fanta”, la socialista Luz Arce. Son pocos, si se compara su número con los miles de militantes que resistieron la tortura. En este caso, como dramática consecuencia se produce, el 25 de junio de 1975, la caída de la dirección clandestina del PS. A la 1.30 de la madrugada de ese día es detenido por la DINA Exequiel Ponce, en un departamento ubicado en calle Tocornal esquina de Av. Matta y, a las 16 horas del mismo día, Carlos Lorca y Carolina Wiff, en una casa de la calle Maule en Santiago. Al día siguiente el detenido es Ricardo Lagos Salinas. Todos se hallan desaparecidos desde entonces. De Ponce se recuerda que era obrero del sindicato de la Empresa Portuaria de Chile, autodidacta con una sólida formación política y de mentalidad abierta. Se trata de uno de esos líderes obreros inolvidables: en 1998, cuando el ya ex dictador asume como senador vitalicio, un senador socialista lo enfrenta portando una foto de Exequiel Ponce. Poco antes de ser detenido, Ponce mantiene una reunión con un dirigente clandestino de otro partido de la UP. El joven militante que lo traslada al lugar de reunión, Máximo Pacheco Matte, años más tarde ejecutivo empresarial, lo recuerda como “*súper afectuoso, directo, tal vez un poquito depre, pero sobre todo súper lúcido, sabía que estaba acorralado, con el agua al cuello*”. Pacheco, que se reconoce “*muy marcado*” por la experiencia, rememora de Ponce las siguientes palabras:

“Compañero, te quise invitar a esta cerveza, primero porque me produce mucha alegría ver que hay gente joven como tú que está ayudando. Creo que nosotros, como generación, cometimos muchos errores, y como generación de dirigentes la lucha que estamos dando tiene sentido solamente porque existe gente como tú que nos va a reemplazar, porque nosotros somos hombres muertos. Nosotros no vamos a sobrevivir a esto. Y te quise invitar a esta cerveza porque lo único que justifica nuestra lucha es que haya una generación como tú que le dé sentido”

Félix Huerta, el “Tieso”, rememora la honestidad personal y política de sus compañeros de la dirección interior del PS después del golpe, como Ponce, Lorca, Zerega, Lagos y otros:

“no nos interesaba el poder, la figuración, y menos el dinero. La honestidad era una cuestión básica y el quiebre de la norma era castigado. A Carlos Lorca lo tomaron detenido un día jueves ... Teníamos una cita para el sábado siguiente. Desde el golpe que no nos veíamos, a pesar de haber trabajado juntos todos esos años con él, Ezequiel Ponce y Ricardo Lagos ... Y todos desaparecidos”.

Para Ricardo Solari, por su parte, Carlos Lorca es un ejemplo del valor de la formación militante. Nos enseñó, dice, *“la importancia de educarnos para ser militantes, la importancia de estudiar”* y ser buenos profesionales. Su recuerdo, concluye, *“quedará entre nosotros para siempre”* El impacto de Lorca en la militancia trasciende largamente, sin embargo, la memoria de los dirigentes que compartieron con él. Alberto Galleguillos, profesor y militante del PS que será detenido y torturado en Villa Grimaldi poco tiempo después, narra vívidamente su trabajo político con él y con la dirección partidaria después del golpe. Sus recuerdos se disparan cuando pocos días antes de que Aylwin asuma la presidencia en 1990, se entera por los diarios que una casa de la calle Juárez, que fue lugar de refugio y de funcionamiento de la dirección socialista, ha sido cedida por la dictadura en propiedad al ejército. Allí estuvieron, según recuerda, Ponce, Lorca y Lagos, intensamente buscados por los servicios de inteligencia y funcionando en precarias condiciones de seguridad. El partido *“no estaba preparado para la ilegalidad”* y las peripecias de los primeros tiempos son sobrellevadas con esfuerzo militante: Recibe entonces el encargo de la dirección de arrendar una casa de seguridad (lo que llama *“operación refugio”*) y debe asumir tareas clandestinas a pesar de que, dice, *“no es de los “duros” del partido; carece de preparación militar, de fortaleza física y del espíritu de sacrificio y entrega que caracteriza a un militante auténticamente revolucionario”*. Más que por una definición ideológica específica, Lorca le impresiona por su confianza en la *“nueva generación de dirigentes”*:

“Lleno de angustia por el informe partidario recibido y aplastado por la responsabilidad que acababa de asumir, rápidamente regresé a mi hogar de calle Esperanza, tomando todas las medidas de seguridad. De ser sorprendido caería el grupo que con su vida estaba desafiando a la dictadura [...] Mientras se materializaba la “Operación Refugio”, tuvimos que ocultar y proteger al joven y talentoso diputado Dr. Carlos Lorca. En calle Catedral, cerca de Esperanza, segundo piso al fondo, mi ex alumno del Liceo Integral, Héctor Provoste, le cedió su pieza, engañando a Doña Rosa, la encargada de los arriendos diciéndole que se trataba de un primo venido del sur a medicarse. A pocos metros estaba nuestro departamento, donde Lorca comía y se comunicaba con otros dirigentes. Luego lo trasladamos a un departamento de mi hijo Carlos en Agustinas con entrada por Amunátegui. Con ayuda de Julio Durán, dirigente estudiantil de la Universidad Técnica, se consiguió un peluquero de confianza que le tiñó el pelo coloría, lo maquilló y en una consulta médica de un oftalmólogo de calle Huérfanos, le cambiaron los gruesos lentes ópticos por otros de contacto. En esos días aumentó mi admiración por Carlos Lorca: cuando muchos socialistas estaban dominados por el pesimismo y la derrota, románticamente Lorca luchaba por mantener la organización viva, activa y conservar la fe en los mejores cuadros de la lucha clandestina. Creía que al final una nueva generación tomaría las banderas de Salvador Allende y haría realidad la sociedad socialista”

En julio de 1975, con el apoyo de la fundación socialdemócrata alemana Friedrich Ebert, un seminario en Caracas reúne dirigentes exiliados de la UP y la DC. A la *“Reunión de Colonia Tovar”* bajo el título *“Alternativas para un cambio político en Chile”*, asisten, entre otros, Bernardo Leighton, Renán Fuentealba y Gabriel Valdés, por parte demócrata cristiana, Clodomiro Almeyda y Aniceto Rodríguez, PS, Anselmo Sule y Hugo Miranda, PR y Rafael A. Gumucio y Sergio Bitar, IC. Luego de un diagnóstico sumario de la situación chilena, caracterizada por el intento de establecer *“un régimen dictatorial y fascitizante”* y de afirmar la necesidad de *“una autocrítica sincera”* de las responsabilidades de cada sector, el seminario concluye con una común visión estratégica del tipo de sociedad que dirigentes de izquierda y DC pueden avizorar para el futuro:

“Visualizamos una alternativa democrática de poder que se traduzca en la construcción de una Nueva Sociedad, con el apoyo de todas las fuerzas políticas y sociales que se definan por la liberación de Chile [...] Estamos conscientes de que las nuevas generaciones deberán ser las principales protagonistas y a ellas queremos entregar el fruto de nuestras experiencias y deliberaciones, para colaborar en la construcción de una sociedad socialista democrática, pluralista y de plena participación de los trabajadores en el poder”

Renán Fuentealba en carta a P. Aylwin, presidente de la DC, publicada en Santiago el 8 de septiembre, señala que de Colonia Tovar surge la posibilidad de conformar un “*nuevo movimiento político*” que dé forma a un “*compromiso nacional*” por el establecimiento de las libertades y la democracia en Chile. La respuesta de Aylwin, publicada en Santiago veinte días más tarde, es tajantemente negativa. La participación de sus camaradas en la reunión junto a dirigentes de la UP, dice, “*fue abiertamente contradictoria con la posición adoptada por nuestro partido, que ha rechazado de modo terminante la posibilidad de un frente con los partidos marxista-leninistas*”. La meta de la DC, aclara, es “*un entendimiento de las fuerzas políticas y sociales con las FFAA, para la restitución de la democracia*”. R. Tomic, por su parte, objetará por “*excluyente*” la línea de Aylwin y valorará que Colonia Tovar muestre una alternativa política viable y verosímil para terminar con la Junta. La discusión de alternativas de entendimiento con la izquierda empieza así a adquirir importancia política entre los dirigentes demócrata cristianos. Básicamente, Tomic objeta la política de exclusión del marxismo

“peligroso y engañoso esquema en que estaban empezando a moverse otras fuerzas democráticas, según el cual “ningún acuerdo con los partidos marxistas era posible”, y que la exclusión de estos era la condición necesaria “para el retorno a la normalidad con un gobierno encabezado por un civil y sostenidos por militares amigos”. ¡Como quien dijera: “Aquí no ha pasado nada”! “.

Por los mismos días estalla en Chile el caso de los 119 desaparecidos. Utilizando informaciones de dos supuestos diarios, “*Lea*” de Buenos Aires y “*O Dia*” de Curitiba, Brasil, diarios chilenos informan que 119 personas, que según organismos de derechos humanos han sido detenidas, están en realidad en el extranjero y han muerto allí en enfrentamientos entre ellos. La maniobra urdida por los servicios de inteligencia queda en evidencia a los pocos días: diversas fuentes, incluida la revista *Mensaje*, muestran las contradicciones y falsedad en que incurre la información. Se trata en realidad de 119 detenidos desaparecidos, la mayor parte entre mayo y octubre de 1974, en 77 casos de los cuales los familiares tienen evidencias directas del arresto, en 26 las tienen indirectas y en 16 no poseen evidencias. En 115 de los 119 casos se ha presentado recurso de amparo. Incluso en 4 casos las propias autoridades militares han reconocido el arresto. El escándalo nacional e internacional por lo burdo de la maniobra es tan grande que la revista *Qué Pasa* llega a plantear:

“El fondo del problema reside en que hay 119 chilenos que faltan, que se dan por muertos en territorio extranjero, pero cuyo último rastro se pierde en Chile, y algunos de los cuales inclusive se les afirma detenidos aquí. Su calidad de miristas o extremistas es una mera suposición. Aunque lo fueran, por lo demás, obviamente sus derechos de chilenos y de seres humanos serían los mismos.”

En septiembre de ese año, la dirección clandestina del PC causa justificado impacto por la crítica sin contemplaciones a la política del MIR contenida en el documento “*El ultraizquierdismo, caballo de Troya del imperialismo*”. Una carta desde Chile del dirigente Mario Zamorano a sus camaradas del exterior, que explica la oportunidad y sentido del mismo, subraya que el PC está preocupado porque el lenguaje, las definiciones y el estilo de lucha del MIR, perjudican los esfuerzos por restablecer las organizaciones de masas y avanzar en el entendimiento con la DC. El texto es parco en matices: “*nuestra experiencia nos demuestra cuán caro paga el movimiento popular su debilitamiento interno cuando una*

parte de la pequeña burguesía deriva al “revolucionarismo”, al espontaneísmo de izquierda y en vez de acercarse a las posiciones del proletariado intentan una política de división y enfrentamiento respecto de los partidos obreros”. La condena es explícita a las acciones armadas y la propuesta de conformar “fuerza militar propia”:

“Sí, el terrorismo a fuerza de ser inútil para el pueblo sirve a la reacción. Nada de eso ocurre con la lucha de masas real. ¿No advierten acaso los miristas con qué cuidado la dictadura oculta las acciones de masas como paros, huelgas, actos, etc. que se desarrollan ya por decenas y con elevados niveles de combatividad en múltiples centros proletarios y de otras capas sociales? ¿Y no sacan de eso conclusión alguna? [...] Sea como fuere, el análisis del problema militar para sacar lecciones del pasado y para definir una política correcta en el presente, debe partir de lo fundamental, cual es que no hay ni puede haber una correlación de fuerzas en el nivel militar favorable que garantice el éxito del proceso revolucionario, si no se construye una correlación de fuerzas políticas favorable, vale decir si no se consigue aunar en torno a las fuerzas revolucionarias fuerzas sociales mayoritarias”

Orlando Millas relata en sus memorias las dificultades que trae al PC en el exilio, particularmente ante el PS, la amplia difusión del documento. Algunos dirigentes socialistas ven en él un ataque velado e inaceptable, una “agresión”, a las posiciones sostenidas por Carlos Altamirano antes del golpe y a ciertas ideas que este ha hecho públicas recientemente en La Habana. Millas recalca que las posiciones de Altamirano, para él todavía cercanas a las del MIR, reciben aprobación en algunos países “socialistas”, como la RDA y la URSS.

También en septiembre de 1975, en el exilio en Suecia, Bosco Parra, Secretario General de la IC, aboga por la búsqueda de acuerdos entre sectores “patrióticos” de las FFAA y las organizaciones sociales y políticas populares. La línea refleja matices “socialistas” que la distinguen de la presentación de los mismos temas en otros partidos de la UP:

“hay que reformular las relaciones entre los militares y las organizaciones sindicales y políticas del pueblo trabajador de Chile. El objetivo común no puede ser otro que la construcción democrática de un nuevo estado que acometa –en forma planificada, sostenida e independiente- las transformaciones socialistas que hacen exigibles el desarrollo de la historia contemporánea. Una de las condiciones importantes de esa empresa la constituye la forma en que las organizaciones populares del pueblo visualizan su victoria inevitable. Afirmamos que ella será justiciera, pero no será hecatombe,; severa, pero regida siempre por los mismos derechos cuya vigencia reclamamos hoy; y, por sobre todo, realista y constructiva. Será un avance y no una revancha: será para Chile. La Izquierda Cristiana de Chile no sólo lucha contra el fascismo, sino que también por esta forma específica de victoria y por afirmar la manera nueva de ver la Patria que empezó a gestarse a partir del 11 de septiembre de 1973”

El 6 de octubre de 1975, Bernardo Leighton y Anita Fresno, su esposa, son objeto en Roma de un atentado criminal, del que salen gravemente heridos, ella lisiada para toda la vida. La operación es realizada por un comando neofascista llamado Ordine Nuovo, en conexión con agentes de la DINA, entre ellos Michael Townley y su esposa Mariana Callejas. Uno de los terroristas italianos que lo integran, Stefano Delle Chiaie es traído posteriormente a Chile por la DINA, donde reside varios años escapando de la justicia italiana. El atentado sorprende y conmueve por su brutalidad a los centenares de miles de personas que siguen los acontecimientos chilenos. Rafael Agustín Gumucio hará en sus memorias un emocionado recuerdo de su amigo Bernardo Leighton:

Nunca en mi larga vida política he dejado de considerar a Bernardo Leighton como la personas que más admiro. Es para mí un hermano.”

En Chile, el MIR, disminuida su capacidad operativa por la represión, intenta sin éxito recuperar iniciativa. En noviembre de 1975, Andrés Pascal Allende, jefe sobreviviente de la

organización, su compañera Mary Ann Beausire y Nelson Gutierrez, se enfrentan con un destacamento de la DINA en una parcela de Malloco. Con Gutierrez herido, los tres rompen el cerco y son asistidos en una parroquia. Gutiérrez es asilado en la Nunciatura, lo cual provoca un fuerte conflicto de la Iglesia con la Junta. En las semanas siguientes decenas de personas vinculadas al Comité Pro Paz son perseguidas y arrestadas. Hay sacerdotes detenidos, abogados torturados, religiosas golpeadas. Días después, Pinochet exige públicamente al cardenal Silva Henríquez la disolución del Comité Pro Paz, a sus ojos un inequívoco “*foco de subversión*”. El cardenal accede a la exigencia, en carta del 14 de noviembre, y junto con manifestar su desacuerdo anuncia que las iglesias continuarán ejerciendo la labor de asistencia a los perseguidos desarrollada por el Comité:

“Debo manifestar primero, francamente, mi parecer de que el Comité Pro Paz ha estado desarrollando, en medio de circunstancias muy difíciles, una tarea asistencial de clara raigambre evangélica y enmarcada en la legislación vigente [...] Es cierto – como lo expresé públicamente, al celebrar su segundo aniversario (30 – IX – 75) – que en ésta obra humana, se dan limitaciones e insuficiencias; pero se dan también, y en medida prevalente, nobles y sinceros empeños, coronados por una fecundidad que sólo Dios conoce, aunque hemos podido apreciar sus destellos. De ahí que no me sea posible compartir el juicio de V.E. [...] Las Iglesias que concurrimos a la formación del Comité [...] hemos acordado aceptar la exigencia del Supremo Gobierno, con la expresa reserva de que la labor caritativa y religiosa desplegada hasta ahora por el Comité, a favor de quienes sufren diversas formas de pobreza, continuará desarrollándose dentro de nuestras propias y respectivas organizaciones eclesiales”.

La disolución del Comité Pro Paz provoca desolación y desconcierto en la izquierda. La Iglesia y el cardenal depuran el personal, excluyendo a los partidarios de la “violencia”, es decir, al MIR, e incorporan cuadros provenientes de la DC. Esta había dado “orden” a sus militantes en 1974 de no participar en el Comité y, ahora, fines de 1975, sus relaciones con la dictadura se han deteriorado lo suficiente como para modificar el instructivo. En ese contexto, cuando ya termina el año, el cardenal decide la creación de la Vicaría de la Solidaridad y designa vicario a Cristian Precht. La Vicaría, que se ubicará en Plaza de Armas 444, contigua a la Catedral Metropolitana, será hasta el fin de la dictadura un símbolo de la lucha por los derechos humanos. Para la dictadura será un foco de irritación permanente.

En abril cae en Argentina y es entregado a los servicios de inteligencia chilenos Edgardo Enríquez, dirigente de la cúpula del MIR que ha salido al exterior un tiempo antes. Permanece para siempre “desaparecido”. Su padre, Edgardo Enríquez Frödden, ministro de educación radical del gobierno de la UP, entrevistado por la periodista Ligeia Balladares, recordará en 1983 este episodio y el reconocimiento de los hechos por parte del dictador argentino Jorge Videla, en respuesta a una gestión del presidente de Francia:

“Edgardo es ingeniero civil. Está desaparecido desde abril de 1976. A él lo tomó la policía argentina y lo devolvió a Chile. Sobre esto tenemos hasta una declaración de Giscard D`Estaing, quien le escribió –debido a gestiones de un amigo común- al general Videla intercediendo por Edgardo. Videla le contestó diciéndole: “Ya fue despachado a Chile el 27 de abril. No puedo hacer nada por él”. Por otra parte, el Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados, el Aga Khan, me dijo a mí personalmente, en Ginebra. “Edgardo Enríquez está en Chile, en Montemaravilla. Ahí está”. Y el presidente de la Cruz Roja Internacional, con quien también hablé, también me dijo lo mismo. Eso fue en septiembre de 1976. Pero la Junta lo niega. Nunca han dicho nada sobre él, no tenemos ninguna noticia”

Edgardo Enriquez, también conocido por sus compañeros como “el Pollo”, había adquirido con los años un amplio prestigio entre quienes lo conocieron y era muy respetado en la

organización. Quien fuera dirigente del MIR post golpe, Patricio Rivas, en un relato autobiográfico novelado, recuerda ese ejemplo de militancia “socialista” que fue Enríquez:

“El Pollo ha sido una de las personas más cultas en el sentido de solidez y profundidad que he conocido. Asimismo en él se sintetizaba esa figura del polemista, analítico, brillante y descolocador de la izquierda radical que venía existiendo en Chile desde 1933 en adelante.”

Tras una planificada operación del llamado “Comando Conjunto” de los servicios de inteligencia, en los primeros días de mayo de 1976, cae la dirección interior del PC. Desde marzo, el cerco se ha ido estrechando, han sido detenidos dirigentes claves como José Weibel, jefe de la JJCC, Bernardo Araya, de la dirección, y otros cuadros importantes. Los represores organizan entonces una “ratonera” en una casa de la calle Conferencia, en Santiago, donde saben que habrá una reunión. El día 4 de mayo, llega al lugar Jorge Muñoz, esposo de Gladys Marín, y es detenido; luego lo hace Mario Zamorano, y es baleado y detenido. Un día después, el poco conocido Uldarico Donaire, por veinte años Encargado de Control y Cuadros bajo el nombre de Rafael Cortés, es también apresado. Tras éste, es emboscado Jaime Donato y una semana después los grupos operativos encuentran en una casa del barrio alto a Víctor Díaz: “¡Chiiino! ... ¡Por fin te agarramos ...!” dicen que exclama el jefe del comando. Díaz, obrero gráfico que al ser detenido tenía 56 años, dirigente de larga trayectoria, engrosará, al igual que sus demás compañeros detenidos en los mismos días, la lista de los desaparecidos.

A pesar de la cruda represión, la resistencia mantiene su nivel y, en algunos casos, logra avances sustantivos. Un ejemplo lo da la creación por el Mapu OC de la Unión de Jóvenes Democráticos (UJD) en mayo de 1976. Es dirigida por Sergio Guilisasti, Jorge Marshall, Francisco Estévez y otros jóvenes profesionales que recién terminan la universidad. La nueva organización adquiere pronto peso político propio, en un marco en que la única instancia política juvenil de izquierda es la JJCC ya que la histórica FJS ha sido integrada al partido. Es notoria su presencia en los primeros círculos de actividad democrática estudiantil que, por ejemplo, fundan la Agrupación Cultural Universitaria o, más tarde, en la Unión de Escritores Jóvenes (UEJ), de recordada actividad entre la generación literaria chilena que surge en las obscuridades de la dictadura. Las primeras proclamas difundidas en el país por la UJD muestra la amplitud con que las organizaciones de jóvenes miran la política “antifascista”:

“La UJD llama a la juventud a participar en todas y cada una de las actividades de solidaridad y lucha antifascista en que estamos empeñados [...] La UJD llama a los jóvenes obreros a permanecer fieles a la tradición de lucha de nuestra heroica clase obrera [...] La UJD llama a la juventud de Chile a rescatar la cultura pisoteada, a crear y desarrollar el arte popular: nuestro arte que expresa la vocación de un pueblo y que nos acompañará en nuestras presentes jornadas de lucha y en las venideras. La UJD llama a todos los jóvenes a practicar el deporte en cada lugar de vida, trabajo o estudio. A engrandecer el deporte y transformarlo en un arma de organización y actividad solidaria de la juventud”

Promediando 1976, un pequeño grupo de mujeres de izquierda comienza a reunirse para discutir los “problemas de la mujer” y organiza un encuentro en Santiago al que asisten más de trescientas, muchas más que lo esperado. Se va haciendo evidente así que para una vasta gama de mujeres profesionales progresistas el tema de la condición de género es una cuestión central. Surge posteriormente el Círculo de la Mujer en torno al cual se realiza una amplia labor de talleres, grupos de reflexión, foros, debates, revistas y boletines informativos, iniciándose un período de crecimiento del movimiento de mujeres que adquirirá progresiva importancia en la lucha democrática.

Entre el 4 y el 18 de junio de 1976, se reúne en Santiago la Asamblea General de Estados Americanos (OEA), en medio de una espectacular operación propagandística de la Junta destinada a mostrar que Chile está en paz y progresa. El día anterior a su inicio, sin embargo, el tabloide “*La Tercera*” informa que entre los delegados a la reunión circula un “*documento secreto*”, que atribuye a la Unidad Popular y que, dice, “*nadie se atrevió a firmarlo*”. Según este diario, los autores buscan el “*aprovechamiento político*” de la Asamblea, plantean “*poner término a la política represiva del régimen militar, la restauración de todas las libertades, el respeto de los derechos humanos, la libertad de todos los detenidos y el restablecimiento de las conquistas de los trabajadores*”. En realidad, el documento ha sido elaborado clandestinamente y tiene por fin entregar una visión objetiva de la situación política, social y económica del país. Dotado de una presentación rigurosa, con datos y cuadros basados en cifras oficiales y estudios académicos, analiza la política de seguridad, la legalidad del régimen, la agricultura, salud, educación y seguridad social, la situación sindical, la situación del pueblo mapuche, la política frente al Pacto Andino y hace una acabada descripción de la economía chilena. En la introducción, los autores dicen:

“La oposición chilena no tiene ningún medio de comunicación masiva para hacer oír su voz y es por eso que aprovecha la ocasión que le brinda la OEA. Esperamos que los representantes de los pueblos amigos del pueblo de Chile, escuchen su voz y solidaricen con el sentir de nuestro pueblo: No nos queremos erigir en la única voz de expresión del sentir de nuestro pueblo, pero sí queremos contribuir a hacer que sepan del sufrimiento y las penas que aquejan a nuestra patria [...] Señores Representantes, la presencia de Uds. ha traído en nuestro país, el recrudecimiento de la represión, a tal punto que en un solo día se privó de la libertad a 52 ciudadanos, es por eso que el presente trabajo puede adolecer de defectos de impresión o presentación, pero se debe fundamentalmente a las extremas medidas de seguridad a las que se ha debido recurrir para poder llevarlo a cabo. ¡Viva Chile! ¡Viva América!”

Abogados de derechos humanos, entre ellos el radical Eugenio Velasco y el democristiano Jaime Castillo Velasco, firman un documento dirigido a los participantes en la reunión de OEA denunciando las violaciones que se cometen en el país. Velasco y Castillo serán posteriormente expulsados y exiliados.

En julio se constituye el Grupo de los Diez, referente en el que participan los dirigentes sindicales Tucapel Jiménez, Manuel Bustos y otros demócrata cristianos. A fines de mes aparece APSI, la primera revista de oposición nacida en los años de dictadura. Por iniciativa de un sector del Mapu y bajo la dirección de Arturo Navarro se especializa inicialmente en “política internacional” y, luego, dirigida por el periodista Marcelo Contreras, quien la dirigirá hasta su extinción en el período democrático, expande su cobertura a la realidad nacional. Será objeto de represión, clausuras y encarcelamiento de sus directivos. En un testimonio de 1982 M. Contreras ve allí una “*visión alternativa al discurso oficial*” que renueva las formas históricas de relación de la prensa de izquierda con el pueblo, formas en las cuales, dice, “*la palabra transformada en consigna perdió su sentido*”:

“Hemos entendido que una cierta forma de periodismo de izquierda que existió históricamente en Chile no es posible hoy. Es más, yo pienso que algunas de esas formas no debieran reeditarse. Por estas convicciones nos esforzamos por crear una nueva forma de periodismo progresista. No sólo porque de esa manera sorteábamos mejor las trabas que nos imponía un régimen autoritario, sino porque estamos convencidos que junto con renovar el pensamiento, debemos renovar la forma de transmitirlo, que permita devolverle el sentido original a las palabras que se transformaron en consignas y en ese proceso se vaciaron de sentido”

A comienzos de septiembre, la dirección clandestina del PS reconstituida luego de la prisión de Ponce y sus colaboradores realiza en el país un intercambio de opiniones entre los

miembros del Comité Central sobrevivientes, constituyendo lo que el lenguaje partidario ha llamado históricamente Pleno del Comité Central. Es el primer Pleno desde el golpe, y en sus tareas interviene un joven dirigente, Luis Eduardo Charme, asesinado por la DINA días después de terminar el evento. El documento de conclusiones tiene la estructura y lenguaje clásicos de los sectores “leninistas” del PS. Parte con una detallada descripción de la “correlación de fuerzas” internacional y define lo que llama “*el carácter de nuestra revolución*”. Valora la influencia alcanzada por el movimiento de solidaridad con Chile, que ha “*limitado el apoyo que el gobierno de EEUU puede prestar a la Junta*”. El Pleno socialista sostiene la necesidad de un acuerdo entre la UP, la DC y el MIR y reivindica la unidad socialista comunista. Para la coyuntura, privilegia los métodos “legales” de lucha sobre los “ilegales”. Reafirma el carácter “*marxista-leninista*” del partido, a la vez que rechaza la actividad fraccional de los sectores llamados “*dirección de consenso*” y “*coordinadora de regionales*”. El PS rechaza la que entiende como “*tercera alternativa*” ante la dictadura, liderada por Frei, a la vez que, manifiesta su preocupación porque ve en el PC una excesiva valoración de la “*consecuencia democrática*” de sus impulsores, “*instigadores del entierro*” del orden constitucional. Caracteriza en definitiva la alternativa Frei por su “*contenido de clase pro imperialista y remozador del capitalismo*” pero, simultáneamente valora su impacto dinamizador de la lucha democrática:

“una cosa es clarificar el contenido de clase y proyecciones de la tercera alternativa y otra distinta es valorar su significación en la lucha de masas actual [...] En este segundo sentido, es indiscutible la influencia que la práctica de esta alternativa tendrá sobre el desarrollo de la lucha de clases. Al generar hechos políticos que reflejan una forma de oposición a la dictadura militar fascista imprimirá una nueva dinámica a las movilizaciones parciales, creará condiciones para la unidad de plataformas mínimas de lucha en la base, condiciones que el movimiento popular debe aprovechar”

El PS ha comenzado a fines de 1975 a publicar “Unidad y Lucha”, el esporádico boletín partidario que alcanzará en 1979 una distribución de 7000 ejemplares. En 1976 los socialistas, aunque débilmente organizados, están presentes en numerosas organizaciones sociales y populares. Tres segmentos disidentes operan entonces en Chile, en escala reducida: la CNR, la Dirección de Consenso que encabeza Juan Gutiérrez y el grupo liderado por Rafael Ruíz que emite el periódico clandestino “*La Chispa*”.

La persecución contra el PC continúa implacable. El año 1976 será recordado por la crueldad y el sadismo de los represores. Entre julio y septiembre, son desaparecidos o directamente asesinados, entre otros, los dirigentes sindicales Raúl Montoya, Juan Gianelli y Nicolás López y cuadros de dirección como Iván Insunza, Vicente Atencio y Marta Ugarte, secuestrada a comienzos de agosto, cuyo cadáver salvajemente mutilado aparece en la playa de Los Molles en el mes de septiembre. En agosto el funcionario internacional de nacionalidad española Carmelo Soria aparece asesinado. Al promediar diciembre de 1976 cae la dirección del PC que ha reemplazado a la apresada en mayo, ahora encabezada por el profesor universitario Fernando Ortiz. Junto con él, Fernando Navarro, Horacio Cepeda, Lincoyan Berríos, Luis Lazo, Reinalda Pereira y otros miembros de dirección pasarán a integrar la lista de “desaparecidos”. Encabezan al PC en Chile, desde entonces, dos secretarios regionales, Humberto Farías (“Héctor”) y una dirigente que O. Millas llama “*la compañera Grifé*”, quien bajo el nombre de “Mariana” ocupará el cargo (clave) de “encargada de organización”. Los nuevos líderes logran detener la ofensiva represora, reconstituir y estabilizar la dirección y retomar la acción política. Millas insinúa que, además, desburocratizan y descentralizan de manera inédita los mecanismos de toma de decisiones del partido:

“la dirección de nuestro partido volvió a quedar en buenas manos, las del “compañero Héctor”, Humberto Farías, secretario de uno de los comités regionales de Santiago, cuyo método de trabajo

había permitido salvar a ese organismo, bajo la prolongada represión, sin víctimas. El cargo clave de encargado de organización de la nueva dirección central lo asumió otro secretario regional, la compañera Grifé, conocida como “Mariana” [...] A paso seguro, con una actividad tenaz y aprovechando todas las experiencias vividas por el partido, consiguieron detener la pérdida de dirigentes, que la DINA extraviara las pistas e ir dando al partido la sensación de que se había alcanzado estabilidad y era menos riesgoso impulsar las grandes tareas de masas. Héctor y Mariana dejaron de actuar con una maraña de enlaces, fueron deshaciendo las redes de buzones y los sistemas de encuentros existentes hasta entonces para, en su lugar, trasladar el poder decisorio a los organismos intermedios y a las bases.”

A comienzos de 1977 ya es visible el aporte político de un conjunto de intelectuales, autónomos de los partidos pero casi siempre militantes o vinculados a alguno, en particular al PS, al Mapu y al Mapu OC. Inicialmente instalados en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, intervenida por un militar, investigadores como T. Moulián, M. A. Garretón, Norbert Lechner, Augusto Varas, Enzo Faletto, Rodrigo Baño, Julieta Kirkwood y J. J. Bruner o, en la ONG SUR, Eugenio Tiróni, José Bengoa, Alfredo Rodríguez y Javier Martínez, discuten la experiencia de la UP, el marxismo y la resurgente cuestión de la democracia. Desarrollan e incorporan al debate político y teórico de la izquierda una perspectiva que algunos años después será considerada contribución esencial al fenómeno que se conocerá como “renovación socialista”. En sus comienzos marginalmente conectada al pensamiento partidario y vinculada a análogos emprendimientos intelectuales del exilio, la iniciativa realizada en Chile adquirirá fuerza al final de la década como elemento clave de la evolución de las izquierdas en la dictadura.

Aunque escrito en 1975, a comienzos de 1977 Carlos Altamirano publica su libro “*Dialéctica de una derrota*”, en el cual el “*fracaso de la experiencia chilena*” es fruto de la inexistencia de una “*política militar*” para la defensa de los logros del proceso, de la incapacidad de la dirección política de prever el inevitable “*enfrentamiento armado*” y “*la necesidad consecencial de adaptar orgánica, ideológica y militarmente el movimiento revolucionario a esa previsión*”. Textual y contextualmente, esta crítica se sitúa en el ámbito de lo que comunistas, Mapu OC y socialistas “del interior” llaman, por ese entonces, la “*desviación izquierdista*” que afectó a la UP. Altamirano reivindica la política del PS durante el gobierno de Allende. Recalca, por ejemplo, que en las oportunidades en que se planteó la posibilidad de un “*entendimiento con la DC*”, el PS “*expresó un criterio adverso*”, “*sin embargo, formulada nuestra disensión aceptamos democráticamente el criterio de la mayoría y no existió un solo acto orientado a obstruir el diálogo. El Partido Socialista veía con claridad la imposibilidad de llegar a un acuerdo con la DC [...] Conocida la posición del PS, su dirección prefirió marginarse de las conversaciones*”. En definitiva la terminante conclusión es que la UP y Allende pagaron con la derrota su persistencia en una vía chilena al socialismo que era inviable. Es en definitiva una crítica estrictamente “ideológica” y quiere expresar que el “reformismo” aún en su máxima consecuencia fracasa inevitablemente en hacer “la revolución”:

“El sacrificio heroico de Allende en el Palacio de los Presidentes de Chile es el símbolo trágico de la lealtad guardada a una determinada concepción estratégica, conducida hasta sus últimas consecuencias. Es precisamente la pretensión estéril de asirse ciegamente a las instituciones liberales, cuando ya la burguesía había arrastrado a la lucha de clases fuera de ellas; la falta de previsión y claridad para alterar las formas de lucha, cuando fue necesario, lo que define –en esencia– la derrota político-militar de la UP. Allende, en su adhesión porfiada y consecuente con aquella vía al socialismo, imaginada en democracia, pluralismo y libertad, se identifica consustancialmente con las formas institucionales representativas”

Si bien la discusión en su interior no siempre es asumida en plenitud, la izquierda de estos tiempos debate activamente. Un ejemplo es la política hacia la DC. En febrero de 1977, a través de su Primer Secretario Ignacio Cienfuegos (“chapa” de Eugenio Díaz) la Izquierda

Cristiana, desde Chile, es la primera en cuestionar explícitamente la infructuosa estrategia de “frente antifascista” y su reciente especificación como “política de acciones comunes”, que la UP plantea persistentemente a la DC y que ésta, con igual persistencia, rechaza. La idea es que la “política de acciones comunes” acordada por el Comité Político de la UP surge de la doble constatación de la necesidad de un amplio movimiento de resistencia y del fracaso de los esfuerzos para generarlo. Pretende entonces sustituir la política “frentista” por acciones unitarias sin exclusiones en la base social. Pero esta política encuentra obstáculos en los sectores “freistas” y recelos en la propia izquierda, temerosa de fortalecer una DC que “no expresa los intereses populares”. Tanto en la DC y como en parte de la UP, por consiguiente, se termina condicionando la política al logro de la hegemonía, cuestión que sólo puede y debe resolverse en la lucha popular. La crítica de la IC termina reivindicando el rol de la práctica social en la construcción de la alternativa a la dictadura:

“Como hasta ahora, nuestro partido revalidará en la práctica social y política su rol de vanguardia. Nuestros militantes redoblarán sus esfuerzos por fortalecer y amplificar las luchas de las organizaciones populares de masa en que se han comprometido. Todos nuestros esfuerzos están volcados en esa dirección. Es en esta práctica social y política donde superaremos la ofensiva del golpe fascista. Ahí nos reconstituimos. Ahí hemos crecido, hemos madurado y nos hemos fortalecido. Ahí seguiremos consolidándonos como vanguardia popular, impulsando las luchas de nuestro pueblo hasta la completa derrota de la dictadura terrorista-fascista y la liberación definitiva de nuestro país y nuestro pueblo”

Poco tiempo después, un grupo de dirigentes sindicales empieza a perfilar su propio discurso sobre las alianzas y la necesidad de una práctica “unitaria” insistente que no siempre puede ser resultado del discurso de los partidos. Representantes de FENSIMET, FENATEX, UOC, Asociación de Pensionados y Asociación de Obras Sanitarias, solicitan permiso para celebrar el 1º de mayo y les es negado. Lanzan entonces una proclama pública, “Aspiraciones de los trabajadores chilenos a 44 meses del gobierno militar”, que llama a restituir la democracia y expone la tesis enfática que esta no es posible sin participación de los trabajadores. El discurso de los sindicatos que conformarán la Coordinadora Nacional Sindical (CNS), cuando sale públicamente en mayo de 1978, enfatiza el consenso como condición de la reconstrucción democrática. Apertura de la línea que, para la época y a pesar de elaboraciones teóricas insistentes sobre el punto, los partidos de la UP aún no emprenden colectivamente. La CNS será presidida por Manuel Bustos, secundado por dos integrantes de la DC “progresista”, Juan M. Sepúlveda y L. H. Mery:

“Toda teoría, estrategia o política que se apoye en el dinero como protagonista y destinatario de la acción creativa de un pueblo es antihumana. Esto humilla al país porque humilla al trabajo [...] el movimiento sindical es la más auténtica voz del trabajador nacional, por tanto es la más auténtica voz de la nación [...] El gobierno ha sondeado la opinión de los trabajadores pero no la ha incorporado nunca [...] se favorece el paralelismo sindical [...] se ha tratado de atemorizar y presionar a los dirigentes [...] El movimiento sindical chileno debe, por lo tanto, plantearse como primera cuestión el resolver el problema democrático general como única forma de luchar por un ideal concreto [...] nos interesa más un modelo de organización social que permita la auto-expresión de sus miembros y cuyo orden interno se funde sobre la base del consenso antes que en la eficacia material que nos pudiera proveer un régimen en que la fuerza sea la base de mantención del orden establecido”

Haciéndose cargo del Pleno del PS en el interior, realizado en septiembre de 1976, Carlos Altamirano dirige, en junio de 1977, un extenso “Mensaje a los socialistas en el interior de Chile”. El mensaje es un paso desde las tesis de “Dialéctica de una Derrota” a una autocrítica que busca un grado mayor de consenso en el partido. Recuerda enfáticamente el ejemplo de Allende, rinde homenaje a Exequiel Ponce, Carlos Lorca y demás dirigentes y militantes caídos en la lucha “antifascista”, avanza en la autocrítica histórica del PS, hace una enérgica valoración del carácter “revolucionario, democrático y popular” de éste y

recapitula la serie de coincidencias sustantivas que tiene con la “*dirección interior*”. Para estas tesis revisadas de Altamirano, la raíz de la derrota de la UP y del PS requiere una explicación más compleja que la insuficiencia de la política militar. Lo que hubo, sostiene, es una deficiente comprensión del desfase entre la estructura “*relativamente subdesarrollada*” propia de la sociedad chilena y su superestructura institucional, “*relativamente avanzada*”. Chile es, dice, “*como el mitológico Centauro, mitad hombre y mitad caballo*”. No comprender esta disparidad llevó a un error de “derecha” en la política hacia las FFAA, confiando exageradamente en la posibilidad de incorporarlas al proceso transformador. Esta incompreensión de la parte “avanzada” del país llevó, simultáneamente, a un error de “izquierda”: se ignoró la importancia y complejidad ideológica y cultural de las clases medias, subestimándose la necesidad de atraerlas. Valora luego la unidad socialista comunista y de las fuerzas de izquierda, llama a una “*convergencia con el pueblo cristiano*” y expresa acuerdo con la “*política de acciones comunes con la democracia cristiana*”, a pesar de las “*diferencias que nos separan*”. Con la mirada puesta en los problemas internos del PS, que ya emergen con fuerza, Altamirano rechaza, por fraccionalistas y erradas políticamente, las posiciones de la CNR. Su balance es que existe un problema de legitimidad de la dirección, tanto interior como exterior. Propone entonces un mecanismo para reconocer formalmente la legitimidad que la dirección interior se ha ganado “heroicamente” en los hechos y unificarla con una representación de los miembros del Comité Central que están en el exterior:

“En estricto rigor, hoy día existen dos instancias de dirección cuyos vínculos no son todo lo estrechos que sería deseable: una en el interior de Chile y otra en el exterior. La primera detenta una legitimidad “de hecho”, derivada de haber sostenido y dirigido, con ejemplar heroísmo y tenacidad, la lucha del partido en Chile. La segunda, en cambio, integrada por los miembros del Comité Central que están fuera del país –38 en total- basa su legitimidad “de derecho” en haber sido elegida en el último Congreso Ordinario del Partido, celebrado en enero de 1971. Pensamos incurrirían en un gravísimo error quienes creyeran que basta la legitimidad “de hecho”, que es suficiente la autoridad moral adquirida en la resistencia y la lucha contra el fascismo en el interior del país. No ponemos en duda esta autoridad moral. Ella es inmensa y justificada. Pero no debemos olvidar que igual autoridad poseen los demás militantes que han permanecido en Chile y han tenido participación activa en la lucha [...] En mi opinión la dirección del partido debe ser una [...] Si bien he impugnado categóricamente la dudosa intencionalidad de quienes han cuestionado la legitimidad de la dirección sobreviviente a la derrota comparto el criterio de que su autoridad se ha debilitado con el transcurso del tiempo. En consecuencia y como lo he expresado reiteradamente, se hace urgente generar una nueva dirección que suceda, con legitimidad de hecho y de derecho a la designada en La Serena [...] A nuestro juicio, el próximo pleno del Comité Central debiera delegar la plenitud de sus funciones en un reducido número de miembros –no más de cinco, excluidos los suplentes- quienes, por un plazo transitorio, y en conjunto con los miembros que compongan la dirección interior, conformarán la Dirección Única del Partido”

El discurso del dictador en Chacarillas, en julio de 1977, cambia el cuadro político al abrir la perspectiva de institucionalización del régimen. Explicita la decisión de “permanecer” en el poder y crear una democracia “*autoritaria, protegida, integradora, tecnificada y de auténtica participación social*”, definición que Jaime Guzmán pone en labios de Pinochet. El discurso ordena el pensamiento del gobierno sobre su trayectoria pasada y futura y de este modo da marco a la lucha política posterior, incluidas las contradicciones entre sus sectores “blando”, inspirador de la nueva política, y “duro”, partidario de formas “corporativas” de gobierno y del rechazo a la política económica de los Chicago boys. La primera etapa, iniciada en 1973 y que culminará el 31 de diciembre de 1980, es de “*recuperación*” de las instituciones y de elaboración de una nueva constitución, sobre la base de las Actas Constitucionales que se dictan desde el primer día. La segunda etapa, de “*transición*” a la “*democracia protegida*”, será de conducción compartida por militares y civiles. En la última etapa, de “*normalidad constitucional*”, el poder volverá a los civiles.

En agosto de 1977, el segundo pleno clandestino del PS en Chile toma nota del discurso de Chacarillas como “*un cambio en la situación*”. En el evento, dicen las conclusiones, “*los socialistas demuestran su inquebrantable unidad y su decisión férrea de mantenerse en la primera línea de lucha por la democracia y el socialismo*”. El Pleno ratifica la idea que “*el derrocamiento*” de la dictadura es un deber y paso ineludible para impedir, a la caída de ésta, una “*democracia burguesa*” que, dice, permitiría “*la mantención latente del espectro de la dictadura y el complot fascista sobre las cabezas de nuestro pueblo*”. No obstante, el PS empieza a inquietarse por la “*relativa estabilidad del régimen*”, al que ve sin embargo en una crisis que le impide “*gobernar como quiere*”. En la misma línea, el discurso de Chacarillas expresa “*!a necesidad de estabilizarse, pero sin tener espacio político para hacerlo*”:

“Pero hoy comienza a notarse un cambio en la situación. Comienza a manifestarse una tendencia por el cambio del régimen. Su crisis ha sido asumida por diversos sectores, algunos de ellos vinculados a la derecha tradicional, quienes consideran indispensable un retorno a la democracia. La presión del imperialismo se inscribe en ese cuadro. Empiezan a confluír distintas fuerzas interesadas en la democracia. Esta pasa a ser el tema central en los debates”

Por la misma época, militantes de izquierda, básicamente Mapu, Mapu OC e IC, fundan la Agrupación Cultural Universitaria (ACU). Esta iniciativa se destacará por su rescate de tradiciones culturales que habían dado identidad a la izquierda en el pasado y por la reactivación que aporta al movimiento estudiantil universitario. Desde un par de años antes, autores, cantantes y grupos musicales intentaban recrear esas tradiciones en peñas casi privadas y guitarreos colectivos. Las raíces históricas, los héroes populares, los sufrimientos sociales, daban tema a una resistencia cultural que pugna por salir a la luz. Confluyen entonces en ACU, por un lado, “*artistas*”, poetas, actores, músicos, que buscan rescatar la cultura nacional y popular, en la tradición de la “*nueva canción chilena*” de los años 60/70 y, por otro lado, “*políticos*”, que ven en la cultura recreada una forma de reconstruir acción colectiva, violentamente negada desde el golpe. Surgen allí grupos luego muy conocidos como Aquelarre, Ortega o Santiago del Nuevo Extremo, cantautores como Eduardo Peralta, Isabel Aldunate o Dióscoro Rojas, poetas y artistas plásticos. Los festivales de ACU, que incluso llegan a repletar el Teatro Caupolicán, son hasta fines de los `70 un acontecimiento que entusiasma a la juventud. Ricardo Brodsky, protagonista y testigo, recuerda así a ACU:

“Productiva y lúcida confluencia que dio origen a una extraordinaria organización cultural que, entre otras cosas, realizó seis festivales de música, tres de los cuales terminaron en el Teatro Caupolicán repleto; cinco de teatro, dos concursos literarios, muestras plásticas, entre muchas otras actividades. De todo ello surgió [...] una verdadera camada de jóvenes artistas que bien podría llamarse la “generación ACU”, puesto que allí dieron sus primeros pasos”

La lucha por los derechos humanos continúa activamente en 1978 a través de las organizaciones de familiares, de la Vicaría de la Solidaridad, de FASIC, activa institución de inspiración evangélica, y de los abogados dedicados a la materia. Andrés Aylwin, detenido y relegado junto a un grupo de demócratacristianos, escribe con orgullo a su familia desde su destino en el extremo norte, en la localidad de Putre:

“Desde que en octubre o noviembre de 1973 denuncié, hasta la Corte Suprema, arrestos masivos de campesinos en la zona de Paine que después nunca regresaron a su hogar (el tiempo ha probado que seguramente los asesinaron); desde que defendí con calor a muchachitos o niñas de apenas 16 años en San Antonio, vejados, humillados, maltratados y sometidos a absurdos Consejos de Guerra; desde que defendí a personas de ideas distintas a las nuestras y no acepté ningún tipo de tolerancia o silencio frente a la tortura o vejamen de “cualquier ser humano”; desde que escribimos a la OEA, junto a otros cuatro colegas, denunciando la gravedad de lo que estábamos viendo en Chile; desde que tomé la defensa de los comunistas desaparecidos a fines de 1976; desde que las circunstancias

me llevaron a asumir éstas y otras actitudes y obligaciones morales, intuía perfectamente que también, en algún momento, debería llegar mi turno, nuestro turno. ¡Ha llegado!”

La oposición social continúa en el período jugando un rol preponderante. El 1 de mayo todas las organizaciones sindicales de oposición (CNS, Grupo de los Diez, CEPCH y ANEF) convocan a la acción unitaria para enfrentar al régimen y proclaman la vigencia irrestricta de los derechos humanos. Al evento, al que asisten las centrales sindicales internacionales, es reprimido por la policía con un saldo de más de 600 detenidos y los asistentes se refugian en una iglesia, donde intervienen varios dirigentes. A fines de julio, los trabajadores de Chuquicamata, tras una exigencia de aumento salarial, llevan a cabo la “huelga de las viandas”, un movimiento de protesta que consiste en la negativa a asistir a los comedores de la empresa. El movimiento se prolonga varios días, hay un generalizado “caceroleo” de la población, el gobierno decreta el estado de sitio y detiene y relega a los dirigentes sindicales. Es el inicio de una definición contra el régimen, que lleva a los trabajadores del sector, años después, a encabezar la protesta social. En octubre son disueltas por el Ministro del Interior Sergio Fernández siete organizaciones sindicales y un número importante de sindicatos (“*de izquierda*”) por considerar ilícita la actividad de representación que asumen. La medida afecta a la Confederación Campesina Ranquil, Campesina UOC, FENSIMET, FIEMC, FENATEX, Sindicato Profesional de Obreros de la Construcción y Federación Nacional Minera. Son afectados más de 500 sindicatos y más de 300.000 afiliados.

La represión antisindical desata una reacción solidaria en el conjunto del sindicalismo, la Iglesia Católica y las organizaciones internacionales de trabajadores. Entre estas, la ORIT y la AFL-CIO (de EEUU) reunidas en Lima en noviembre, decretan un boicot al transporte de productos hacia y desde Chile. El movimiento exige la restitución de las normas sobre libertad sindical y negociación colectiva. George Meany, presidente de AFL-CIO le había advertido tiempo antes al ministro Fernández en una nota:

“los excesos cometidos por el gobierno, en nombre del anticomunismo, son típicos de los gobiernos fascistas más tiránicos de nuestro siglo”

Durante 1978 y en los años que siguen surgen numerosas organizaciones de mujeres. En 1977 un grupo de mujeres ha realizado una huelga de hambre de diez días frente a la sede de la CEPAL exigiendo respuesta por los desaparecidos. En 1978 se lleva a cabo un Encuentro Nacional de Mujeres Sindicalistas, con cerca de 300 delegadas, que exige la restitución de diversas conquistas de la mujer trabajadora vigentes al momento del golpe, como el fuero maternal y las asignaciones pre y post natales.

A fines de noviembre de 1978 son descubiertos los cadáveres de 15 detenidos desaparecidos en unos antiguos hornos en la localidad de Lonquén. Se trata de integrantes de tres familias y de cuatro jóvenes, asesinados entre el 6 y el 7 de octubre de 1973, según logra establecer el ministro en visita designado por la Corte Suprema, Adolfo Bañados. Los carabineros culpables, individualizados por el ministro, se acogerán a la Ley de Amnistía recientemente promulgada por la dictadura. El descubrimiento de Lonquén será la primera prueba irrefutable de la masacre generalizada llevada adelante por la dictadura y dificultará cualquier maniobra destinada a disimular el crimen. Desde entonces ya no es creíble la afirmación de las autoridades pinochetistas de que no existen desaparecidos.

En estos meses de 1978 y más tarde al dictarse en 1979 el decreto 2.568, se registra un cambio decisivo en el carácter de las luchas mapuches. La represión y la política de división de las comunidades que implementa la dictadura inducen un cambio en la conciencia de los principales dirigentes, particularmente de Melillán Painemal, su líder y principal ideólogo.

Si tradicionalmente en ellos habían predominado ideas de incorporación a la lucha política partidaria chilena ahora lo que prima, sostiene Bengoa, es la “*voluntad de separación de la cultura mapuche de la chilena*”. A diferencia, agrega, de lo ocurrido durante la UP, en que los indígenas apoyaron la reforma agraria, ahora “*van a mostrar su diferencia y distancia con los otros movimientos sociales, formando asociaciones y reivindicaciones autónomas*”. La cuestión étnica va a separarse de la cuestión social e, incluso, los mapuches rechazarán crecientemente la intervención de los partidos políticos. Una declaración de los “centros culturales” como se designan ahora las organizaciones mapuches lo aclara:

“Los mapuches tenemos una cultura diferente, a los winkas, tenemos nuestras propias costumbres, lenguaje, religión, pensamiento e ideas. Cultura es lo que el hombre piensa, hace y dice. Es propio de nuestra cultura el Nguillatún, el Palín, el trabajo comunitario, hablar nuestra lengua [...] esto es, sentirnos mapuches [...] Pensamos que el idioma o la lengua mapuche es la herramienta que nos une y permite mantener nuestra cultura; también la propiedad comunitaria de nuestra tierra. Por esto nos proponemos mantener nuestra lengua y rechazar la división de nuestras comunidades, ya que con ellos se divide a nuestro pueblo”

Resultado inmediato de las presiones sindicales internacionales, agudizadas por la amenaza de boicot, y luego de un fracasado intento de negociación en Washington con los líderes sindicales americanos, la dictadura se ve obligada a destituir a su Ministro de Trabajo y anunciar un “Plan Laboral” que, supuestamente, normalizará la actividad sindical y reabrirá la negociación colectiva y que entrará en vigencia en julio de 1979. Este plan constituye, en los hechos, una armonización de la legislación laboral con el modelo económico neoliberal imperante y provoca un fuerte rechazo de todas las organizaciones representativas de trabajadores. Por una parte, permite la “libre” constitución de sindicatos en una misma empresa y la libre cotización de los miembros, con lo cual afecta drásticamente el poder de las organizaciones. Por otra parte, establece que sólo pueden negociar los sindicatos de empresa, no pudiendo hacerlo los interempresa y las federaciones o confederaciones. Más allá, restringe el derecho de huelga al establecer la posibilidad de que los huelguistas sean reemplazados por la empresa. La lucha contra estas disposiciones regresivas para la protección del trabajo dará lugar a un amplio movimiento de unidad entre los diversos grupos sindicales: la CNS, el grupo de los diez, la CEPCH y el Frente Unitario de Trabajadores (FUT), este último de inspiración cristiana progresista. El 1 de mayo de 1979, estas organizaciones convocan a un acto unitario que, como en el año anterior, es reprimido por la policía y obliga a los asistentes a refugiarse en una iglesia. Juan Manuel Sepúlveda de la CNS interviene allí llamando a la elaboración de:

“un proyecto social histórico que represente a los trabajadores y que tenga como directrices la democracia, el pluralismo y la participación”

EL EXILIO: LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL Y LOS DEBATES Y RUPTURAS DE LA IZQUIERDA.

Inmediatamente después del golpe toman contacto entre sí dirigentes representativos de los partidos de la UP que se encuentran en el extranjero, ya sea porque cumplían funciones diplomáticas o se encontraban en misiones partidarias o de gobierno. Tienen una primera reunión en La Habana, en la cual inician un prolongado esfuerzo de denuncia de la dictadura y de sus crímenes y, simultáneamente, la elaboración de una línea de unidad amplia, que, sin embargo, según todos, debe ser formulada y acordada en “el interior”.

En Buenos Aires convergen Juan E. Vega, dirigente del Mapu OC, J. M. Insulza, del mismo partido, y el socialista Jorge Arrate, Presidente Ejecutivo de la CODELCO, entre otros, y

sindicalistas como el socialista Agustín Muñoz y el comunista Octavio González, quienes adoptarán decisiones para formar una coordinación política de los partidos a que pertenecen. Argentina está conmovida por el golpe y la noche misma del 11 de septiembre desfilan juntos, en un hecho singular y en una multitudinaria manifestación, peronistas de diversas sensibilidades, radicales, socialistas, comunistas y movimientos guerrilleros. Los dirigentes chilenos, con la colaboración de organizaciones y personalidades argentinas arman bases de apoyo “al interior” que permitan en el futuro la sobrevivencia partidaria. Por Mendoza y Buenos Aires pasarán en los años siguientes militantes legales y clandestinos, dirigentes y “correos”. Por allí transitan apoyos políticos, humanos y materiales. Será también, con el tiempo, un lugar extremadamente peligroso para la resistencia chilena. En Buenos Aires serán encarcelados, ya en 1975, los socialistas Manuel Valenzuela, Eduardo Trabuco y Agustín Muñoz. Dirigentes como Edgardo Enríquez o Jorge Fuentes, del MIR, Juan Bustos y Roberto Pizarro, de la CNR del PS, serán apresados en Argentina durante 1976, producto de una acción represiva conjunta de las dictaduras militares del cono sur: la “Operación Condor”, montada por la DINA y los servicios de inteligencia de los países vecinos. Muchos argentinos, uruguayos, brasileños y otros latinoamericanos de izquierda que han estado exiliados en Chile, se comprometerán, por su parte, con la lucha de la resistencia chilena. Los brasileños Ruy Mauro Marini, profesor universitario, Emir Sader y Marco Aurelio García, que años más tarde será alto dirigente del Partido de los Trabajadores de Brasil, ejercerán cargos en la dirección exterior del MIR. Galeno Linares representará a éste ante la “Izquierda Chilena” y “Chile Democrático”, en Roma. Gazmuri recuerda que uno de los primeros en ingresar al país cuando se levanta el “toque de queda” diurno, es decir, pocos días después del golpe, es un argentino de nombre Ricardo Koolen que como pocos dedicará buena parte de su vida a la lucha en Chile:

“Con el trabajo exterior había una cierta tradición. Estábamos inmersos en la cultura de la izquierda de este siglo, sabíamos que estas cosas ocurrían. Conocíamos la experiencia del Partido Comunista español, habíamos participado en la solidaridad con el movimiento antifranquista y principalmente con Vietnam, eso lo teníamos incorporado [...] Al trabajo exterior le concedimos mucha importancia. Entendimos que era un asunto fundamental desde el punto de vista de la supervivencia. El primer núcleo exterior se constituye en Buenos Aires con compañeros de distintos partidos que por circunstancias casuales se encontraban en el exterior para el golpe, como Jorge Arrate, que se hallaba en Japón comprando para Codelco la maquinaria pesada que no nos vendían los norteamericanos, o como Volodia Teitelboim. Nosotros contábamos con dos compañeros de la máxima dirección. Uno de ellos era Juan Enrique Vega, que estaba en Buenos Aires en una misión política con la izquierda argentina. El otro era José Miguel Insulza, que volvía de la Conferencia de Países No Alineados en Argel. El primer compañero que llegó a Chile desde Buenos Aires, enviado por Juan Enrique, fue un compañero argentino”

Un dato significativo para la lucha democrática de la izquierda chilena en 1973 y durante la dictadura es el contexto de relaciones con los países vecinos. Uruguay se ha “adelantado” al sufrir un golpe militar en julio de 1973 y Argentina lo hará tres años después, en marzo de 1976. Hay un período inicial en que el país vecino, sacudido ya por una lucha política y “guerrillera” de magnitud, otorga refugio y permite un grado de operación política importante a la resistencia chilena. Luego, las circunstancias comienzan a cambiar. Después de marzo de 1976, y aún antes, luego de muerto Perón, la represión contra las fuerzas populares adquirirá dimensiones inéditas. La figura de los “desaparecidos” y el terror sistemático hermanarán las experiencias de los dos pueblos. Los “familiares” en Santiago, las “madres” en Buenos Aires, serán símbolo universal de solidaridad y dignidad humana. Alejandro Suárez, obrero, entonces de veintiséis años, relata su experiencia y recuerda la ayuda que será de enorme importancia para los chilenos en la Argentina, proporcionada por el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR):

“Pasaron unos meses y la señora Inés Bermúdez del Comité Pro Paz de San Felipe y Santa Mónica de Santiago me sacaron hacia Mendoza, no sin una enorme odisea en el Paso Fronterizo de Caracoles y con los argentinos en Las Cuevas. Debo mi vida a los pasajeros argentinos del bus que protestaron hasta altas horas de la tarde para que me dejaran pasar. Llegó el bus al terminal Mendoza casi a las 24 horas. Ya no me esperaban las personas de ACNUR [...] Una tarde mientras vendía en un barrio de “medio pelo”, unas señoras me llamaron y justo cuando me vuelvo para atenderlas pasó una moto, la que a unos metros se devuelve, baja de ella su conductor y saca una pistola automática de las que usan los milicos, me la apuntó a la frente y me gritaba ante el espanto de las señoras:

*- ¡Qué te pasa hijo de p`ta! ¿Me estás cargando? ¿Querés que te mate aquí mismo cabrón?
¿Qué le podía decir yo? No me asusté, ya tenía la experiencia de Chile, con lo mismo pero en chileno, la pistola se parecía, la cara de mal parido también [...] Un par de meses después, en marzo del 76, se repetía la pesadilla anterior, golpe de Estado en la Argentina, el gorila de turno se llamó Rafael Videla and Co. La duda, el temor y la inseguridad era creciente. La diferencia era que en las calles no se veían uniformados y todo se presentaba como algo normal. Como Argentina está acostumbrada a los golpes quizás sea así, decían. Pero aquellos que conocíamos la situación sabíamos que la opresión, persecución e injusticia era silenciosa, lo que llamarían después “la guerra sucia” [...] Pero la dictadura no me quiere tener en Argentina y estamos obligados a aceptar el plan del ACNUR, por seguridad. Nos trasladan a Buenos Aires para posteriormente viajar a Suecia”*

En septiembre mismo algunos dirigentes que se hallan en Europa, encabezados por Volodia Teitelboim, se reúnen, en Roma y en Helsinki, con representantes de partidos democráticos del continente y formulan los primeros llamados a la solidaridad internacional para actuar de inmediato y detener la ola de crímenes que, según informaciones cotidianas de la prensa internacional, el régimen está cometiendo en el país. De la reunión de Helsinki surge la iniciativa de conformar una *Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar Chilena*, tribunal moral internacional integrado por intelectuales y juristas de diversos países que recibirá, en varias sesiones, testimonios directos de víctimas de la represión y de familiares. En un nivel similar actuará el *Tribunal Russell II*, animado desde Roma por el senador y combatiente antifascista italiano Lelio Basso. El movimiento de solidaridad con la democracia chilena adquiere, desde el inicio, una dimensión extraordinaria. Ya el 29 de septiembre Teitelboim dice por las ondas de Radio Moscú:

“Multitudinarias manifestaciones de solidaridad se han producido en los países socialistas, en Europa Occidental, en Asia, África y en América Latina. Tal vez nunca el mundo reaccionó con tanta presteza como ahora lo hace frente al caso de Chile. Y nunca la solidaridad alcanzó desde el momento inicial una amplitud tan vasta, desbordando fronteras de partidos políticos. Abarca en los hechos a todas las personas de buena voluntad”.

Pocas semanas más tarde se efectúa en La Habana la primera reunión de todos los partidos de la UP más el MIR, activada por Beatriz Allende con el apoyo solidario del Partido Comunista de Cuba. Volodia Teitelboim encabeza la representación comunista, Julio Benítez, miembro del Comité Central, la socialista, Juan Enrique Vega, la del Mapu OC, Ruy Mauro Marini la del MIR. Asisten, entre otros, los socialistas Jorge Arrate y Homero Julio y el radical Ricardo Navarrete. Al cuerpo de partidos allí representados se le denomina “Izquierda Chilena en el Exterior” y se acuerda establecer formalmente una oficina de coordinación de la solidaridad internacional, con representación de todos, en Roma y denominarla “Chile Democrático”. Arrate es designado Secretario Ejecutivo. Dos años más tarde lo sucederá el radical Benjamín Teplizky, uno de los dirigentes que la dictadura recluye en la isla Dawson, en el extremo sur del país. “Chile Democrático”, será el principal centro de acción solidaria de los chilenos en el exterior, con contactos con más de cien comités de solidaridad que se crean en todos los países y en muchas ciudades. Por él, en representación de sus partidos, pasarán dirigentes como J.M. Insulza, Alejandro Bahamondes, Luis Badilla, José Oyarce, Sergido Insunza Becker y Luis Guastavino. En México se constituye un centro denominado “*Casa de Chile*”, dirigido por el radical Hugo

Miranda, que desarrollará una tarea cultural y política que se expande hacia América Latina, Estados Unidos, Canadá y Naciones Unidas. En Cuba, el “Comité Chileno Antifascista”, dirigido por Beatriz Allende, cumple un importante rol de apoyo a los otros centros.

El movimiento mundial de apoyo a la democracia chilena cuenta con el destacado rol simbólico, la convocatoria y el sentido político de Hortensia Bussi de Allende. “Doña Tencha”, secundada en los primeros años por su hija Isabel, que en los años noventa será electa diputada, recorrerá el mundo, intervendrá en conferencias internacionales, se entrevistará con jefes de Estado, hablará incansablemente con sus compatriotas transmitiendo un mensaje de unidad y se transformará en la máxima representante del país en el extranjero. Ya en la primera sesión de la Comisión Internacional con sede en Helsinki, en marzo de 1974, y como parte de un macizo informe sobre la situación chilena, “la Tencha” subraya un hecho clave para entender la solidaridad y la resistencia: el rol de la mujer frente a la represión de los primeros tiempos.

“La lista [de víctimas] no tiene fin. En ella están también las mujeres de mi patria que hoy sufren las vejaciones más humillantes y degradantes. Ya sea que se encuentra recluida en cárceles, campos de concentración o en la Casa Correccional de Mujeres, donde está por ejemplo Lucía Neira, viuda del asesinado Subsecretario General de Gobierno Arsenio Poupin, condenada a veinte años de prisión; donde está Inés Figueroa, funcionaria de la Universidad de Chile, destacada figura del mundo intelectual y artístico. Las esposas de los ministros, que además de tener a sus maridos en la Isla Dawson han padecido largos períodos bajo arresto domiciliario. Las mujeres parlamentarias de la Unidad Popular también han sido perseguidas. Está detenida la diputada Amanda Altamirano y retenidas en las embajadas donde se han asilado, negándoseles los salvoconductos para abandonar el país, Gladys Marín, Julieta Campuzano, Carmen Lazo, Mireya Baltra. Y la situación de la sencilla mujer proletaria y campesina, cuyo marido está cesante o perseguido, que se debate día a día velando por la supervivencia de sus hijos”

En sus primeros años, el exilio es vivido por la gran mayoría como una experiencia transitoria, en consonancia con un diagnóstico según el cual la dictadura es un accidente de corto alcance y perdurabilidad. El contingente más militante parece dispuesto a “retornar” en cualquier momento, “no deshace las maletas”. Al correr del tiempo, el exilio comienza a constituirse como un fenómeno estable. Hay quienes están fuera del país en el momento del golpe y no pueden regresar; otros que solicitan asilo en embajadas y obtienen el salvoconducto, en muchos casos después de meses de reclusión en los recintos diplomáticos. Hay algunos que abandonan el país por sus propios medios, legal o subrepticamente, y hay prisioneros que son progresivamente liberados y expulsados. La mayoría milita en la izquierda o se identifica con ella. El exilio es amplio, en su magnitud y en su composición. Hay intelectuales, técnicos, directivos de gobierno, políticos, pero la mayoría de los exiliados son de origen popular, dirigentes de la base popular de la izquierda. La experiencia del exilio cambiará mentalidades y cultura política de la izquierda chilena, para bien o para mal. Rubén Bobadilla, militante comunista que se instala en Suecia, cuenta con ironía su experiencia, por ejemplo, en cuanto a las relaciones entre los sexos:

“Los chilenos somos llorones y románticos. También somos excelentes dramaturgos de nuestros dramas comunes y los colectivos [...] Los suecos son, más bien, “pan, pan, vino, vino”. Van directo al grano, aunque no te lo digan [...] Para los chilenos más viejitos que llegaron a Suecia, las suecas han sido un trauma, en ambos sentidos de la palabra: para bien y para mal. Para bien porque son lindas, para mal porque no son “románticas”. Románticas así como les gustan a los hombre chilenos: que cocinen rico, que se queden en la casa cuidando los niños, que tengan la casita como un espejo. Que sean fieles y sumisas y que te laven la ropa interior agradecidas de hacerte esa labor. Que te agradezcan los rápidos minutos de sexo compartido y respeten tu derecho de dormir pues eres tú el hombre de la casa y mañana tienes que levantarte temprano. Las suecas son lindas para la cama. No más. Si se trata de formar pareja tenís que buscarte una chilena, loco, son más calientitas,

hablan español, se depilan y no les incomoda trabajar haciendo aseo. No como las suecas, loco ¿cachai?”

Del exilio destacan tres rasgos. El primero, la capacidad orgánica de los partidos políticos chilenos, explicable por una larga tradición de cultura política y de partidos con ideologías definidas. El segundo, la capacidad de superar sin fracturas definitivas las discrepancias políticas a que da lugar la experiencia de lucha contra la dictadura. A pesar de rupturas, a veces lacerantes, subsiste un sustrato unitario común perdurable. El tercero, la capacidad de integrarse con la actividad de las organizaciones políticas en Chile. De esta actividad militante que en el exilio vinculó, formó y movilizó, a decenas de miles de chilenos en todo el mundo, da cuenta el testimonio de Aniceto Rodríguez:

“Hubiésemos preferido que no existiese exilio. Pero ocurrió y fue tan masivo que comprometió a varias centenas de miles de compatriotas dolorosamente incorporados a una gran diáspora humana. Esa situación adquiría importancia tanto por el dinamismo político propio de la alta concientización que caracterizó al exilio chileno como por el impacto mundial que provocó el injusto quiebre de nuestro sistema democrático. Los posteriores actos de crueldad del régimen y de sus esbirros –que llegaron incluso a exportar el crimen- dieron más resonancia aún al caso chileno [...] los chilenos del exilio multiplicamos los amigos de nuestro pueblo y difundimos lo que históricamente había sido Chile en un largo período de su vida democrática [...] Chile fue más conocido que nunca [...] Su voz llegó a los parlamentos regionales, nacionales y mundiales y a las universidades que acogieron en sus matrículas a incontables estudiantes y docentes”

El chileno no fue un “exilio dorado”, tampoco puro desarraigo y abnegación militante. Sus adaptaciones a un entorno social y cultural desconocido fueron múltiples y sorprendentes, como atestigua C. Almeyda:

“En un país escandinavo, un abogado y ex diputado trabajaba como cortador de boletas en el transporte de pasajeros; una bibliotecaria universitaria lavaba pisos en un hospital, y un connotado periodista repartía diarios por la madrugada en los departamentos de un complejo habitacional. Mas, en estos últimos casos, las remuneraciones que percibían les permitían vivir mejor de lo que habrían podido aspirar en Chile, ejerciendo su profesión”

Tras el recuerdo irónico del caso de un exiliado en Alemania, que inventa una misión militante en Angola para ocultar una doble vida familiar, el mismo Almeyda relata una situación que ejemplifica el uso distorsionado de la condición de exilio que a veces ocurrió:

“Es conocido también en este país el caso de un compatriota que se enamoró de una hermosa alemancita y, para resolver su problema conyugal, le contó a su mujer que había decidido irse como voluntario a luchar con los angolanos, contra las bandas contrarrevolucionarias sostenidas por África del Sur. Su cónyuge, una chilena de gran conciencia antiimperialista, lamentó su partida, pero lo comprendió y valoró el gesto internacionalista de su marido. No tardó mucho en saber que su héroe estaba residiendo amancebado con al buena moza alemana en un pueblecito de los alrededores de Berlín”

Aún considerado el peso de las tradiciones organizativas “leninistas” de los partidos de izquierda, no deja de sorprender el rigor con que algunos enfrentan la práctica militante en el exilio. Desde Chile el Mapu OC, por ejemplo, instruye a las organizaciones de base en el exterior en el sentido de que sólo pueden recibir información, no están habilitadas para adoptar decisión alguna. El PC, según recuerdos de una conversación que mantiene O. Millas con un miembro de la dirección exterior, prohíbe viajar sin autorización de los dirigentes o adquirir un vehículo:

“Hablando con Racho Cepeda supe de cosas agradables y de otras desagradables [...] La primera orientación trazada por los dirigentes del organismo coordinador, al comenzar a llegar exiliados a

finis de 1973, fue que todas los comunistas deberían instalarse, obligatoriamente, sólo en países socialistas, lo cual creó innumerables dificultades, siendo que, por ejemplo, en Francia, muchos compañeros disponían de vehículos, posibilidades valiosas de trabajo en buenos niveles e influencias a emplear en favor de la solidaridad con nuestro pueblo [...] Me preguntó si conocía una circular del Coordinador Exterior con instrucciones obligatorias para los militantes comunistas en el exilio [...] En ella, entre las cuestiones que recuerdo, había la prohibición de salir del país en que se encontraba sin autorización expresa del Coordinador Exterior. Además se prohibía adquirir automóvil o una vivienda”

Un rol decisivo para extender el impacto social y cultural del exilio y la solidaridad, juega, desde el primer momento, el movimiento de la “nueva canción chilena”, dos de cuyos exponentes, Quilapayún e Inti Illimani, se encuentran en el exterior al momento del golpe, los primeros en Italia, los segundos en Francia. A ellos se sumarán posteriormente Angel e Isabel Parra, Payo Grondona, Los Amerindios y Julio Numhauser, Los Jaivas, Illapu, Charo Cofré y Hugo Arévalo y Patricio Manns, entre otros. “Gracias a la vida”, “Venceremos”, “Todo cambia”, se transforman en verdaderos himnos de multitudes en los más variados idiomas. Cuando en 1989, los “Inti” pueden por fin regresar a Chile, cuentan:

*“Nacimos el 67 en la UTE. En ese tiempo éramos jóvenes
y universitarios. Iniciamos nuestro camino con el oído puesto en la música andina.
Por eso nuestro nombre, que quiere decir Sol del Illimani.
Hoy estamos de vuelta, de regreso, aunque de verdad nunca nos
fuimos. La memoria es una selva, donde todo lo que se corta vuelve a crecer”.*

Posiblemente lo que provoca el mayor impacto sobre la estremecida conciencia política de la izquierda chilena exiliada es la apreciación de los partidos comunistas de Europa Occidental sobre la experiencia del gobierno de Allende, en particular la reflexión italiana. El mismo septiembre de 1973 el secretario general del Partido Comunista Italiano, Enrico Berlinguer, publica sus “Reflexiones tras los acontecimientos de Chile”, de las que extrae como “enseñanza” la necesidad de un “compromiso histórico” que va de la izquierda a la democracia cristiana, única forma de asegurar una “vía democrática” al socialismo en su país. Los acontecimientos chilenos, dice Berlinguer, los han vivido como un drama millones de hombres en todos los continentes y plantean “interrogantes que apasionan a los luchadores por la democracia en todos los países e incitan a reflexionar”. No se puede negar, agrega, que sobre ellos ha influido de manera decisiva “la intervención del imperialismo norteamericano” para “provocar el fracaso del gobierno de Allende”, pero nos incitan a efectuar una reflexión atenta sobre “la perspectiva de la transformación democrática y socialista de nuestro país”. La experiencia de la Resistencia antifascista en Italia durante la segunda guerra mundial, generó “un extendido y robusto tejido unitario” que ha resistido las tentativas por destruirlo y que hoy corresponde ampliar. Hemos sabido siempre, dice Berlinguer, que el avance de las clases trabajadoras y de la democracia se ve contrarrestado por todos los medios por el poder de los grupos dominantes. “Y sabemos, como demuestra una vez más la trágica experiencia chilena, que esta reacción antidemocrática tiende a volverse más violenta y feroz cuando las fuerzas populares comienzan a conquistar las palancas fundamentales en el Estado y en la sociedad”. Se trata entonces de impulsar una política que haga de los trabajadores una “clase dirigente”, capaz de “evitar la división vertical del país” y promover “un entendimiento y convergencia entre todas las fuerzas populares”. Un nuevo bloque de fuerzas sociales que descansa en la “fuerza” de la lucha de masas y el “consenso” de una “profunda transformación de la sociedad por la vía democrática”. Hay que “sentar las bases, las condiciones y las garantías de lo que se quiere llamar un “modelo” nuevo de socialismo”:

“Convencidos de esto, hemos pensado siempre – y hoy la experiencia chilena refuerza esta persuasión nuestra – que la unidad de los partidos de trabajadores y de las fuerzas de izquierda no

es condición suficiente para garantizar la defensa y el progreso de la democracia cuando se oponga a esta unidad un bloque de los partidos que se sitúan desde el centro hasta la extrema derecha [...] Esta es la razón por la cual hablamos no de “alternativa de izquierda” sino de una “alternativa democrática” [...] El error principal que hay que evitar cuidadosamente es el de juzgar a la Democracia Cristiana, y a todos los partidos que llevan ese nombre, casi como una categoría ahistórica, casi metafísica, destinada por su naturaleza, en definitiva a ser o a llegar a ser siempre o por doquier un partido alineado con la reacción [...] El único criterio marxista, o que quiera asentarse aunque sólo sea en un espíritu político serio, consiste en considerar a la DC tanto en el contexto histórico político en que se halla ubicada y actúa como en la realidad social y política que en ella se expresa [...] para que pesen cada vez más, hasta predominar, las tendencias que, con realismo histórico y político, reconocen la necesidad y la madurez de un diálogo constructivo y de un entendimiento entre todas las fuerzas populares sin que eso signifique confusión o renunciar a las distinciones y a las diversidades ideológicas y políticas que caracterizan a cada una de esas fuerzas [...] la necesidad de abrir por fin a la nación un camino seguro de desarrollo económico, de renovación social y de progreso democrático hacen que sea cada vez más urgente y actual la necesidad de que se llegue a lo que puede definirse el nuevo y gran “compromiso histórico” entre las fuerzas que agrupan y representan a la gran mayoría del pueblo italiano”

La reflexión de Berlinguer sobre Chile tendrá un fuerte impacto en sectores socialistas y de ambos Mapu. En el caso del PC sirve de aval adicional a la postulación de un “Frente Antifascista” como estrategia de lucha ante la dictadura. En Europa el análisis del caso chileno implicará un avance sustantivo en el desarrollo de lo que fue posteriormente el “eurocomunismo”.

El 7 de noviembre de 1974, la Asamblea General de Naciones Unidas aprueba, por 91 votos contra 8, una resolución de condena de la Junta Militar. Estados con características políticas y regímenes diversos expresan allí “*su más profunda preocupación por el hecho de que se siga recibiendo información sobre constantes y abiertas violaciones de los derechos humanos básicos y las libertades fundamentales en Chile*” a la vez que reiteran “*su repudio a todas las formas de tortura y otros tratos o penas crueles, inhumanos o degradantes*”. La Asamblea general de la ONU encarga al Secretario General, para que desarrolle las medidas apropiadas, tendientes a restablecer los derechos humanos en Chile y obtener de la Junta su respeto.

En enero de 1975 Clodomiro Almeyda y otros dirigentes salen expulsados del país hacia Rumania. Almeyda se instalará por un tiempo en México y, hacia fines de 1976, en Berlín Oriental, donde asumirá tareas de coordinación de la UP en el exterior y se integrará al organismo máximo del PS en el exilio. En la dirección del PS participan, en distintos niveles, y desde Berlín, aparte de Altamirano, Adonis Sepúlveda, Rolando Calderón, Hernán Del Canto, María Elena Carrera, Guaraní Pereda y Jorge Arrate. Ricardo Núñez asume la Secretaría Ejecutiva de la oficina coordinadora que mantiene el PS en la localidad de Birkenwerder, cerca de Berlín. Por la misma época, salen del país expulsados diversos dirigentes de la UP que han estado presos, entre ellos Sergio Bitar, Jaime Tohá, Anselmo Sule, Hugo Miranda, Benjamín Teplitsky y Jorge Tapia.

Las tareas del exilio chileno se amplían día a día. A “Chile Democrático”, la “Casa de Chile” y el “Comité Chileno Antifascista”, se suman el “lobby” chileno en Washington y Nueva York, que animan Orlando Letelier, Isabel Margarita Letelier, Waldo Fortín y Juan Gabriel Valdés, con el apoyo de Saul Landau y su Institute for Policy Studies; el Comité de Solidaridad que dirige Aniceto Rodríguez en Caracas con fuerte apoyo de Acción Democrática y que mantiene estrechos nexos con los democristianos allí exiliados; el CEXCUT en París y, años después, el Comité Sindical Chile, en Bruselas, que integren sindicalistas de la Convergencia Socialista y la DC y dirige el socialista Luis Meneses. La labor de estas instituciones y la que desde Moscú, donde opera su principal centro, realiza el PC, más los dos tribunales mencionados y los comités nacionales y locales de solidaridad

con Chile conforman una estructura política decisiva para aislar a la dictadura internacionalmente, salvar vidas de víctimas de la represión y sostener, por diversos medios, la lucha de las fuerzas democráticas en Chile.

El exilio organizado será además lugar destacado de reflexión política de las distintas fuerzas en función de nuevas corrientes ideales y del futuro del país. Fundado en Roma a un año del golpe, el centro de estudios y revista “*Chile América*”, bajo la dirección de J. A. Viera Gallo, Julio Silva, B. Leighton y Esteban Tomic, y con la participación del periodista Fernando Murillo, cumplirá un destacado rol en la compleja discusión política y teórica que lleva adelante la izquierda después de la derrota de 1973 y, a la vez, será lugar privilegiado de encuentro con la DC. La revista “*Araucaria*” publicada en Madrid, durante casi diez años, por un equipo de intelectuales comunistas encabezados por Carlos Orellana, bajo la dirección de V. Teitelboim, constituirá, a su vez, uno de los ejemplos más recordados de edición cuidadosa y apertura pluralista a la más amplia discusión de la izquierda. El *Instituto para el Nuevo Chile*, en Rotterdam, concebido por O. Letelier y que J. Arrate dirigirá por doce años, junto al radical Carlos Parra y al DC Otto Boye, y con la participación del dirigente de la IC Roberto Celedón, se empeñará en una tarea intelectual de alcances similares. Ya en los años 80, ampliará masivamente la discusión teórica y cultural a través de las llamadas “escuelas de verano”, en las que cientos de exiliados de todo el mundo, entre ellos muchos latinoamericanos, vinculan sus experiencias entre sí y con militantes del “interior”. Las escuelas se inician en Róterdam y más tarde, cuando se reestablece la democracia en Argentina, se realizan anualmente en Mendoza. Toda una temática y una experiencia concreta del aprendizaje mutuo y de las contradicciones entre el exterior y el interior se hace así presente en los partidos políticos chilenos. Motivado por su participación orgánica en ambos segmentos, el dirigente socialista Ricardo Núñez reflexionará, años más tarde, sobre el “*partido escindido*” a que da lugar la lucha contra la dictadura y sostendrá que, luego de superada la fase de fascinación “*acrítica*” con las realidades extranjeras, es en el exilio donde el aprendizaje y la renovación de la política adquieren más fuerza inicial:

“es en el exilio donde con más fuerza se captan las limitaciones tradicionales de entender la política y donde esta logra con mayor fuerza adquirir el sentido ético superior que imprescindiblemente debe tener. No se trata de que el interior se niegue a la renovación y a los procesos de modernización que deben rearmar al partido para las futuras contingencias, sino que éste se encuentra por lo general limitado por el hecho dictatorial y las contingencias propias de la lucha, lo cual determina que ambos procesos sean más bien –en el interior– cuestiones propias de la reflexión teórica e intelectual que de la cotidiana manera de entender la acción política”

Esta captación en el exilio de las limitaciones tradicionales de la política tiene, sin embargo, una versión más existencial y menos sociológica que la descrita por Núñez. Puede plantearse de manera irónica para describir experiencias de construcción partidaria o de relaciones entre dirigentes y base militante que marcaron para siempre más de una memoria del exilio. Así hace Roberto Bell, dirigente mapucista exiliado en Bélgica, cuando utiliza al efecto la figura del “gurú” para caracterizar al dirigente y la del “enano” para el militante. El “gurú, dice, manipula los conocimientos y usa categorías lo más abstractas posibles para producir encantamiento y entusiasmo en el “enano”, pues “*sin entusiasmo no hay enanos*”. Al exiliarse, las distinciones entre la actividad política de “gurúes” y “enanos” serán tajantes:

“Los “enanos” en el exilio comenzaron a hacer lo suyo: actos, fiestas, empanadas, a informar, a gritar, a comer lo que caiga, a dormir donde venga, a estar siempre listo a defender su parcela, a hacer huelgas de hambre, a pintar las consignas, a colgar los afiches, a cantar las canciones, a enarbolar las banderas, a cantar y crear grupos folclóricos, a pedir limosnas solidarias. A vender de todo: discos, volantines, trompos, “arpilleras”, insignias, revistas, artesanías, a seguir formaciones,

a aprender lenguas nuevas, a parar la olla, a amar en algún descanso, a cuidar los hijos, a pagar las cuotas, a magnificar el “paraíso terrenal” chileno, que la cordillera, que el mar, que la Violeta Parra, a bailar cumbia, a tomar como condenado, a discutir política, que los mariscos, que las frutas gigantes, a mirar con tristeza lejana, a contar el último chiste, a reírse a todo pulmón, a buscar despectivamente y ansioso su nombre en las listas de autorización de entrada al país, a mostrar con aprehensión y orgullo el pasaporte estigmatizado con una letra L, a llorar con rabia por Lonquén y los Maureiras y la “cueca sola” y sus significados. Los “gurúes” también hicieron lo suyo; “dando la línea correcta”, a pesar de los mordiscos, las guerras intestinas, los celos y las verdades, dividiéndose y volviendo a unirse y en su frialdad relacionándose y estudiando. Un buen “gurú” jamás pierde de vista el futuro y el poder. Los “gurúes” tienen el “cuero duro”, es justo decirlo.”

Puestas las cosas en términos más clásicos, una de las autocríticas más de fondo surgidas en el exilio es protagonizada por algunos dirigentes sindicales de la CUT, como Luis Figueroa, causando entre él y su partido una trizadura que queda en la memoria. En una reunión de la UP celebrada en Londres en 1975, en que participa una delegación del CEXCUT, Figueroa plantea una drástica autocrítica respecto del sometimiento histórico de la central obrera a los partidos de clase:

“Pero resulta que nosotros hicimos de la CUT un departamento sindical y llevamos a la CUT a las alternativas, a las divisiones y a los problemas. Así, la CUT que partió amplia, cuando vino el golpe estaba así de pequeña. Los empleados se fueron por su lado y quedamos con el proletariado como base de apoyo porque embarcamos en gran medida a la organización sindical, a la CUT, en las alternativas estrictamente políticas. Nosotros queremos plantearlo con mucha claridad. No se trata que esto sea una organización ciento por ciento autónoma, que se maneja con cabeza propia. No. Se maneja con cabeza política, a través de los militantes, pero como institución tiene que ser una institución realmente que funciones con pie propio, con cabeza propia y cuya línea es elaborada de común acuerdo. Si en la CUT aplicáramos la línea de un partido no existiría la CUT [...] Entonces, yo pongo un poquito de fuego en esto ... porque el dolor de todos es muy grande, pero cada cual tiene su responsabilidad frente a la historia. Entonces, respecto de esto, mucho respeto por los compañeros de la Unidad Popular [...] porque en esencia la CUT es una organización de clase más coincidente con la Unidad Popular que con la Democracia Cristiana. Pero mañana vamos a tener que reunirnos con la Democracia Cristiana como partido en la lucha contra la dictadura y llegar a algunos acuerdos con ellos y con otras fuerzas. ¿Por qué no? Si esto es un instrumento sindical”

En febrero de 1975, la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, con sede en Ginebra y el Comité Ad Hoc de la Unión Interparlamentaria Mundial sobre Chile, examinan las violaciones a los derechos humanos y emiten sendas condenas a lo obrado por la dictadura. El mismo mes se conoce el informe de la Comisión de la OIT que visitó Chile en diciembre de 1974 y constató, en el terreno, la represión y persecución a las organizaciones de trabajadores.

La Comisión Internacional Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar, que preside el diputado y Ministro de Estado finlandés Jacob Söderman, realiza su primera reunión en Helsinki en marzo de 1974, la segunda en Copenhague unos meses después y la tercera en México, en marzo de 1975. El gobierno de este país, presidido por Luis Echeverría, ha roto relaciones con Chile en noviembre de 1974 e iniciado una activa tarea de apoyo a las fuerzas democráticas chilenas. La actitud y política del presidente Echeverría, será clave en el aislamiento de la Junta y se traducirá en una sistemática recepción de exiliados chilenos y latinoamericanos en su país. Al terminar la reunión de la Comisión, Echeverría declara:

“el testimonio que la III reunión rinde ante la conciencia universal ayudará no solamente a Chile, sino a todos nuestros países, porque es necesario que no aumente en el mundo el número de países donde se rompa el diálogo, el libre examen de los problemas ... sino al contrario, que se defiendan y que crezca en beneficio de aspiraciones permanentes del espíritu humano”.

En una reunión celebrada en Oaxtepec, México, en 1975 se reconstituye la UP, contando por primera vez desde el golpe con la presencia de todos los partidos que la integran. J.

Arrate que ocupa el cargo de Secretario Ejecutivo, provisoriamente, lo entrega a Almeyda y la sede se ubica en Berlín. La reunión no termina en acuerdo, básicamente, por las dificultades con el Mapu, cuya delegación integrada por O. G. Garretón y E. Tironi objeta la amplitud de la alianza que los demás partidos sostienen y plantea, por primera vez, la consideración de “un nuevo sujeto popular”, expresión de la base social que reivindica independencia de los partidos. En Berlín, en julio del mismo año, se reúnen nuevamente los partidos con sus máximas direcciones presentes y aprueban un documento político titulado: “La Unidad Popular y las tareas del pueblo de Chile”. Sostiene que el entendimiento contra lo que la UP llama “*dictadura militar fascista*”, debe comprender al MIR siempre que abandone su divisionismo y alternativismo, a la DC y a los “*hombres de armas*” engañados por la propaganda fascista. Corresponde entonces una nueva alianza, más amplia que la UP, pluralista e igualitaria, en la cual nadie reclame a priori la “vanguardia”:

“La alianza popular y democrática que hoy día se precisa desarrollar, es mucho más amplia política, social e ideológicamente que la Unidad Popular. Este hecho no significa que la Unidad Popular haya perdido vigencia [...] La UP considera indispensable para el derrocamiento de la dictadura, que las fuerzas decididas a luchar contra el régimen fascista se agrupen sobre nuevas bases programáticas que abran una esperanza y un camino real de liberación a todo el pueblo [...] que incorpore los valores humanistas de cristianos, laicos y marxistas; de un pluralismo ideológico superior, veraz, honesto e igualitario en las relaciones entre sus integrantes [...] Un frente donde nadie engañe a nadie y nadie se llame a engaño”

La declaración de la UP en Berlín es firmada, entre otros, por O. Millas y Manuel Cantero, Bosco Parra y Juan E. Míquel, Oscar G. Garretón y Lautaro Rojas (seudónimo de E. Tironi), Jaime Gazmuri, que acaba de salir temporalmente de Chile, y José M. Insulza, Anselmo Sule y Benjamín Teplitsky, Carlos Altamirano y Clodomiro Almeyda.

La Asamblea General de Naciones Unidas, reunida el 11 de noviembre de 1975, condena nuevamente de modo enérgico las violaciones de los derechos humanos cometidas por la Junta Militar en Chile. Votan a favor de la resolución 88 países, incluidos los EEUU, RFA, Francia, Gran Bretaña e Italia. La mayor parte de los países latinoamericanos vota en contra.

Los de 1975 y 76 son todavía tiempos en que el objetivo de reconstruir la UP es el punto central de la política de sus partidos. Son años de remezones partidarios que van reacomodando paulatinamente las fuerzas en el interior de cada organización. Por ejemplo, a Europa llega, desde el interior, “Martín”, “chapa” de Eugenio Tironi, entonces miembro del grupo de dirección interior del Mapu que ha sucedido a O. Garretón luego de su asilo en la embajada de Colombia, y que encabeza Carlos Montes e integran, entre otros, Carlos Ortúzar, Guillermo Del Valle, Víctor Barrueto y Fernando Echeverría. Martín lleva la misión de expulsar del partido una “fracción” izquierdista encabezada por Gonzalo Ojeda y Eduardo Aquevedo, cuya política dificulta los esfuerzos de reconstrucción de la UP porque plantea la conformación de un “polo revolucionario” con el MIR y otros grupos de izquierda. Es el comienzo de un viraje del Mapu desde las posiciones “críticas” sostenidas el último tiempo del gobierno de Allende a un compromiso persistente con la Unidad Popular. En el PS, por otra parte, la sostenida pugna interna se expresa también en el exterior. La CNR está organizada en el exterior, bajo la conducción de Pedro Vuskovic y Belarmino Elgueta, exiliados en México. Otras disidencias se expresan en Venezuela donde Aniceto Rodríguez, liberado de la cárcel, se distancia de la dirección oficial. En pequeña escala, el grupo “La Chispa”, encabezado por Rafael Ruíz Moscatelli, y los “militantes rojos” agrupados en la llamada Dirección de Consenso, luego Partido Socialista Humanista, dirigidos por Juan Gutiérrez, levantan sus propios núcleos orgánicos fuera de Chile.

En septiembre de 1976 se realiza en Nueva York una reunión de dirigentes y personalidades del área cristiana progresista, provenientes de la democracia cristiana, el Mapu OC y la Izquierda Cristiana, que avanza en un diagnóstico común y en propuestas que contribuirán a la conformación de un pensamiento democrático de izquierda novedoso en relación a los esquemas tradicionales. Entre otros, asisten R. Fuentealba y Claudio Huepe, Sergio Bitar y Luis Maira, José M. Insulza, José A. Viera Gallo, Fernando Flores y Juan Gabriel Valdés. Convocados para “*discutir un proyecto global para Chile*” y elaborar proposiciones alternativas viables para el diálogo de “*todos los sectores antifascistas y democráticos del país*”, los participantes hacen contribuciones técnicas de orden económico y político, esbozan una autocrítica y concluyen que la “*renovación democrática*” que necesita Chile es una ruptura de enorme magnitud con el pasado:

“Un grupo de chilenos que reconocemos un común origen cristiano, con diferentes posiciones políticas, nos hemos reunido bajo los auspicios del Consejo Nacional de Iglesias de los EEUU, para intercambiar opiniones sobre la posibilidad de que las grandes fuerzas sociales y corrientes políticas de las cuales formamos parte, pero cuya representación no asumimos, puedan llegar a un consenso sobre las acciones necesarias para procurar poner término a la dictadura reaccionaria y profascista y para el advenimiento de una democracia fundamentalmente renovada y con amplia participación del pueblo en su conducción [...] ¡Hay otra alternativa para Chile: como patria, como pueblo, como esperanza! No necesita ser inventada. Corresponde a la vocación democrática del país por insuficientes que hayan sido los intentos anteriores de adecuar las instituciones representativas a las exigencias de los tiempos. Corresponde a la noble lucha del pueblo jalonada de sangre y sufrimientos durante casi un siglo y, en especial, en estos tres años sombríos [...] Es una alternativa histórica, política y social de inmensa magnitud. No puede basarse en un retorno al pasado ni volver a repetir errores que todos cometimos [...] proyecto de renovación democrática basado en la plena vigencia de los derechos humanos, en el consenso, la libertad, el sufragio, la participación y la existencia de un gobierno eficaz”

El 21 de septiembre de 1976 es asesinado en Washington O. Letelier en una operación montada por un comando de la DINA integrado por M. Townley, A. Fernández Larios y agentes cubanos anticastristas. Letelier había sido ministro socialista del gobierno de la Unidad Popular y embajador en Washington. Después de ser liberado de Dawson, Letelier se exilia en Estados Unidos y, en un medio oficial hostil, frente a un gobierno marcado por su propia responsabilidad en el golpe, representa con eficacia y dignidad la resistencia chilena. En realidad, su actividad incansable va más allá de los EEUU, constituyéndose en motor del movimiento de solidaridad en las Naciones Unidas, en las asambleas de los Países No Alineados y en varias capitales de Europa y América Latina. Convertido en uno de los principales dirigentes internacionales de la UP y en uno de los más eficaces, la dictadura decreta su muerte. Previamente lo priva de la nacionalidad chilena, lo que motiva a Letelier a pronunciar las siguientes palabras en un acto de solidaridad realizado en Estados Unidos:

“Yo nací chileno, he vivido como chileno y moriré como chileno. Ellos nacieron traidores, viven como traidores y morirán como traidores”.

Dos años después del asesinato, en septiembre de 1978, se inicia el proceso en Chile ante la solicitud del gobierno de los EEUU para obtener la extradición de tres oficiales del ejército: Manuel Contreras, Pedro Espinoza y Armando Fernández Larios. La Corte Suprema rechaza esa solicitud, sosteniendo que no hay antecedentes para procesar a los acusados. El juicio, sin embargo, continuará en EEUU hasta la declaración de culpabilidad. En Chile el caso se retomará casi veinte años después y se adoptará la misma sentencia. Jaime Castillo Velasco, abogado de la familia Letelier en 1976, declara en el escrito presentado a la justicia:

“Se ha partido de una serie de hechos indiscutibles y se ha llegado a conclusiones que derivan de manera múltiple, grave, precisa y directa de aquellos. Dadas las condiciones expuestas, la única conclusión posible es que el crimen fue cometido por instrucciones de los altos jefes de la DINA”

En diciembre de 1976 es liberado de prisión Luis Corvalán, a través de un canje, realizado en Zurich, por un preso político soviético Vladimir Bukovsky. Durante los tres primeros años de la dictadura, Corvalán ha sido un símbolo de la solidaridad con Chile. El canje por un disidente soviético, sin embargo, trae a colación que en la URSS, como en el Chile de la dictadura, todavía hay *“personas privadas de su libertad por sus opiniones”*, según señalan comunistas franceses e italianos. El PC chileno lamenta *“la incomprensión que revelan las declaraciones”* de sus camaradas europeos. Es un episodio más de las diferencias entre los partidos europeos occidentales, más autónomos, y el PC chileno, seguidor de la línea soviética. Corvalán mismo quince años después, cuando ya no existe URSS ni dictadura en Chile, dirá en un trabajo titulado *“El derrumbe del poder soviético”*, cuya tesis es que el reconocimiento del rol guía del partido soviético imposibilitó a los comunistas ver *“la realidad de la URSS tal cual era”*:

“Esta falta de transparencia nos empañó la vista. Pero no sólo ocurrió esto. Tampoco veíamos o no queríamos ver la realidad tal cual era. Esta actitud se ve muy clara en el caso de Stalin. La olla podrida de la criminalidad estaliniana se destapó sólo en 1956, en el XX Congreso del PCUS. Y siguió destapándose con la perestroika y la glasnot [...] La sacralización de Lenin, el culto de la personalidad de Stalin y la definición del Partido Comunista de la Unión Soviética como el partido guía, dirigente o cabeza del movimiento comunista, completaron el cuadro de la insuficiente autonomía y del pobre esfuerzo creador de la generalidad de los partidos”

Durante 1976, un grupo de militantes del PS realiza en la URSS un curso de preparación militar. En los archivos de ese país desclasificados quince años más tarde se registra además para diciembre de ese año una solicitud de Carlos Altamirano para que un nuevo grupo de 15 militantes realice el mismo curso durante 1977. La solicitud es aprobada por la autoridades soviéticas, teniendo en cuenta que el *“compañero L. Corvalán apoya la solicitud del compañero C. Altamirano”*, según consta en los mencionados archivos. En 1977 el PS prepara *“militarmente”* algunos cuadros en la URSS o en Cuba. El PC, por su parte solicita a los soviéticos apoyo para la formación en la *“actividad clandestina”*. Más en general, el conjunto de los partidos de la UP intenta adquirir una formación que prepare a sus militantes para la lucha antidictatorial. Como ha hecho la *“dirección interior”* del PS, O. G. Garretón a nombre del Mapu, en una intervención en La Habana a fines de 1976, justifica la utilización de *“todas las formas de lucha”* como condición necesaria para que la izquierda mantenga su rol dirigente en la alianza antifascista:

“hoy se abren condiciones para una alianza que va más allá de lo que fue la UP, por el carácter excluyente del sistema y por el debilitamiento de los sectores medios. Por otra parte, le crea al movimiento popular desafíos nuevos: las formas políticas no armadas de lucha tienen alcances mucho más limitados que en el pasado y nuestros partidos –si realmente desean ser conductores– deben capacitarse en las formas de conducción clandestinas y militar con fuerza y urgencia. El problema del partido capaz de afrontar estas nuevas tareas está en discusión y, con ello, la vigencia estratégica de muchos de los actuales destacamentos del movimiento popular [...] Sabemos que esa lucha pasará necesariamente por la utilización de formas políticas armadas. Sin embargo, hoy la tarea es desarrollar las fuerzas políticas y de masas del movimiento popular”

La UP en el exterior continúa durante este tiempo su amplio trabajo de relaciones políticas internacionales y persiste en sus propuestas a la DC. En diciembre de 1976 recibe desde el interior una declaración que refuerza esa línea. En marzo de 1977, reunido en Estocolmo, el Comité Político de la UP, compuesto por los máximos dirigentes de sus partidos, reitera la convocatoria a la unidad *“antifascista”* y la afirmación de que la dictadura sólo terminará

por vías más o menos “insurreccionales”, excluida toda posibilidad de “reordenamiento superestructural”:

“Cualquiera que sean las alternativas que depare el porvenir, las formas que adquiera la desintegración o la destrucción de la dictadura, la UP persistirá en su visión unitaria, amplia y sin exclusiones. Nos esforzaremos siempre por la unión de todas las fuerzas democráticas y lucharemos en las formas y con los medios adecuados a cada circunstancia para hacer cristalizar esta unidad. El desarrollo de la influencia y la organización de la UP es por lo tanto una necesidad y una garantía para el pueblo de Chile [...] La liberación de Chile no se conseguirá a través de reordenamientos superestructurales o por la sola presión de las fuerzas democráticas que en el exterior contribuyen a la causa del pueblo de Chile. Hay que rechazar la idea acomodaticia de que la Junta se hundirá por propio peso de las contradicciones que ha generado. Sólo la lucha resuelta y organizada del pueblo [...] podrá permitirnos consumir nuestro propósito de conquistar el pan, el trabajo, la justicia y la libertad”

En realidad la política de la UP en estos años, tanto en el exterior como en Chile, parece más encaminada a su propia reconstrucción como fuerza política que al logro de la unidad amplia que propone en sus formulaciones estratégicas. Avala esta apreciación una afirmación de Anselmo Sule, máximo dirigente del PR:

“El reagrupamiento de la Unidad Popular no sólo tiende a restablecer una identidad que los partidos que la integran no tienen por qué perderla. También obedeció al imperativo de evitar la dispersión de la izquierda y a ofrecer la perspectiva de una dirección política coherente [...] Nosotros creemos que esa alternativa –que podríamos denominar “alternativa Frei”- y que se intentó a fines de 1975 y a comienzos del 76, entre el ex presidente y el general Arellano y que se ha repetido sin muchas variantes cada cierto tiempo, ha demostrado en los hechos su inviabilidad [...] Para tareas de la magnitud que hoy debe asumir el pueblo de Chile, debe unirse la mayoría de los chilenos”

A la objeción, que insinúa la pregunta de un periodista, sobre la inviabilidad de la política de frente antifascista para lograr el acuerdo de la DC, Corvalán responderá a comienzos de 1977 que para el PC se trata de una alianza que es independiente de la respuesta del potencial aliado, pues no sólo responde a la coyuntura sino también al largo plazo:

“el Partido Comunista plantea esta alianza porque la considera absolutamente justa, independientemente de lo que opine sobre ella la DC. El hecho de que la DC no la acepte, o no la desee, o la estime perjudicial a sus objetivos –todo lo cual se plantea en su pregunta- es un asunto que tenemos en cuenta, pero nuestra política no se guía por lo que circunstancialmente pueda opinar la DC. Trabajamos no sólo para hoy sino también para mañana y tenemos en cuenta la viabilidad de nuestra política no sólo en el día de hoy sino en el futuro. Es cierto que la posibilidad de que tal alianza se produzca no depende sólo de nosotros, pero nosotros hacemos, tras este objetivo, todo lo que está de nuestra parte, y lo hacemos en la convicción de que, si no a corto plazo, a mediano o largo plazo, esta alternativa puede materializarse”

El Pleno del PC de agosto de 1977, realizado en el exilio, representa un hito memorable en la evolución de la izquierda post golpe. Asisten a él, según el informe de L. Corvalán, 41 sobrevivientes del Comité Central. Hay 23 ausentes, la mayor parte asesinados o desaparecidos. Asisten también 20 invitados, que “han demostrado firmeza comunista”. O Millas, por su parte, recuerda con emoción la presencia de Inés Cornejo y Victor Cantero, únicos sobrevivientes de las direcciones aniquiladas de V. Díaz y F. Ortiz. El Pleno, que tiene las connotaciones de un congreso, hace una detallada revisión de la experiencia histórica que culmina en la UP y concluye la vigencia de la política de alianzas amplias con partidos y fuerzas políticas de centro. Reivindica el enfoque histórico del PC respecto de la vía no armada como camino de la revolución chilena y, junto con reafirmar la estrategia de frente amplio antifascista con la DC, formula un programa para el partido que, por primera vez, establece la posibilidad de un gobierno provisional con presencia de “sectores

democráticos de las FFAA". El PC critica los errores de "derecha" que indujeron una subvaloración de la importancia de la subordinación de las FFAA a las clases dominantes y el sectarismo de "izquierda", que impidió el entendimiento estable con sus sectores "progresistas". En particular, el PC reconoce sus propias falencias en términos de no haber desarrollado una política militar apropiada. La cuestión pasará a conocerse de allí en adelante, en las discusiones internas del PC, como el "vacío histórico".

El historiador Luis Corvalán Márquez ha señalado que el Pleno del PC se separa de aspectos de la línea sostenida por Allende, algunas de las cuales, en su momento, este partido había defendido frente a la "ultraizquierda". Estas tesis, señala, resultarán esenciales para el posterior desarrollo de una política de izquierda en condiciones efectivas de construir una mayoría democrática. La primera de ellas es la tesis allendista de la "*indivisibilidad de la libertad*", esto es, el reconocimiento que bajo ninguna circunstancia puede desconocerse la libertad política a nadie, ni siquiera a los enemigos declarados de la revolución. La segunda tesis es la confirmación de la postura del PC sobre la imposibilidad de la construcción del socialismo sin el recurso a la "*dictadura del proletariado*". La tercera, es el rechazo de la idea que el cambio social requiere necesariamente el apoyo de una "*mayoría*" social y política. Los siguientes párrafos del informe de Corvalán ilustran estas aseveraciones:

"Nuestra experiencia indica que los revolucionarios debemos luchar por la libertad para el pueblo y no para sus enemigos [...] Por eso no compartimos las posiciones de quienes estiman que la libertad es indivisible y que la revolución y el socialismo deben darle los mismos derechos a todos, comprendidos sus enemigos [...] Disentimos, por ejemplo, de su criterio [de Allende] de que nuestra vía revolucionaria conformaría un segundo modelo de realización del socialismo que excluiría o haría innecesaria la dictadura del proletariado en un período de transición determinado [...] El concepto de "una correlación de fuerzas favorable" no es sinónimo de "mayoría". Es claro, la mayoría es importante y hay que buscarla siempre, pero ella no basta por sí sola y en determinados instantes históricos hasta puede faltar transitoriamente. Además, lo que pesa verdaderamente, hablando de mayoría, es la mayoría activa."

Más allá de sus avatares internos los partidos de la UP y el MIR continúan fuertemente involucrados en el desarrollo de la solidaridad internacional. Entre muchos eventos y actos en diversos países, destaca en septiembre de 1977 la reunión que realiza la Internacional Socialista, presidida por Willy Brandt, en Rotterdam, Holanda, con el tema "Futuras perspectivas para Chile". Asisten delegados de todos los partidos de la Unidad Popular y la Democracia Cristiana. V. Teitelboim comenta por Radio Moscú:

"Pasó más de medio siglo sin que la Internacional Socialista invitara a un comunista a participar en una reunión organizada por ella. Nos llamó la atención recibir la nota invitándonos a intervenir en una Conferencia oficial suya... Por otra parte, nos pareció casi natural. Porque nuestro país en el mundo actual es un factor de unidad difícilmente comparable".

LAS DIVISIONES SOCIALISTAS, EL "GIRO TÁCTICO" DEL PC Y EL FIN DE LA UNIDAD POPULAR.

Durante el segundo semestre de 1977 se agudiza la pugna en el PS, particularmente respecto del apoyo desde el exterior a la "dirección interior", que enfrenta el desafío de varios grupos socialistas de menor magnitud orgánica. La "dirección interior" estima que el secretario general Carlos Altamirano no la está apoyando como debe y, además, mantiene una relación con el grupo disidente CNR. El "partido escindido" entre exterior e interior, de que habla R. Núñez, está siendo una realidad indesmentible en el PS de este tiempo. El mismo Núñez ha sido enviado al país por el secretario general Carlos Altamirano para realizar un trabajo

político independiente del que realiza la dirección interior clandestina. Núñez remarca en su tesis cinco años después, que la escisión que tiende a producirse en los partidos que luchan contra la dictadura descansa en un manejo de la comunicación y de los recursos materiales que sólo dejará de ser motivación básica de la discusión política partidaria cuando los avances de la lucha antidictatorial muestren los primeros éxitos significativos y el exilio asuma que la lucha está en el país:

“La comunicación tiende a ser objeto de “manipulación” tendencial o fraccional, y a ser utilizada como medio de obtener legitimidad, pues los de dentro dicen contar con el exterior y los de fuera dicen ser “portavoces del interior”. La comunicación en tal caso pasa a ser un elemento clave y generador de graves disentimientos e incluso divisiones. El otro tema, más delicado, por los juicios valorativos que contiene, es aquel referido al “manejo de los recursos materiales” [...] Aún cuando los problemas direccionales, de recursos y de comunicaciones son, a mi juicio, difíciles de resolver de manera óptima en una realidad tan escindida, ellos pasan a un plano más secundario cuando los avances de la lucha antidictatorial muestran los primeros síntomas de éxito o de logros significativos, cuando el partido logra insertarse en el escenario nacional y proyecta al conjunto de la sociedad su proyecto [...] el partido recompuesto en el país en sus bases orgánicas y políticas, debe asumir que la realidad del exilio ha quedado envuelta en un círculo de rigidez, que el “tiempo político” es absolutamente diverso y que la problemática tiende a ser repetitiva, recurrente. El desfase debe ser tratado homogeneizando la comunicación y creando el máximo de participación hacia los militantes en el exilio, que a esta altura asumen que el escenario se reubicó definitivamente en el “interior”.”

Pero no son tiempos todavía de que en el PS se asuma unánimemente que la lucha esencial está en el país. De la CNR por ejemplo se registra, en el período, una toma de posición expresada por Mario Palestro, exiliado en Venezuela, antiguo y destacado dirigente y ex diputado del PS por San Miguel, que en carta a P. Vúskovic le hace manifiesta su crítica “internacionalista” al PC, trasfondo de una lucha ideológica que llevará a la crisis interna en algo más de un año:

“Soy, definida y definitivamente, también contrario a las posiciones del Partido Comunista, equivocadas una vez más, no sólo en Chile, sino en todo el continente. No por simple casualidad se encuentran ausentes de las luchas que libran los soldados de diversos países, incluso aparecen apadrinando dictaduras feroces como las de Videla en Argentina, con el pretexto de que es una dictadura distinta puesto que comercia con la URSS, en circunstancias que asesina a lo mejor de ese pueblo hermano [...] Cosas del internacionalismo proletario que practica el PC”

Se realizan entonces una serie de reuniones entre miembros del secretariado exterior del PS y dos miembros de la dirección clandestina que salen al exterior para participar en ellas. El grupo llega a un acuerdo y se cita a un Pleno del comité central elegido en el anterior congreso, que se realizará en Argelia en marzo de 1978. El Pleno, que en realidad transcurre en la República Democrática Alemana, aunque por razones de seguridad se le sitúa en el país norafricano, reafirma la línea política de la “dirección interior” y la confirma. Altamirano es confirmado como secretario general, a pesar de su voluntad de renunciar. Es designado además un nuevo secretariado exterior, al que se entiende parte de la dirección del partido, en conjunto con la dirección interior. De él formarán parte: C. Altamirano, C. Almeyda, R. Calderón, Gregorio Navarrete, Jaime Suárez, Jorge Arrate, Fidelia Herrera, Oscar De la Fuente y Luis Meneses. Como en otras oportunidades de su historia, el PS emite un voto político en el Pleno que, con el recurso a una cierta ambigüedad discursiva, suma posiciones discrepantes y proclama la unidad partidaria:

“Después de un prolongado y fructífero debate, el Pleno ratificó por unanimidad la línea política del Partido, contenida en los documentos finales de los Plenos celebrados en el interior de Chile, septiembre de 1976 y agosto de 1977, en el “Mensaje a los socialistas en el interior de Chile”, elaborado por el Secretario general en julio de 1977, y en los dos informes entregados al Pleno. Acordó, en consecuencia, refundir en un texto único, los criterios políticos allí contenidos, el cual

será dado a conocer próximamente [...] El Pleno reiteró su decidida voluntad de reafirmar al Partido Socialista de Chile, como un partido de la clase obrera, popular, y nacional, autónomo y revolucionario, fundado en las grandes ideas de Marx, Engels y Lenin, y de proyectar su orientación unitaria en el diseño de una política que eleve a nuevos y más racionales niveles las formas orgánicas en que se expresa el movimiento democrático y socialista [...] Los trabajos del Pleno se caracterizaron por la extraordinaria coincidencia producida en torno a la forma de resolver los problemas partidarios, tanto en Chile, como fuera de él, en la aprobación de su línea política y en la búsqueda de respuestas orgánicas a las difíciles tareas que exige la actual etapa histórica. Los debates sobre los diversos puntos sometidos a decisión del Pleno, culminaron, sin excepción, en acuerdos unánimes, lo cual prueba fehacientemente la voluntad profundamente unitaria del conjunto del partido. De este evento, el Partido Socialista de Chile surge revitalizado y fortalecido y entregando una categórica respuesta a todos los intentos divisionistas de dentro y fuera del partido”

Pero pese a esta unanimidad, con posterioridad a Argel persisten los desacuerdos políticos entre los dirigentes y se desata entre ellos una aguda lucha interna que culminará en la división de abril de 1979 entre un sector que encabezará Almeyda y otro Altamirano. El sector “almeydista”, mayoritario en el secretariado exterior, expulsa a Altamirano y a los tres miembros que lo apoyan, Jorge Arrate, Jaime Suárez y Luis Meneses. El miembro suplente Erich Schnake es también expulsado. Almeyda asume como secretario general y nombra a Galo Gómez, residente en México, como subsecretario. Altamirano declara en reorganización la dirección partidaria, nombra una “comisión de unidad” y convoca a congreso. Su “comunicado” a la militancia del 26 de abril de 1979, tacha de “fracción” al sector que dirige Almeyda::

“En mi carácter de Secretario General del Partido Socialista de Chile, cumplo con la obligación de informar a los militantes que una fracción sectaria, burocrática y dogmática ha pretendido apoderarse de la dirección del partido”

La ruptura está consumada. Suscita fuertes pasiones personales y se prolongará por diez años, hasta 1989. Pero, tras una pugna en escenarios burocráticos fragmentados por el exilio y la distancia de Chile y con ribetes de lucha de poder, hay en realidad discrepancias sustantivas que se vienen arrastrando desde antes de 1973. Altamirano y sus partidarios se inclinan por preservar la tradición de un PS capaz de reconocer diversas tendencias en su interior. Almeyda y los suyos desean aplicar con rigor los criterios “marxista-leninistas” de organización partidaria. Altamirano predica, aún desde Berlín Oriental, una posición internacional autónoma para el PS y una relación diversificada con las distintas corrientes del pensamiento socialista. Sin perjuicio de sostener relaciones múltiples, Almeyda muestra una inclinación por el bloque de países comunistas de Europa del Este. Almeyda interpreta la derrota de la UP como producto de desviaciones “de izquierda”, mientras Altamirano otorga más peso a las “de derecha”. Almeyda postula firmemente una alianza estratégica con el PC, Altamirano perfila mucho más las diferencias entre los dos partidos.

Cada bando realiza balances falsamente eufóricos de la división. Un dirigente describe desde Berlín Oriental, por ejemplo, algo que suena a depuración revolucionaria del PS:

“hemos logrado positivos avances en nuestra tarea de construcción de partido, porque se han alejado de nuestra organización los principales portadores de las prácticas caudillistas, personalistas, individualistas, oportunistas y de los diversionismos ideológicos. En resumen, nos han abandonado elementos representativos de los resabios de un pasado en trance de superación y que testimonian la supervivencia de núcleos irreductibles y resistentes al desarrollo cualitativamente superior de una auténtica vanguardia revolucionaria”.

A esas alturas el sector que representa Altamirano no es ya la “izquierda” del partido, sino que ha profundizado la autocrítica teórica y política más allá de la consideración de los “errores de la UP” y ha llegado a la conclusión de que se requiere un nuevo esquema de

alianzas, pluralista y democrático, para generar una alternativa a la dictadura. Pero además lo separan del PS Almeyda concepciones del partido y de los métodos de su construcción que no son accesorias sino que apuntan a un problema esencial: la democracia interna. Lo aclara Jorge Arrate en los siguientes términos:

“El sector fraccional ha querido sostener que ellos postulan un partido superado en sus vicios y que nosotros postulamos un partido “laxo”, relajado en su disciplina y organización. Mi opinión es que ambos compartimos la necesidad de construir un partido superior, un “deber ser” distinto del pasado. Diferimos, sin embargo, en ese “deber ser” y la forma para concretarlo. Nosotros sostenemos la necesidad de reconocer el derecho de todos los socialistas para participar en su construcción, en un proceso democrático de discusión y creación”

Surgen entonces los dos PS que expresarán el partido histórico hasta la reunificación, un decenio después. El de Almeyda es el más potente en Chile, el de Altamirano tiene más fuerza en el exterior, pero es débil en el interior. En Chile varios segmentos socialistas están al margen de la disputa. En 1978 ha surgido un agrupamiento llamado Movimiento de Acción Socialista (MAS), encabezado por Víctor Sergio Mena, la Tendencia Humanista que reconoce el liderazgo de Aniceto Rodríguez, el Movimiento Recuperacionista que crea Eduardo Long Alessandri y la Dirección de Consenso.

A fines de 1979 Arrate asume la jefatura del PS “altamiranista” en el exterior, que se vuelca a la preparación de su XXIV Congreso, que se realiza en Francia en 1980. Luego del evento la organización comenzará a ser denominada “Partido Socialista-XXIV Congreso”. Al terminar el congreso, Altamirano deja la jefatura del partido e inicia su retiro de la actividad política militante aunque no a su militancia. El XXIV Congreso es dominado por los votos del “interior” y por una corriente exterior en la que participan Adonis Sepúlveda, Laura Allende y Denise Pascal Allende. Altamirano, apoyado por Oscar Waiss, Jorge Arrate, Hernán Vodanovic, Erich Shnake y otros dirigentes reconocidos, impone, sin embargo, que asuma la Secretaría General, situada en Chile, Ricardo Núñez, quien ha regresado legalmente a Chile antes de la ruptura con el “almeydismo” y luego de la división ha constituido una organización que reconoce el liderazgo de Altamirano y en la que participan como dirigentes Hernán Vodanovic, Luis Alvarado, Eduardo Long y Rafael Ruíz. El Congreso designa subsecretario general a este último, experimentado dirigente clandestino que había participado en los grupos MR-2 y La Chispa. Un año después ambas tendencias, la encabezada por Núñez y Arrate, y la dirigida por Rafael Ruiz, se separarán para constituir orgánicas distintas. El socialismo chileno será, entonces, un archipiélago, en el que la organización que dirige Almeyda es la única que tiene alguna inserción social realmente importante.

El informe de Altamirano a aquel XXIV Congreso, bajo el título “Ocho tesis para una definición del socialismo chileno”, es un intento de vincular sistemáticamente las exigencias de “renovación” de la izquierda y del PS que parecen indispensables a los ojos socialistas con las tradiciones culturales e ideológicas que caracterizan históricamente al partido. Renovación que busca anclajes en el “Frente de Trabajadores” y la “República Democrática de Trabajadores” de los años 40 y 50, y en el “legado revolucionario” de Salvador Allende. Más allá, este PS es de los primeros partidos de izquierda que toma explícitamente en cuenta los cambios del escenario político chileno implicados en la progresiva institucionalización del poder dictatorial. Su idea es *“asumir sin falso optimismo la realidad de Chile, tal cual es; reconocer sin prejuicios la enorme magnitud de los cambios estructural y superestructurales ocurridos”* en Chile. El congreso renueva el llamado a la DC y ratifica la participación socialista en la unidad de la izquierda. La clandestinidad y la represión, dice Altamirano, la dispersión en el mundo, las divisiones, explican que el PS y

la izquierda chilena, en su conjunto, atraviesen por “*una profunda crisis*”. Sitúa entonces en esta crisis el imperativo de “renovación”:

“Sólo una renovación muy profunda y rigurosa de definiciones y propuestas de acción, de lenguaje, de estilo y métodos de “hacer política” harán efectiva nuestra acción revolucionaria [...] Ello no nos obliga a “refundar” el Partido Socialista de Chile. Significa, sí, “renovarlo”, entenderlo como nuestro más precioso instrumento de cambio, como una opción de poder, como una alternativa de transformación”

Se van dando así las bases de creación de la *Convergencia Socialista* en el exterior, que reunirá más tarde al PS dirigido por Núñez, que será conocido como PS-Núñez, los dos Mapu y la Izquierda Cristiana y que establecerá lazos crecientes con grupos y partidos populares en Chile. Este movimiento nace en un seminario realizado en Ariccia, cerca de Roma, inmediatamente después de la división del PS, que cuenta con la convocatoria y participación destacada de Raúl Ampuero. Un mes después, en mayo de 1979, las direcciones superiores de los dos Mapu y la IC emiten una declaración en México proclamando su voluntad política de avanzar en un acuerdo para la acción común, profundizar un diagnóstico compartido de la situación chilena y abrir espacio a una discusión conjunta de los problemas estratégicos de la lucha por la democracia en el país.

La “convergencia socialista” da sus primeros pasos y los partidos que la integran apuran los procesos de elaboración teórica y política que presupone. Surgen varios aportes importante a esta elaboración temprana. Uno de ellos es un análisis de la experiencia pre y post golpe que realiza José M. Insulza. Por no haber “*asumido la magnitud de la derrota*”, afirma, la UP ha sido incapaz de medir la magnitud de la “renovación” que tiene por delante. Le objeta así una incapacidad histórica para proponer a la DC un acuerdo factible y, con posterioridad al golpe, la creencia que una simple adecuación de los parámetros políticos de diez años antes es suficiente como línea. El error, para Insulza, consiste en desconocer que “*el fascismo no es un fenómeno transitorio en la vida del país*” ni el estado fascista “*un modelo irracional*” sino “*un proyecto social determinado*” que busca formalizarse y permanecer. Corresponde entonces un renovación del proyecto y política de la UP, que la saque de su lógica histórica autocentrada y la dote de un programa que, desde su inicio, abarque más allá de la izquierda. La insinuación de Insulza de que la política de izquierda debe ser capaz de atraer sectores de derecha no es todavía una palabra acostumbrada en el medio político chileno:

“De allí la importancia, cuando se habla de renovar nuestra acción, de tomar adecuadamente en consideración los cambios profundos que la experiencia fascista de estos años ha traído para el país y las condiciones en que se desenvuelve nuestra acción [...] si tenemos presentes las condiciones que actualmente crea la crisis política de la dictadura, tenemos aún grandes insuficiencias, que impiden aprovechar cabalmente esas circunstancias. Es precisamente la superación de esas insuficiencias lo que exige un esfuerzo de renovación de la Unidad Popular [...] La Unidad Popular debe ser capaz de abandonar la lógica puramente interna con que estructura su discurso político [y] proponer un proyecto general para todos los chilenos, aceptable incluso para quienes no participen en su diseño inicial [...] se nos plantea [así] la necesaria relación de nuestros proyectos y nuestro programa con nuestro objetivo histórico de construir el socialismo en Chile”

Otra elaboración política y teórica tiene lugar cuando Luis Corvalán publica, en julio de 1979, el artículo llamado “Nuestro proyecto democrático”. Es el intento oficial más audaz del PC en la línea de la alianza con la DC. Las fórmulas utilizadas no sólo aceptan ya a las FFAA en un “*gobierno provisional*” sino además abarcan ahora a los militares “*no fascistas*”, entre los cuales se incluye al general Leigh ***. Corvalán plantea entonces la necesidad de construir “*consensos*” con todos los concurrentes a la alianza y, para facilitarlos con demócrata cristianos y militares sostendrá que “*teniendo, pues, en cuenta*

toda la situación no se podrá retornar a lo mismo de ayer. Sin mengua de la grandeza del período de la Unidad Popular, no se trata de volver a ese tiempo, como tampoco al que le antecedió”. Su idea es, recalca, un “claro y franco entendimiento con las demás fuerzas democráticas, en primer término con la Democracia Cristiana”, tras “un consenso para construir mañana un nuevo régimen institucional”.

El problema de este enfoque, no obstante su novedad, dirá años después Tomás Moulián, a la sazón miembro de la dirección clandestina del Mapu OC, testigo y participante de las discusiones políticas, es que no capta que la dictadura no es simplemente un excepcional régimen de terror sino una “*dictadura revolucionaria*”, que transforma al país con un proyecto de “*modernización capitalista*” factible, integrable a los procesos de globalización que se abren en el mundo. No capta en consecuencia el deslizamiento del espectro político hacia la derecha que esos cambios estructurales provocan:

“La ceguera frente a este efecto llevó a los comunistas, y tras ellos a la coalición Unidad Popular, a creer que se podía seguir planteando un frente amplio con una política de profundización democrática, que aspiraba a ir más allá de la mera restauración política [...] Pero la miopía provenía de un error tanto teórico como histórico: no captar que la dictadura representaba un experimento de “modernización capitalista” muy distinto del capitalismo del Estado de bienestar, y que –por tanto- era factible como modelo de acumulación en las nuevas condiciones del capitalismo en proceso de globalización”

Por el mismo tiempo en que el PC lanza su propuesta de un “proyecto democrático” amplio, en julio de 1979, las tropas del Frente Sandinista de Liberación Nacional entran en Managua y ponen fin a una de las dictaduras más antiguas y odiosas del continente, la de Anastasio Somoza. La sugerente relación entre lucha armada y movilización popular, la amplitud ideológica, su proclamada vocación democrática, la creatividad e inteligencia que parece irradiar el sandinismo, despiertan de nuevo la imaginación revolucionaria en la izquierda en todo el mundo, particularmente en la chilena, que saluda el triunfo de Nicaragua como un logro. Destacamentos de militantes chilenos, como de otros países latinoamericanos, han participado en las fases finales de la ofensiva revolucionaria nicaragüense. El argumento “sandinista” parecerá demostrar que no hay contradicción entre formas armadas de lucha y amplitud democrática del frente político y, en este sentido, el argumento será usado durante algunos años en la discusión estratégica de partidos como el PC.

El segundo pleno nacional del Mapu, en la clandestinidad, en marzo de 1980, emite un detallado análisis de los cambios introducidos en el país por la dictadura: “*es hora de una nueva actitud de los chilenos*”. El evento reivindica el crecimiento de las luchas de la resistencia en la base, lamenta la “*división del hermano Partido Socialista de Chile*” y llama a “*dar un salto en la unidad y renovación de la izquierda, impulsando a fondo la Convergencia Socialista*” en la perspectiva de crear “*un nuevo partido*”:

“El llamado y el esfuerzo por la Renovación va encontrando eco. Y este eco viene brotando desde la entraña del movimiento popular, de la mujer y el hombre de izquierda cuya referencia es la palabra y el ejemplo del compañero Salvador Allende [...] Ha llegado el momento de unir en medio de la desunión. Unir a los que tenemos aspiraciones comunes, buscamos resolver problemas similares y estamos dispuestos a entregarnos por entero para dar un impulso definitivo a la lucha democrática. Ha llegado el momento de la Convergencia Socialista. Llamamos a la Convergencia de todos aquellos que se sienten parte de una identidad histórica socialista y a todos aquellos que impulsan la lucha popular [...] Aspiramos a que de este proceso convergente surjan las bases de un nuevo partido, capaz de liderar la lucha de nuestro pueblo”

Los planteos del Mapu son parte de procesos mayores. En junio de 1980, una nueva declaración de los tres partidos que integran la “convergencia socialista” precisa el programa con que la “renovación” entiende hacerse cargo de la “*crisis de la izquierda*”. Esta crisis, sostienen, tiene raíces profundas que se manifiestan en el agotamiento del anterior proyecto político, producto de los cambios impuestos por la dictadura y las transformaciones de la realidad internacional; los vacíos estratégicos y la carencia de una política integral de acumulación de fuerzas que cubra los planos ideológico, social, político y militar; las dificultades para cambiar la relación entre los partidos y las organizaciones de masas, de manera de fortalecer la dirección partidaria y la autonomía de las organizaciones sociales y, por último, la ausencia de una renovación teórica y cultural, capaz de superar una visión dogmática del marxismo e integrar los aportes del cristianismo revolucionario.

La de los Mapu y la IC es una crítica de una experiencia común que muestra ya signos de agotamiento. La versión más radical de estas críticas proviene de un grupo de dirigentes que se margina del Mapu, entre ellos, Eugenio Tironi. Expresión de la intelectualidad militante de la resistencia hasta esos días, en 1979 Tironi dirá a sus compañeros de partido que sólo una “*neurótica cultura de la omnipotencia*” permite sobrevivir al partido de izquierda. La dictadura ha cambiado enteramente el escenario y en estas condiciones no hay ya “*alternativa material posible*”. La extrema evolución del pensamiento progresista, que manifiesta Tironi, será proseguida con altos y bajos hasta llevar en los 90 a una deriva que ya no aceptará el calificativo “izquierda”. Procesos profundos de rechazo a formas cristalizadas y sectarias de la organización partido tan tenido lugar en la militancia de izquierda post golpe como para que semejante frustración de la experiencia partidaria tenga lugar tan tempranamente:

“Y así, los partidos se nos fueron volviendo mecanismos de conservación, refugios para que nuestra generación logre protegerse en parte de la agresión de que es objeto desde arriba y sin descanso; lugares donde preservar muchas veces únicamente mediante gestos históricos, nuestra “cultura de la omnipotencia”, lugares de encuentro que momentáneamente aplacan nuestro recurrente desarraigo; enclaves que, por su propia naturaleza nos alejan día a día de la cotidianeidad de nuestra gente. Pero ya no dan abasto. Tanto recuerdo, tanta muerte, tanta repetición de ritos, discursos conmemorativos y dogmas, los están haciendo reventar. Ya desde antes nuestra frustración ha buscado otros refugios, los que se han utilizado complementaria o alternativamente a este de los partidos. Allí irán, tal vez, a reunirse aquellos que sean espantados por esta descomposición de los partidos, los que ojalá se llenen nuevamente de vida después de esta sobre-acumulación de nostalgias y reverencias”

La división socialista impide en los hechos el funcionamiento de la UP. Es en ese cuadro que ocurre su crisis cuando el PC anuncia su giro hacia la “*rebelión popular*” y la “*violencia aguda*”, anunciado por Corvalán en septiembre de 1980, en un texto llamado “El derecho del pueblo a la rebelión es indiscutible”. La dirección del PC intenta allí enfrentar el llamado “*vacío histórico*” de línea política, anotado en el Pleno de 1977, esto es, su incapacidad para darse una política y una práctica “militar” que resuelva el “problema del poder” y asegure los logros de la revolución. El PC se apresta entonces a lanzar su organización y sus cuadros militantes al combate con formas “armadas” de lucha que llevarán en pocos años al surgimiento del Frente Patriótico Manuel Rodríguez:

“frente a la situación creada por la dictadura, el pueblo sabrá descubrir en la lucha, las formas específicas de su proceso democrático y revolucionario, dando paso a los más variados métodos que ayuden a desarrollar el movimiento de masas, aislar a la dictadura, aunar fuerzas, abrir perspectivas de victoria. El fascismo crea una situación frente a la cual el pueblo no tendrá otro camino que recurrir a todos los medios a su alcance, a todas las formas de combate que lo ayuden, incluso de violencia aguda, para defender su derecho al pan, a la libertad, a la vida”.

Desde hace un tiempo se nota una reactivación de las acciones del MIR. Andrés Pascal, su secretario general, ha reingresado clandestinamente al país y la dirección superior que encabeza Hernán Aguiló organiza varios asaltos a bancos y atentados contra miembros de las FFAA. Pero la acción de mayor impacto es la ejecución, en julio de 1980, del coronel Roger Vergara, director de la Escuela de Inteligencia del Ejército, acusado por el MIR de torturador. Para enfrentar esta ofensiva se forma un Comando Antisubversivo que asesta varios golpes pero no logra impedir la continuación de la acción mirista.

En 1980 se publica la obra *“El Trabajo de la Mujer”*, de Julieta Kirkwood, Irma Arriagada, Rosa Bravo e Isabel Cruzat. Es una importante contribución al desarrollo de la conciencia de género y a su vinculación con el contexto del trabajo. A nivel general, nacen coordinaciones como Mujeres de Chile (MUDECHI) y la Comisión de Derechos de la Mujer (CODEM) al interior de la preexistente Comisión de Derechos Humanos. El movimiento feminista empieza a sí a dar pasos significativos luego del retroceso que significó el golpe. En esta línea J. Kirkwood publicará más tarde *“Ser política en Chile. Las feministas y los partidos”* transformándose en la principal teórica de las tendencias feministas de izquierda.

Durante 1980, contactados, orientados y, hasta donde es posible, acompañados por la joven dirección clandestina del PS (Almeyda) representantes del socialismo histórico, antiguos militantes y dirigentes que aislados han sobrevivido a la represión, empiezan a sacar cabeza y realizar acciones públicas en la línea de representarlo. El 19 de abril, por ejemplo, centenares de ellos se dan cita en el Cementerio General ante la tumba de José Tohá para conmemorar el 47 aniversario del partido. Intervienen Julio Stuardo, Intendente de Santiago durante el gobierno de Allende, y Gerardo Espinoza, ex diputado y Ministro del Interior del gobierno de la Unidad Popular. Se canta públicamente la Marsellesa Socialista. El 1º de mayo, en un acto en el Sindicato Textil Panal al que asisten unas 2.000 personas, Laura Aránguiz llama en nombre de las mujeres de la CNS a formar *“comités de lucha democrática”*. *El Mercurio* del día 2 dará cuenta escuetamente:

“Laura Aránguiz de la Coordinadora Sindical, leyó un largo impreso y terminó con su brazo derecho en alto, puño cerrado, en un gesto que fue imitado por un gran sector de los asistentes”

El 10 de agosto de 1980, el dictador anuncia que la Junta ha aprobado el proyecto de Constitución que se prepara desde el discurso de Chacarillas y convoca un plebiscito, que se realizará el 11 de septiembre, para aprobar la norma constitucional. A pesar de la carencia de las más mínimas garantías, la oposición decide llamar a votar No. En efecto, aparte de la inexistencia de las libertades públicas e individuales, básicas, se carece de registro electoral y el plazo estipulado es insuficiente para cualquier campaña seria. La DC, única fuerza política con actividad pública, emite un comunicado firmado por Andrés Zaldívar y Jaime Castillo, entre otros, en que califica la convocatoria como *“un acto de extrema violencia y una afrenta a todo el país”*:

“En estas condiciones, el supuesto plebiscito carece de toda validez y, en consecuencia, el texto que se vote como todos los futuros actos que se ejecuten en el ejercicio de los poderes emanados de aquél, son igualmente ilegítimos y sin valor”

Acompaña la actitud de los partidos opositores el “Grupo de los 24”, presidido por un ex ministro radical de Allende, el profesor universitario Manuel Sanhueza, y creado en julio de 1978 por juristas de todo el arco opositor. Esta entidad se ha fijado como objetivo elaborar un proyecto de constitución democrática que pueda oponerse al pinochetista y suscitar un amplio arco de apoyos. Conformado por juristas y personalidades como Ramón Silva Ulloa

y Eduardo Long Alessandri, socialistas, Patricio Aylwin y E. Boeninger, demócrata cristianos, Gonzalo Figueroa y Juan A. Figueroa, radicales, Jorge Molina, del Mapu OC, y Héctor Correa y Julio Subercaseaux, de la derecha democrática, el “Grupo de los 24” realizará por años una notable elaboración normativa democrática a la vez que se constituirá en lugar privilegiado de encuentro político entre demócrata cristianos y socialistas. De esa experiencia P. Aylwin tiene el siguiente recuerdo:

“Mirada desde la distancia, la experiencia del Grupo de los 24 tuvo un profundo significado humano y político. En su seno aprendimos a conocernos y respetarnos en nuestra diversidad e incluso llegamos a ser amigos, personas que veníamos desde posiciones diferentes y hasta hacía poco éramos adversarios separados no sólo por diferencias conceptuales, sino por prejuicios, desconfianzas y animosidades”

Quince días antes del plebiscito se realiza un acto en la Teatro Caupolicán donde el único orador es Eduardo Frei Montalva. Miles de personas quedan fuera del recinto. Las palabras de Frei sólo son difundidas por las radios Cooperativa y Chilena. Ya en el acto, grupos de izquierda vocean consignas como “el pueblo unido jamás será vencido” y gritan el nombre de Salvador Allende.

Efectuado el plebiscito, se informa que el 67% votó por el Sí y el 30% por el No. Un rudimentario sistema de control, montado por la oposición, comprobará groseras violaciones de las reglas electorales mínimas: en algunas partes los votos nulos se cuentan como blancos y por consiguiente pasan a “Sí”, en otras el presidente de mesa sustituye los votos escrutados por otros que trae él mismo, quienes reclaman por las manipulaciones son expulsados del lugar. Más tarde, se comprobará estadísticamente que al menos en nueve provincias votó más del 100% de la población ... La Constitución, que luego regiría al país hasta hoy, fue “aprobada” de un modo evidentemente fraudulento.

El balance dice que la dictadura ha impuesto, sin cortapisas, su proyecto de institucionalización y los plazos en que se aplicará. Parece asegurada por un largo plazo la reproducción del modelo socio-económico y político “neoliberal”. En la izquierda, paulatinamente, se sacarán cuentas distintas. En los años que vendrán, unos tenderán, en conjunto con la DC, al desarrollo de una oposición en los márgenes del sistema y otros, fuera de éste, buscarán romper su funcionamiento imaginando una insurrección popular. Al poco tiempo después del plebiscito, de la Unidad Popular como frente político unitario queda poco, en el exterior y en el país.

Promediando 1980, sin embargo, empieza a manifestarse un crecimiento de las movilizaciones sociales disidentes. En esos meses se registran las primeras rebeldías estudiantiles de magnitud, en el histórico Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. El conflicto estalla al ser exonerada la profesora Malva Hernández, cuyas activas gestiones indagando el paradero de su hijo desaparecido le resultan intolerables al decano. Los estudiantes reaccionan y lanzan el primer paro estudiantil desde el golpe de estado. En medio de una agitación creciente, personal de seguridad golpea a la alumna Patricia Torres, los alumnos “tapian” la oficina de seguridad y el decano reacciona represivamente, aunque al final aceptará las demandas estudiantiles. En el conflicto reaparece la cultura de lucha que caracterizó siempre al movimiento estudiantil y surgen, testimonia R. Brodsky, las primeras organizaciones políticas públicas de los estudiantes:

“Durante más de un mes estuvo el pedagógico paralizado, con todas las escuelas involucradas y los alumnos reunidos en los patios en asambleas permanentes, desplegando toda su rica creatividad para hacer de aquellas jornadas de noviembre de 1980 uno de los capítulos más hermosos de la lucha estudiantil de estos años: allí florecieron las canciones, el teatro, la poesía y las discusiones

que siempre acompañan a los movimientos estudiantiles. Allí también, al calor de la lucha estudiantil, nacieron consistentes expresiones políticas del movimiento universitario que marcarían por mucho tiempo la política estudiantil, tal es el caso de la Convergencia Socialista Universitaria, de la UNED y otros movimientos.”

El contexto nacional, no obstante, impide consolidar la victoria de los estudiantes del Pedagógico. El gobierno promulga la Ley General de Universidades, que separa al Pedagógico de la Universidad, y expulsa y relega a los dirigentes de los centros de alumnos. Los estudiantes, dice Brodsky, aprenden la lección: hay que unificar las luchas reconstruyendo “*una organización de toda la Universidad de Chile*”. Se inicia así el proceso que llevará a la reaparición de la FECH en 1984, cuatro años después.

BIBLIOGRAFÍA.

- Almeyda M. Clodomiro: **Reencuentro con mi vida**. Eds. del Ornitorrinco, Santiago de Chile, 1987.
- Barudy J, Barrera L., Bell R., Berríos Liliانا, Bolzman C., Ibáñez J., Reveco A., Salgado J., Tureo L., Valdés H y Montupil F. (dir). **Exilio, derechos humanos y democracia. El exilio chileno en Europa**. Coordinadora Europea de Comités Pro Retorno, Santiago de Chile, 1993.
- Bengoa, José. **Historia de un conflicto. El estado y los mapuches en el siglo XX**. Eds. Planeta/Ariel, Santiago de Chile, 1999.
- Berlinguer Enrico: **Reflexiones tras los acontecimientos de Chile**. En Rev. “Los Comunistas italianos”, Boletín para el Extranjero Nro. 5-6, septiembre diciembre de 1973, Roma, Italia.
- Campero Guillermo y Valenzuela José Antonio: **El movimiento sindical en el régimen militar chileno 1973 – 1981**.
- Carey C, Alejandrina; Irrazábal P., Guadalupe y Piñera M. Magdalena. Chile. **Cartas con historia**. Ed. Los Andes, Santiago, 1998.
- Castillo Velasco Jaime: **El asesinato de Letelier**. Editado por Hoy, Santiago de Chile, 1987.
- Cavallo Ascanio, Salazar Manuel, Sepúlveda Oscar: **La historia oculta del régimen militar**. Eds. La Época, Santiago de Chile, 1988.
- Correa Sofía, Figueroa Consuelo, Jocelyn-Holt Alfredo, Rolle Claudio, Vicuña Manuel. **Historia del siglo XX chileno**, Ed. Sudamericana, Santiago, 2001.
- Corvalán L., Luis: **De lo vivido y lo peleado. Memorias**. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1997.
- Corvalán Lepe, Luis. **Informe al Pleno de agosto de 1977 del Comité Central del PC de Chile**, en “Boletín del Exterior del PC de Chile”, número 26, s/e, s/l, s/f.
- Corvalán M. Luis: Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70. En Loyola T. Manuel y Rojas F. Jorge (comps): **Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos**. Imp. Valus, Santiago, 2000.
- Fajardo Mario: Pelotón Bachelet: ¿Dónde están los militares antigolpistas?. En “Primera Línea”, Santiago, 12 septiembre de 2002.
- Furci Carmelo. **The Chilean Communist Party and the Road to Socialism**. Zed Books Ltd. London. UK. 1984.
- Galleguillos J. Alberto. **Mi Última Clase de Historia de Chile**. Eds. De la Golondrina, Santiago de Chile, 1994.
- Gazmuri Jaime: **Aprender las lecciones del pasado para construir el futuro**. Eds. Barco de Papel, Roma, Italia, 1977.
- Gazmuri, Jaime: **Conversando en voz alta. Seis días en Chile con Jaime Gazmuri**. Editores Contemporáneos, Chile, 1983.
- Gazmuri Jaime y Martínez Jesús Manuel. **El sol y la bruma**. Eds. B Chile, Santiago de Chile, 2000.
- González Mónica: **Chile. La conjura. Los mil y un días del golpe**. Eds. B Chile, Santiago de Chile, 2000.
- Guzmán, Nancy: **Romo. Confesiones de un torturador**. Ed. Planeta, Santiago, 2000.
- Hunneus Carlos: **El régimen de Pinochet**. Ed. Sudamericana, Santiago de Chile, 2000.
- Insulza José M.: El futuro de la Unidad Popular. En Rev. **Cuadernos de Marcha**, Nro. 6 marzo abril de 1980, México DF.
- Jiliberto Rodrigo: **Libertad sindical o sindicalizar la libertad?**. Vector, Santiago de Chile, 1986.
- Letelier Orlando: Los “Chicago boys” en Chile. En Rev. **Socialismo chileno** Nro. 3, Buxelles, Bélgica, noviembre de 1976.
- Lorca Patricia: **El día que nos cambió la vida**. Eds. FASIC, Santiago de Chile, 1990.
- Millas Orlando. **La alborada democrática en Chile. Memorias IV Volumen 1957 – 1991. Una disgresión**. Eds. Chile América – CESOC, Santiago, 1996.
- Morales Leonidas: **Cartas de petición. Chile 1978 – 1989**. Editorial Planeta, Santiago de Chile, 2000.
- Moulian, Tomás: **Chile actual: Anatomía de un mito**. LOM – ARCIS, Santiago de Chile, 1997.
- Naranjo Sandoval, Pedro. **Biografía de Miguel Enríquez Espinosa**. Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), 1999.
- Núñez, Ricardo. “**La realidad escindida. El partido del interior y el del exilio**”. Rev. Nueva Sociedad Nro. 74, Caracas, Venezuela, 1984.
- Pollack, Benny y Rosenkranz, Hernán. **Revolutionary Social Democracy. The Chilean Socialist Party**, Frances Pinter, London, 1986.
- Prats González Carlos: **Memorias. Testimonio de un soldado**. Pehuén Editores, Santiago de Chile, 1996.
- Quiroz, César. “**La política de la Rebelión Popular de Masas**”, en Manuel Loyola y Jorge Rojas, **Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos**. Santiago, Imprenta Valus, 2000.
- Rodríguez Aniceto. **Entre el miedo y la esperanza. Historia social de Chile**. Eds. de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1995.
- Silva Cimma, Enrique: **Memorias privadas de un hombre público**. Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 2000.

Soto, Hernán. “**Muchos testigos no recuerdan**”, en AA.VV., **¿Qué hacía yo el 11 de septiembre de 1973?** LOM Ediciones, Santiago, 1997.

Teitelboim, Volodia. **Noches de radio (ESCUCHA CHILE). Una voz viene de lejos.** LOM Ediciones, Santiago, 2001.

Tironi Eugenio: **La torre de Babel. Ensayos de crítica y renovación política.** Eds. SUR, Santiago de Chile, 1984.

Uliánova Olga: La Unidad Popular y el Golpe Militar en Chile: Percepciones y Análisis Soviéticos. En Rev **Estudios Públicos** Nro. 79, Santiago de Chile, 2000.

Varas, José Miguel: **La novela de Galvarino y Elena.** LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1996.

Verdugo, Patricia: **Bucarest 187.** Ed. Sudamericana, Santiago, 1999.

Verdugo Patricia: **Caso Arellano. Los zarpazos del puma.** CESOC Eds. Chile América, Santiago de Chile, 1989.

Vergara Pilar: **Auge y caída del neoliberalismo en Chile.** FLACSO. Eds. Ainavillo, Santiago de Chile, 1985.

Villegas Sergio: Funeral Vigilado. En Rev **Araucaria** Nro. 3, Madrid, España, 1978.

Vitale Luis, Moulian Luis y otros: **Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet.**

VV AA: **Tan lejos, tan cerca. Autografías de chilenos en Suecia.** Ediciones del Reencuentro, Embajada de Chile en Suecia y Bokförlaget Tranan, Suecia, 2002.

Witker Alejandro: **La solidaridad mundial con Chile.** Instituto Politécnico Nacional, México DF, 1989.

Witker Alejandro: **Prisión en Chile.** Fondo de Cultura Económica, México DF, 1975.

Zerán, Faride. **Desacatos al desencanto.** LOM Ediciones, Santiago, 1997.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006

